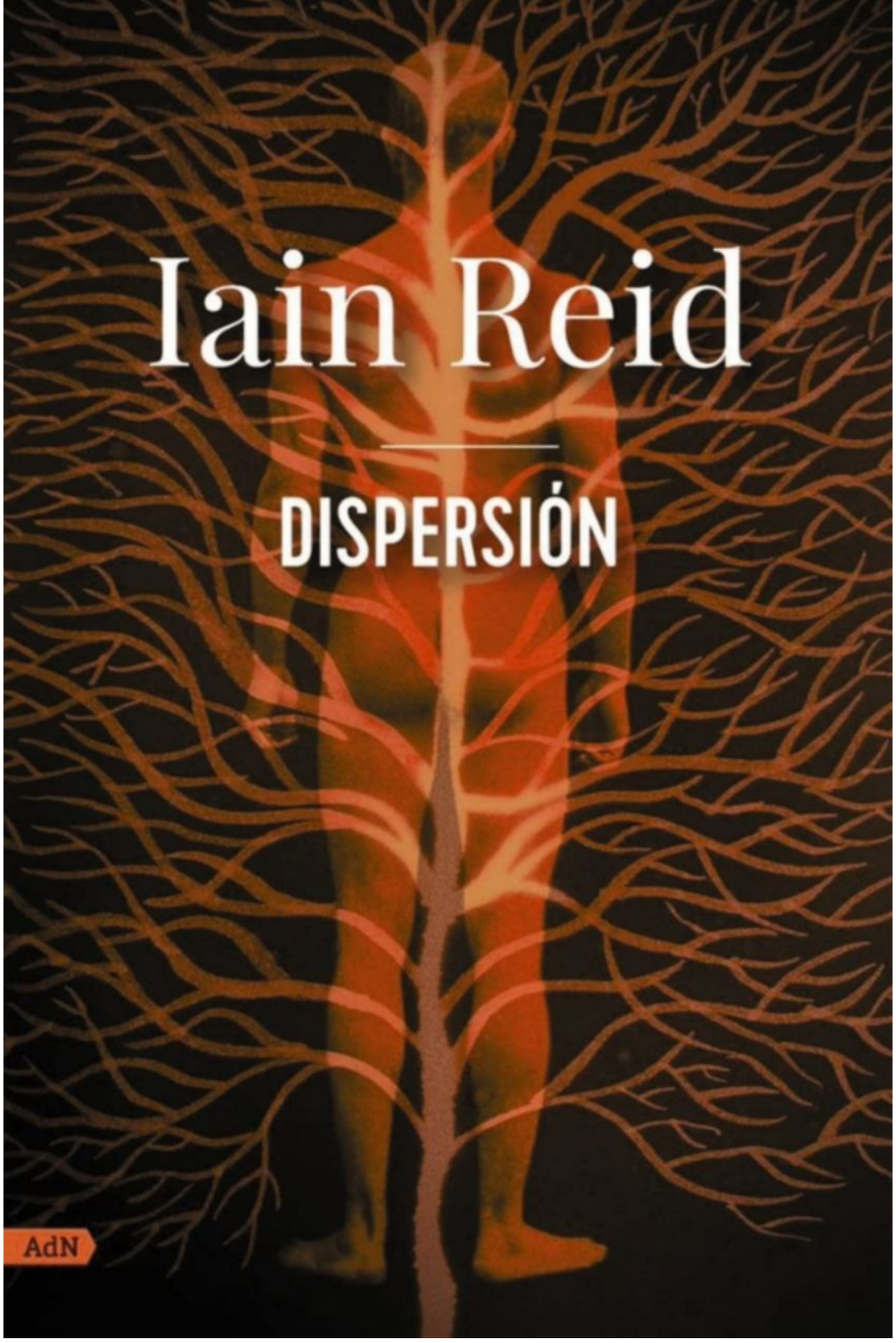
Iain Reid
DISPERSIÓN
AdN

Iain Reid

DISPERSIÓN

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN Alianza de Novelas

Para Eliza

«Te he escrito esta carta en un día feliz para mí, que es también el último día de mi vida.»

DE EPICURO PARA IDOMENEO DE LÁMPSACO

Primera parte

Era artista. Un pintor prolífico, virtuoso y distinguido. Impresionaba con su audacia y su inventiva. Le gustaba sorprender y confundir. A lo largo de muchos años refinó su estética de la confusión ordenada y exagerada. Ganó admiradores, imitadores, mecenas. Llamaba «loros» a los artistas más jóvenes que, según él, intentaban reproducir su estilo. Un periodista refirió que se sentía «vapuleado emocionalmente» por sus obras. Durante el tiempo en que yo lo conocí, jamás flaqueó en su afirmación de que su única obsesión era producir más obras y no agotarse ni desaparecer.

Recibía correo de sus admiradores en nuestro apartamento: tarjetas y cartas enviadas desde todo el país, incluso desde Europa. A veces iban dirigidas simplemente al Artista, lo cual provocaba que pusiera los ojos en blanco en un gesto de fingida humildad. Los estudiantes hablaban de él, lo interpretaban. Daba charlas en las que los asistentes le rogaban que proporcionase aclaraciones o explicaciones más amplias sobre su obra y que ofreciera algún consejo a los aspirantes a pintores. No tenía la fama que tienen los actores o los músicos, pero, en un nicho concreto de devotos surrealistas, era una persona venerada y célebre.

Sin embargo, ninguno de ellos lo conocía como yo. Yo lo conocía de la manera más íntima en que una persona puede conocer a otra. Yo lo conocía de una manera en que no lo conocía nadie, ni sus admiradores ni sus amigos ni sus familiares. Yo lo conocía, creo, tal como él se conocía a sí mismo.

A lo largo de los años que pasamos juntos, fui testigo de la invisible anatomía que daba forma a su identidad. La gente pensaba que era inmune a las tendencias, a encajar en la sociedad. Pero no lo era. Exigía una mancomunidad de reacciones y buscaba la aceptación. Era muy escandaloso en todo lo que hacía.

En ocasiones, comprendemos a las personas que tenemos más cerca de manera repentina. Otras veces, tardamos varias décadas. Las obras de mi compañero transmitían algo espiritual; pero, al fin y al cabo, era muy humano, muy mortal, un hombre que, como tantos otros, con el tiempo fue perdiendo el interés, la curiosidad y la atención. Fue algo a la vez entrañable y decepcionante. Al final me di cuenta de que, más que nada, mi compañero era un conformista.

No éramos desgraciados en nuestra vida en común. Reñíamos como cualquier pareja, sobre todo cuando éramos jóvenes. Pero en los años

posteriores nos peleábamos por tonterías, como la temperatura que había que fijar en el termostato. En los primeros años de convivencia, algunas noches tomábamos vino blanco y conversábamos en francés chapurreado. Aunque no lo entendíamos del todo, nos encantaba cómo sonaba.

A medida que fuimos haciéndonos mayores, empezamos a pasar más tiempo separados, incluso cuando los dos estábamos en casa. Él odiaba el hecho de envejecer y no se fiaba de su cuerpo, que ya iba debilitándose. El amor que yo sentía por él disminuyó y se desmoronó. No había nada que lo sujetara. Se había acabado el misterio. Ya no quedaba nada por descubrir. El asombro fue reemplazado por el conocimiento. Al final, ya no era solo que lo conociera; había llegado a entenderlo completamente.

Él me decía que yo era una persona de ánimo variable y demasiado empática para mi propio bien. Que evitaba las confrontaciones, y que él había pasado años intentando que fuera menos nerviosa, menos mansa y sumisa, y que yo siempre andaba sufriendo alguna lucha interna. Se preocupaba por trivialidades tanto como yo. La diferencia era que él, a diferencia de mí, sabía disimularlo.

Antes de morir, estando muy enfermo, me dijo que tenía mucho miedo. Le aterrorizaba volverse obsoleto y caer en el olvido. Antes de ese momento, nunca había reconocido tener miedo. Nunca. Me dijo que cuando la muerte se encuentra tan cerca, cuando está ahí mismo, la intensidad del miedo es enorme. No quería morirse. Deseaba con desesperación tener más tiempo. Dijo que había muchas cosas que quería hacer. Dijo que también tenía miedo por mí, que le asustaba que yo tuviera que enfrentarme en soledad al final de la vida.

En eso llevaba razón. En estos momentos me encuentro cerca del final, y estoy sola. Soy muy vieja y estoy muy sola. Ya llevo así un tiempo, rodeada por los lánguidos montones de objetos que atestiguan una vida ya vivida: discos de vinilo, tiestos vacíos, ropa, vajilla, álbumes de fotos, revistas de arte, dibujos, cartas de amigos, la biblioteca de libros en rústica que llenan mis estanterías. No es de extrañar que me haya quedado atascada en el pasado, pensando en mi compañero, en los días que pasamos juntos, en la forma en que comenzó y terminó nuestra relación. Me siento envuelta por el pasado. Llevo más de cincuenta años viviendo en este mismo apartamento. El hombre con el que me mudé a vivir aquí, el hombre con el que más tiempo he pasado a lo largo de toda mi vida, me decía en momentos de intimidad, aquí mismo, en el apartamento, ambos acostados en nuestra cama, que el hecho de ser demasiado sensible iba a suponer mi perdición.

—El sensible eras tú —digo ahora dirigiéndome a la habitación vacía—. Tú eras el temeroso.

No me queda rabia, ni resentimiento, ni lástima. Es un sentimiento de decepción, de duelo por mi ingenuidad.

Recorro el salón con la mirada.

Hay montones de libretas y cuadernos de bosquejos, dibujos y fotografías. La primera obra de arte que he poseído en toda mi vida se halla enterrada por ahí, en alguna parte. Fue un regalo de mi padre. Se trata de una diminuta versión impresa del árbol de la vida, lo bastante pequeña para caber en una mano. Nunca la he colgado en la pared, porque no quería que la viese nadie más.

Hay dos estanterías repletas de libros en rústica. Estoy perdiendo mi capacidad de atención; ahora me cuesta trabajo leer novelas o cualquier clase de libro. Antes, leía uno o dos libros por semana. Literatura de ficción, novelas históricas, comedias. Devoraba los libros de ciencias y naturaleza.

Debajo de la mesa de centro hay una caja llena de esculturas pequeñas de cerámica. Las hice cuando tenía veintitantos años. Y tengo muchos discos, pero ya no escucho música.

En un momento dado, no eran tan solo objetos; significaban mucho para mí, todos ellos. Músculo que se ha transformado en grasa.

El sillón de mi sala de estar es el único sitio en el que me siento. Es donde veo la televisión. Es donde me echo la siesta. Es donde como. Tengo un cuenco de sopa roja delante de mí, en la bandeja, y la habitación está iluminada por una única lámpara. Anoche, para cenar, me comí la primera mitad de la lata. Me tomo este caldo salado sin experimentar placer. No duermo bien por la noche. Mi cuerpo está cansado. Me duele la rodilla.

Me siento aquí, en mi sillón, desde media tarde hasta que se hace de noche, cuando me doy cuenta de que ya debe de ser la hora de irme a la cama. No tengo mucho apetito. Nunca lo he tenido, pero con la edad me ha ido disminuyendo. No es que comer me desagrade; entiendo que es esencial. Principalmente, me tomo la sopa porque está caliente, aunque en las últimas cucharadas ya no. Comer con voracidad, engullir como hacen algunas personas, nunca me ha resultado apetecible. No he podido hacerlo. Yo como despacio. La comida caliente siempre se me queda fría.

Antes me gustaba cocinar para mí misma y para otros. Adoraba ver cómo mis amigos se comían lo que yo les preparaba. Me resultaba placentero recoger las servilletas sucias después de una comida, porque eran testimonios de la satisfacción compartida. Cada pocas semanas, organizábamos cenas multitudinarias, animadísimas. Abríamos botellas de vino y hablábamos de política, arte, religión, música, películas. Bailábamos, cantábamos, jugábamos a juegos, reíamos.

La mayoría de nuestros amigos procedían del mundo del arte, pero también había vecinos del edificio y gente que conocíamos del barrio. Yo invitaba a colegas del trabajo. Trabajé de cajera en el mismo banco durante más de veinticinco años. Fundamentalmente, me dedicaba a depositar ingresos. La última vez que fui por allí, hace una eternidad, ya no encontré ni una sola cara conocida. No reconocí a nadie.

Todos los domingos preparaba una olla enorme de caldo de huesos que adquiría un color caoba. Se convirtió en una tradición del invierno. El apartamento iba llenándose poco a poco de ese penetrante aroma, que luego permanecía varios días pegado a nuestras ropas. Asaba pollos enteros de dos en dos y hacía tortillas de champiñones y ensalada de rúcula aliñada con una vinagreta de limón. Mis galletas de mantequilla eran famosas en el edificio; siempre hacía suficientes para regalar la mitad.

Pero mi comida favorita era la más simple. Un huevo frito, con la yema líquida, acompañado de un trozo de pan tostado con mantequilla para mojarlo en la yema. Aprendí a hacerlo cuando tenía nueve o diez años. Ese almuerzo, junto con una taza de té muy caliente, era algo que me bastaba para alimentarme una y otra vez. En la actualidad, lo que como más a menudo es sopa y galletas saladas.

Vuelvo a recorrer el salón con la vista. Todo está muy pasado de moda. Hasta yo me doy cuenta. Trasnochado. Gastado. Sorprendentemente, esto era antes un cuarto de estar; ahora no es más que un sucio almacén de trastos. Un trastero desaliñado y confinado para periódicos viejos, para cachivaches de todo tipo, para manchas en la moqueta y para mí.

Me acerco una cucharada de sopa a la nariz antes de probarla. No huelo nada. La cuchara, ya vacía, se me escapa de la mano y cae a mis pies. Cuando me agacho para recogerla, siento una opresión en el pecho y empiezo a toser. Al principio es poco, pero luego se convierte en un acceso de tos importante.

Cuando la tos cede por fin, siento que me resbalan lágrimas por la cara.

Otra larga noche dando vueltas y más vueltas en la oscuridad. Las noches no deberían parecer tan largas como los días. Las noches se hicieron para pasar en un abrir y cerrar de ojos. Se supone que debo levantarme sintiéndome fresca y descansada. Pero eso nunca sucede.

No tengo ni idea de qué hora es. Estoy tapada con las mantas hasta la barbilla, pero aun así tengo frío. Mi dormitorio, al igual que la sala de estar, es pequeño y está abarrotado de cosas. No tengo energía suficiente para desprenderme de nada. Cambio de postura y me traslado al otro extremo del colchón. A pesar de que tengo sueño, no consigo dormirme.

Justo cuando estoy adormeciéndome, oigo una voz aguda procedente del otro lado de la pared.

—Calla —oigo que dice—. Escucha.

No me había percatado de que tenía vecinos en el apartamento contiguo, pared con pared. Pensaba que el inquilino que vivía ahí se había marchado hacía varias semanas. La mujer está hablando en alto, con voz firme, pero sin chillar. Parece seria. Su voz se oye demasiado amortiguada para poder distinguir lo que dice. Oigo caer una silla, o a lo mejor es una puerta que se cierra.

Me vuelvo boca abajo en un intento desesperado de dormir, y me ayudo de la almohada para atenuar el ruido.

Llevo a cabo mi rutina matinal en el cuarto de baño igual que todos los días. Me lavo los dientes y la cara. Me echo agua caliente en las mejillas. Antes tenía la piel libre de arrugas; quienes no me conocían me decían que aparentaba ser más joven. Tengo el pelo lleno de canas y cada vez más escaso y sin volumen. Hace unos años que dejé de teñírmelo. Siempre he sido una mujer no muy alta y más bien esbelta, pero he adelgazado. Lo sé sin necesidad de subirme a una báscula. Ahora estoy descarnada, atrofiada. Arrugada y marchita como una fruta seca. Nunca he sido de movimientos gráciles, pero la artritis de la rodilla me ha vuelto todavía más lenta y menos elegante. Me duele.

Ya vestida, me cronometro con ayuda del reloj colgado en la pared, y veo que tardo nueve minutos en prepararme, ponerme el chaquetón, las botas, los guantes, la bufanda y el gorro. Nueve minutos enteros. Imagino que es una operación que lleva el mismo tiempo que arreglar a un niño pequeño. Casi diez minutos para salir de mi apartamento en invierno. Y todo para ir a comprar unas cuantas cosas al supermercado.

Bajo en el ascensor, salgo del edificio y, tirando de un pequeño carrito de la compra, echo a andar por la acera cubierta de aguanieve. Camino despacio, con precaución, paso por delante del gran ventanal a nivel del suelo de un bloque de oficinas. Al verme reflejada en el cristal, me detengo un momento. Estoy cada vez más encorvada. ¿Cuándo dejé de cuidarme?

Quizás este deterioro físico sea inevitable. Es lo que él más temía: ver reflejada en el espejo la imagen de un ser consumido, sentir que había perdido la oportunidad de crear. ¿Podría haber hecho algo él para impedirlo? ¿Y yo? ¿Y para invertirlo? Al final, la línea de meta siempre termina llegando. Así tiene que ser.

Así es la vida. Es la tragedia de vivir: que el final nos llega a todos. La gente que va por la acera sigue su camino, pasa junto a mí sin establecer contacto visual y sin acusar mi presencia.

Regreso a casa, a la tercera planta, entro en el piso 3B y me siento para quitarme las botas. No tengo energía para quitarme el chaquetón ni para sacar la compra del carrito. Es posible que mi cuerpo me esté abandonando, pero mi mente se ha visto menos mermada por la edad. Todavía puedo pensar. Sé en qué día de la semana estamos, en qué estación del año. Si es necesario, puedo conversar con personas desconocidas mientras espero en la cola de la tienda. Me siento agradecida de tener ese compromiso. Es lo que siempre me ha preocupado más. El deterioro cognitivo. Que se vayan apagando los recuerdos. Días perdidos. Un presente incierto.

Voy hasta la estantería de los libros en busca de uno concreto. Cuando lo encuentro, lo retiro de la estantería y me lo llevo a mi sillón. Se titula *Surrealismo* y es de Herbert Read. Voy hasta una página marcada con una servilleta. Leo en voz alta una frase al azar.

—«El movimiento surrealista fue una revolución dirigida hacia todos los ámbitos de la vida. Abarcó la política y la poesía, así como el arte. Su objetivo era liberar los recursos de la mente subconsciente…»

El arte y el surrealismo también han abarcado mi vida. Más que ninguna otra cosa. Me encantó ese libro cuando lo compré. Estaba deseando llegar a casa y ponerme a leerlo. Las ideas que contenía me resultaron muy vivas, guardaban estrecha relación con lo que yo aspiraba a ser. Lo sentí personalmente conectado conmigo por el sentimiento que despertaba en mí. Recuerdo que cuando lo compré había estado trabajando en un autorretrato. No sé qué ha ocurrido con esa pintura. Estoy segura de que todavía anda por aquí, en alguna parte, mezclada con otras.

Recuerdo con total nitidez las sensaciones que experimenté en ese momento, el íntimo frenesí de potencial. ¿Dónde están ahora? Los estados de ánimo no han sido diseñados para durar. Uno no puede fiarse de ellos. Hasta los más robustos terminan por disolverse y desaparecer.

Dejo el libro en la mesa auxiliar y, finalmente, me quito el gorro y me desabrocho el chaquetón. Me agacho y escribo tres nombres en la servilleta del almuerzo, que está aplastada y sin usar.

Arshile Gorky, Meret Oppenheim, Leonora Carrington.

Hubo una época en la que me emocionaba al ver los nombres de

esos artistas. No necesitaba ver sus obras, únicamente sus nombres. Los leo varias veces y luego dejo la servilleta encima de un montoncito de otras notas escritas a mano.

Hay varios montoncitos de esos por todo el apartamento. A veces encuentro notas mías en los pliegues del sillón o en los bolsillos de los jerséis. Empezaron siendo recordatorios triviales que hacía para mí misma, de recetas de cocina o listas de la compra. Pero con el paso de los meses se han vuelto más urgentes. Mi memoria es fuerte. Estoy escribiendo esas notas de forma preventiva. Las escribo porque sé que soy muy vieja y que pronto comenzaré a olvidar. Olvidaré todas las cosas que me emocionan, que me apasionan. Todas las cosas que adoro. Olvidaré las cosas que sentía. Después, será demasiado tarde para intentar recordarlas.

Saco dos notas que encuentro en el bolsillo de mi chaqueta de punto, la que está colgada del respaldo del sillón.

Hay más pan en el congelador.

Siempre te ha encantado bailar.

Me despierta un golpe sordo procedente del apartamento de al lado. Seguido de una tos. Y una voz. Es una voz de mujer. Disgustada, pero asertiva. Debe de vivir en ese apartamento. El apartamento contiguo. Creía que estaba vacío. Creía que los inquilinos se habían marchado. Siento la boca seca y tengo sed. Todavía es de noche y me pregunto cuánto tiempo quedará para que se haga de día.

La mayoría de las noches, tengo el sueño ligero e inconstante, pero repleto de pesadillas. Sueño repetidamente que estoy en el parque que hay cerca de mi apartamento. Ya no voy mucho por allí, pero antes salía a dar un paseo todas las mañanas antes de irme a trabajar. Me encantaba ver esos árboles enormes, viejísimos, y los primeros rayos del sol transformando la hierba en una pintura al óleo en movimiento. Me sentaba en un banco y disfrutaba de la brisa en la cara. Pero tenía que acudir a la hora exacta. De lo contrario, me lo perdía. Nunca duraba mucho. Por eso era tan especial.

En la pesadilla, intento llegar allí, al parque, al banco, pero continuamente me veo entorpecida por la gente. Es una sensación frustrante y frenética. El día va clareando poco a poco, y sé que no voy a conseguir llegar. Me despierto, me duermo de nuevo, me despierto, me duermo de nuevo, en un círculo sin fin, hasta que la luz diurna inunda mi habitación. Los sueños van y vienen. Nunca miro el reloj hasta que me levanto y me bajo de la cama.

En cierta ocasión, él me dijo que debería probar a pintar un paisaje, a modo de ejercicio. Afirmó que los retratos son muy específicos y pequeños, y que me convenía ampliar mis áreas de interés, retarme a mí misma, admitir la existencia de otra escala más grandiosa. Así que, para apaciguarlo, pinté varios de los árboles del parque.

Vio el primer cuadro cuando yo lo tenía a medio hacer. Lo escudriñó bajándose las gafas de la cabeza y dijo:

—Penny, no veo árboles. Ninguno en absoluto. No es un insulto; solo te estoy animando a que pruebes a pintar con mayor sinceridad. A pintar lo que ves.

Jamás terminé aquel cuadro.

Me giro de costado y enciendo la lamparita de la mesilla de noche. Me paso una mano por el antebrazo. Ahí tengo un hematoma, y es una zona sensible al tacto. No recuerdo que tuviera ese moratón cuando me fui a la cama, de modo que no sé cómo me lo he hecho.

—Ya no podemos parar —dice la voz del otro lado de la pared.

—Eso ya lo sé —responde una voz más grave.

Dejo de frotarme el brazo y escucho. Vengo oyendo esas voces del piso de al lado cada vez más, normalmente por la noche. Son tan solo sonidos, tonos carentes de cuerpo, pero son reales. Las voces no son ruidos como los de los coches, los autobuses y las sirenas de la calle. Estas ejercen un claro impacto sobre mí. Son los sonidos de los seres humanos.

Oigo unos pasos y una puerta que se cierra de golpe. ¿Qué hora será? Estoy acostada a oscuras, con los ojos totalmente abiertos, despierta.

—¿Cómo te sientes?

No alcanzo a distinguir la respuesta exacta. Se me ha escapado.

—¡No! No puedes decir nada. Y menos a ella.

Otra contestación muda.

—¡No me estás escuchando!

A continuación, silencio. Alargo la mano, enciendo la lámpara y escribo una nota para mí misma:

Preguntar a Mike por las voces del piso de al lado.

Me levanto.

Me cuesta más trabajo andar con las zapatillas puestas. Pesan mucho y se pegan a la moqueta. Pero sin ellas tengo los pies demasiado fríos. Durante el día, paso más tiempo sentada que caminando. Me siento a ver la televisión. Me siento a comer. Me siento a contemplar cómo me han cambiado las manos, las manchas oscuras y las venas pronunciadas, lo huesudos y torcidos que tengo ahora los dedos. Parecen más ramas nudosas que dedos humanos utilizables, más corteza que piel.

Ojalá hubiera hecho más. Ahora ya no me queda suficiente tiempo. Tenía años y años de tiempo. Ha pasado muy rápido. Ha pasado demasiado rápido.

Voy hasta el cuarto de baño arrastrando los pies y luego vuelvo a meterme en la cama. Nunca he quitado la caja de arena de debajo de la ventana, aun cuando ya no es necesario. ¿Cuándo se murió la gata? A Gorky le encantaban los arrumacos, sobre todo por las mañanas. Ahora da la sensación de que de eso hace ya una eternidad.

De vez en cuando aún me parece oírla, a Gorky, maullando suavemente desde uno de los dormitorios. Tardo unos instantes en comprender que es solo una alucinación, una fantasía auditiva producto de la soledad y de la memoria.

En la pared del dormitorio, por encima de la caja de arena, hay dos cuadros al óleo. Dos paisajes enormes. Dos de los primeros que pintó

él y que, por razones sentimentales, dijo que jamás podría vender. Son muy grandes y pesan mucho, como todas sus obras. ¿Sirve la escala, por sí misma, como indicativo de las aspiraciones de una persona? ¿La dimensión está relacionada con los logros? No me gustan esos cuadros. Los evito. Nunca llegué a decirle lo que opinaba de verdad. A él le gustaban. Si pudiera alcanzarlos y tuviera suficiente fuerza, los descolgaría. Pero pesan demasiado para mí. Siempre han pesado demasiado.

También hay otros lienzos míos, más pequeños, apoyados contra la pared en el rincón de la habitación. Nunca colgábamos ninguno de mis retratos. Yo no quería colgarlos. No sentía la necesidad de exhibirlos de ese modo, y nunca los consideré terminados. Siempre buscaba una oportunidad para seguir trabajando en ellos, para retocarlos, repasarlos, revisarlos. Solo me sentía segura de mí misma en la emoción que me embargaba y en mi dedicación a la obra en sí, no en el resultado final. Estaba convencida de que no era capaz de crear nada que afectase o inspirase a otras personas.

—¿Cómo puedes ser artista si nunca permites que la gente vea ninguno de tus cuadros? —me preguntaba él—. Necesitas al espectador tanto como él te necesita a ti. De lo contrario, lo que haces no es arte.

Sí tenía oculta en alguna parte, supongo, la lejana ambición de que cupiera la posibilidad de crear algo que provocase una reacción en otra persona. Pero nunca se lo confesé a él. Nunca se lo confesé a nadie. Incluso ahora que estoy sola, me da vergüenza pensar que abrigué la esperanza de que ocurriera algo así.

La semana posterior a su muerte, saqué mi caja de esculturas de cerámica. Extraje una y la coloqué en mi mesilla de noche. Todavía está ahí. Fue la primera escultura que hice en mi vida. Siempre me dio vergüenza que fuera evidente que era obra de una aficionada. Es una figurita de arcilla que representa a una persona con la cabeza inclinada hacia un lado.

La cojo, la examino, la froto con el dedo pulgar. Jamás lo habría reconocido ante nadie, pero experimenté un inmenso placer al fabricarla.

Estoy empezando a perder la intimidad de mis recuerdos. La mayor parte han dejado de parecerme míos. Ya no me los creo tan a pies juntillas como antes, y tampoco tienen ya tanto peso.

Es triste. Es triste la manera en que vivo. ¿No se supone que con la edad y la experiencia llega la claridad? Si tuviera más tiempo, podría hacer cambios. Podría aprender más. Podría trabajar más, pintar más. Podría ser mejor de lo que soy. Eso es lo que más lamento. Saber que

podría haber sido una pintora mejor, más consumada, pero ya es demasiado tarde. Todo se reduce a que no dispongo de más tiempo. Ojalá pudiera volver atrás.

Apago la lámpara. Como no logro quedarme dormida, empiezo a tararear en voz baja, para mí misma, una nana.

Tengo la sensación de no haber dormido apenas. Noto los labios agrietados. Me los toco con el dedo al tiempo que entro en la sala de estar. Anoche me dejé la televisión encendida. Tiene el volumen apagado. Me siento y lo subo. Demasiado ruido. Miro la pantalla guiñando los ojos. Están echando un documental de naturaleza que habla de insectos y de otras criaturas pequeñas.

«Las pequeñas y queridas abejas. No les damos importancia, pero lo cierto es que son lo suficientemente inteligentes como para emplear las matemáticas», está diciendo el locutor con una voz grave y tranquilizadora.

Observo a una abeja diminuta que está extrayendo polen de una flor de color rojo. Me levanto, regreso a mi dormitorio y me pongo a revolver en el armario hasta que encuentro lo que estaba buscando: una vieja caja de pinturas al óleo. Desde aquí dentro, todavía me llega el sonido de la televisión.

«Las abejas entienden los números e incluso son capaces de resolver rompecabezas sencillos basados en la aritmética elemental…»

Yo nunca he entendido los números. No es así como funciona mi cerebro. Es un mundo en el que yo jamás podría vivir.

La caja de óleos está mellada y llena de polvo. La sujeto en la mano durante unos instantes, preguntándome cuánto tiempo hace que la tengo. Me siento y abro uno de los tubos. La pintura se ha secado y está inutilizable. Llevo años sin pintar. Me agacho y cojo uno de los cuadros del rincón, los que están apoyados contra la pared.

Es un retrato sin terminar, uno de los últimos en los que trabajé. No reconozco a la persona retratada. ¿Quién será? Debió de ser alguien con quien mantuve una relación estrecha. ¿Una amistad de la infancia? Ya no siento ninguna conexión con este cuadro. Ninguna en absoluto.

¿Cómo puede ser?

Otro día que llega y se va. Otra noche que soportar en la cama. Un golpe en la pared, suave, casi imperceptible. Solo uno. Es un toque delicado, pero me causa un sobresalto. ¿Cuántos días llevo oyendo esos sonidos? ¿Dos? ¿Tres? ¿Una semana?

En la oscuridad, ese golpe parece ir dirigido a mí, como si una de las personas del apartamento de al lado, yo creo que el hombre, estuviera intentando decirme algo, advertirme de algo. Me inclino y respondo con otro golpe, muy suave. No oigo nada. Lo repito más fuerte, con más energía. Aguardo un momento, con la esperanza de obtener alguna reacción, y, de pronto, la sequedad de la garganta me hace toser. Me produce un cosquilleo, y, a pesar de la necesidad imperiosa de guardar silencio, no hace sino empeorar.

Me pongo las zapatillas y apenas he conseguido llegar a la cocina cuando estoy a punto de sufrir un acceso de tos de los fuertes. Me apoyo en la encimera, encorvada hacia delante. Cuando por fin cede la tos, escupo en el fregadero. Se me queda un hilo de saliva colgando del labio inferior.

Junto al fregadero hay una patata solitaria. Lleva ahí varias semanas, puede que varios meses. La saqué para asarla. Ahora ya está echando brotes. Hay vida encerrada en esa patata, sencilla y latente. Esos pequeños brotes continuarán creciendo y empezarán a moverse hacia la ventana y hacia la luz poco a poco.

Precisamente esta mañana, mientras me preparaba el té, escuché por la radio una entrevista que le hacían a una profesora de universidad, una botánica. Me hizo acordarme de mi padre, que sentía una total fascinación por la naturaleza y la biología. Cuando yo era pequeña, me contaba curiosidades de los árboles y de las plantas, me hablaba de lo asombrosos que eran, de su resistencia y su robustez. Me quedé de pie junto a la radio y, pensando en mi padre, subí el volumen.

La profesora estaba hablando de un experimento que había hecho con dos plantas que crecieron juntas y de que era posible que las células de cada una terminasen recopilando cantidades significativas del ADN de la otra. Resultaba fascinante. La escuché extasiada. Seguidamente, explicó que las transferencias horizontales de genes no eran anormales en las bacterias, los hongos e incluso las plantas. Sucede cuando un organismo traslada material genético a otro que no forma parte de su propia prole.

Una planta persigue la vida a toda costa. Decido que me conviene anotar por escrito lo que está diciendo.

Transferencias horizontales de genes.
Perseguir la vida a toda costa.

Justo cuando estoy dejando el lápiz, empieza a sonar el teléfono de la pared, lo cual me produce un sobresalto. Ya rara vez suena, y nunca a esta hora tan tardía. Mi teléfono está cerca de una ventana, y para cuando llego a él ya ha dejado de sonar. Me quedo de pie, mirando la oscuridad de la calle. Hay dos personas caminando con un perro y pasan varios coches.

Justo antes de volverme, me fijo en una figura que hay al otro lado de la calle: una persona que lleva gorro y chaquetón. No se distingue la cara. A diferencia de los demás peatones y de los automóviles que pasan, esa figura está totalmente quieta.

Me acerco un poco más a la ventana.

La figura no se mueve en absoluto. ¿Cómo puede una persona permanecer de pie así, tan perfectamente inmóvil, tan clavada en el suelo?

Da la impresión de estar mirando hacia mi ventana. De estar mirándome a mí. No le veo el rostro. Su postura es calmada, no hay nada que lo aflija. Entonces, ¿por qué hace que me sienta incómoda? ¿Por qué me asusta? Me siento observada, violada.

Me aparto de la ventana y me oculto. Espero mientras dos pares de faros de coches barren la pared. Reúno valor y regreso a la ventana.

Pero cuando miro de nuevo, la figura de la calle ya no está.

Estoy de pie, llevo puesta la chaqueta de punto que me queda grande, con las mangas subidas, inclinada sobre uno de mis retratos a medio terminar. Sé que es una obra mía, estoy segura, pero no siento ninguna conexión con ella, ningún vínculo. Me la quedo mirando sin sentir nada. Unos fuertes golpes en la puerta me sacan de mi ensimismamiento.

Voy hasta la puerta de la calle, espero a que llamen de nuevo y me asomo por la mirilla. Es un hombre calvo, vestido con un uniforme azul y sosteniendo a un costado una caja de herramientas.

—¿Sí? —digo sin abrir la puerta.

—Vengo a la inspección de mantenimiento.

—No he llamado a nadie.

Veo que pone los ojos en blanco.

—Hace semanas que está programada la visita —contesta.

No sé qué otra cosa hacer, así que abro el cerrojo, descorro la cadena y le dejo entrar. Él deposita la caja en el suelo y recorre la habitación con la mirada.

—Es una revisión rutinaria. Estamos haciéndola en todos los pisos.

—Mike debería informarme de estas cosas —replico—. Deberían avisarme con antelación.

—Se supone que iba a informar a todos los vecinos.

—¡Pues no! —exclamo.

El hombre empieza a sacar herramientas.

—¿Tiene una boquilla de salida en su dormitorio?

—Junto a la cama —respondo—. Y otra en el armario. Pero, por favor, no toque nada de lo que hay dentro.

—Descuide —me dice—. Enseguida vuelvo.

Me deja de pie en la sala de estar. Me acerco un poco más a la pared y escucho lo que ese desconocido está haciendo en mi habitación. Oigo un taladro y unos cuantos golpes. Cuando vuelve, empieza a recoger sus herramientas.

—Veo que todavía tiene usted calefacción radiante —comenta—. ¿Funcionan bien? Aquí dentro hace un poco de frío.

—¿Los radiadores?

—Sí.

—Funcionan. ¿Era usted el de anoche? —le pregunto—. ¿El que estaba en la calle?

El hombre deja de hacer lo que estaba haciendo y me mira.

—¿En la calle?

—¿Era usted el que estaba allí abajo… observándome?

—Yo solo he venido a cambiarle las boquillas de salida —contesta —. No quiero problemas.

—¿Ha pasado ya por la vivienda de ahí? —le pregunto señalando la pared que separa mi apartamento del contiguo.

—Me he encargado de esa unidad antes de venir a la suya.

—¿Ha hablado con ellos?

—¿Con quiénes?

—Con los inquilinos.

—Ahí no vive nadie. Está vacío. Oiga, todavía me quedan varias unidades que visitar.

Siento que me pongo colorada.

—¿Se encuentra bien? ¿Tiene alguien que venga por aquí de vez en cuando a ver qué tal está?

No respondo de inmediato.

—Estoy… bien —digo.

—Vale. Cuídese.

Una vez que se ha marchado, voy yo también hasta la puerta y la abro lo justo para asomarme. Lo veo alejarse por el pasillo directamente hacia el fondo. No se detiene en ninguna otra puerta. Cuando llega al final, espera al ascensor y a continuación se va sin mirar atrás.

Caigo en la cuenta de que en ningún momento le he pedido que se identificara. Que es lo que se supone que debo hacer si se presenta de pronto alguien que no ha sido invitado. Me arrodillo en el suelo de mi dormitorio y examino una de las boquillas de salida recién instaladas. Tiene el mismo aspecto que antes. No hay ninguna diferencia obvia. ¿Habrá sustituido algo?

Si no ha cambiado la boquilla, ¿para qué ha entrado en mi apartamento? ¿Qué ha estado haciendo en mi habitación?

Estoy en el suelo con un rollo de cinta Scotch, la única cosa adhesiva que he podido encontrar. Noto que me suda la frente. Pego un trozo de cinta a la boquilla nueva. Y después otro. Pego suficiente para taparla completamente. Ahora ya todas las boquillas están tapadas con cinta, todas las que no se usan.

Me incorporo y voy a la cocina. No tengo hambre, pero me parece que hoy todavía no he comido. Encuentro la última lata de sopa roja, consigo abrirla sin problemas y vierto el contenido en una cazuela que pongo al fuego. Lleno la lata vacía con agua y la añado también. Mientras espero a que se caliente la sopa, la solitaria bombilla de la cocina empieza a parpadear, y de repente se funde.

No me había dado cuenta de que había oscurecido en la calle. Miro la bombilla. Acerco una silla y la sitúo debajo. No debería hacer estas cosas, ya lo sé. Debería esperar y dejar que las hiciera Mike.

Me subo a la silla muy despacio y, haciendo un gran esfuerzo, pongo un pie encima del respaldo. Extiendo el brazo hacia la bombilla, por delante de la cara. No parece mi brazo, sino el de otra persona. Ya estoy muy cerca. Cuando estoy a punto de alcanzarla, pierdo el equilibrio, me caigo al suelo y me golpeo la frente contra la encimera.

Me quedo sin aliento. No puedo respirar.

Intento girarme hacia un lado. Siento un dolor agudo en la frente. Me quedo tumbada en el suelo. Oigo el borboteo y el siseo de la sopa en el fuego.

Tardo un minuto en darme cuenta de que estoy en el suelo de la cocina. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Me duele el costado a causa del golpe contra el duro suelo. He debido de perder el conocimiento. ¿Durante cuánto tiempo? Puedo mover los brazos y las piernas, pero por lo visto no puedo incorporarme.

Me llevo una mano a la cabeza. Tengo un corte en la frente y estoy sangrando por la brecha. Cierro los ojos y, rindiéndome al dolor, apoyo la cabeza entre las manos.

Cuando vuelvo a despertarme, no sé cuánto tiempo he pasado inconsciente. ¿Horas?

Me duele la cabeza. Acerco una mano y noto que la sangre se ha secado. La cocina está a oscuras. Debe de ser la mitad de la noche. Huelo a sopa quemada. No apagué el fuego. Miro a mi alrededor. Sigo estando sola, pero de pronto veo… movimiento.

Mi dormitorio se encuentra enfrente de la cocina, y la puerta está cerrada. Me parece ver un cambio sutil por debajo de la puerta, procedente del interior. Decididamente, veo un cambio en la luz, como si hubiera alguien moviéndose dentro de mi habitación.

Intento de nuevo incorporarme, pero no puedo. Vuelvo a desplomarme boca abajo. Cierro los ojos con tanta fuerza como me es posible. Debería pedir ayuda. Debería llamar a gritos a la persona que está dentro de mi dormitorio.

Pero tengo demasiado miedo. ¿Quién es y qué está haciendo ahí? No creo que haya venido para ayudarme. Si así fuera, ¿no se habría dado cuenta a estas alturas de dónde estoy? Procuro no hacer ningún ruido que pueda llamar la atención. Empiezo a arrastrarme para salir de la cocina al pasillo. Necesito escapar de quienquiera que sea el que está en mi dormitorio.

Oigo el crujido de una puerta que se abre, la puerta de mi dormitorio, y después una pisada suave. Con tacón alto, por lo que parece. Después, otro paso, esta vez en dirección a mí.

No miro atrás. Continúo arrastrándome hasta que estoy entre la cocina y la sala de estar. Quiero seguir avanzando, ponerme a salvo, pero no puedo. El dolor es demasiado intenso. Estoy agotada. Me tumbo boca abajo y cierro los ojos.

Cuando abro los ojos, veo el contorno borroso de un hombre erguido por encima de mí. En la habitación hay luz diurna. Conozco a este hombre. Es Mike, mi casero. Va sin afeitar y lleva una camiseta blanca, como siempre. ¿Era él quien estaba en mi habitación? ¿Y cuándo ha sido eso? Está inclinado sobre mí, hablando, pero lo que dice me suena amortiguado y muy lejano.

—Penny… Eh, Penny. ¿Me oyes? —Me pone una mano en el hombro—. Por Dios santo, Penny. No me hagas esto.

Abro un poco más los ojos e intento girar hacia un costado.

—Bien —dice él—. Estupendo. Te encuentras bien. Vamos. Arriba.

Segunda parte

Voy con el cinturón de seguridad puesto en el coche de Mike, que huele a rayos, procurando no moverme ni tocar nada. Circulamos por entre el tráfico saltando de un carril a otro, arrancamos, paramos. El movimiento de bamboleo me está mareando. En el borde de mi asiento hay unas manchas que parecen de grasa. La nieve de mis botas se ha fundido en la alfombrilla del suelo.

Observo la calle llena de gente, la ciudad en la que he vivido siempre, mi vida entera. Me llevo una mano a la frente y me toco la costra que me ha quedado de la caída. Todavía está sensible.

He pasado varias décadas en mi apartamento, y solo han hecho falta unos pocos días para echarme de él. Días. Mike ha dicho que la mayor parte de mis cosas se han guardado en un trastero. Él quería que me quedara todo el tiempo acostada en la cama, descansando tras la caída, para así poder recoger mis cosas y almacenarlas todas de forma más eficiente. Contrató a una empresa de mudanzas para que vinieran a ayudar. Entre un sueño agitado y otro, alcancé a oír lo que estaban haciendo, pero carecía de energías para impedirlo. Llenaban bolsas de basura, hablaban, reían, cortaban cinta adhesiva, pasaban la aspiradora, amontonaban platos.

En un momento dado, entraron dos desconocidos a examinarme la herida de la cabeza. Uno de ellos dijo que ya tenía mejor aspecto y retiró el vendaje.

Esta mañana metieron en un bolso de viaje unas cuantas cosas que se consideraron esenciales. Desde que me caí, no me he dado un baño.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto—. ¿Adónde vamos?

—Venga, Penny. Ya hemos hablado de eso. Ha llegado el momento.

—¿De qué me hablas?

—Sabes que no puedes quedarte ahí sola para siempre —dice él—. Es demasiado peligroso que vivas sola.

—Estoy bien —replico—. Me gusta estar sola.

—No estás bien —me dice—. Si yo no te hubiera encontrado, podrías haber…

Con una mano, coge una carpeta llena de papeles que descansa en el asiento, entre él y yo. Aparta la vista de la carretera para mirar la carpeta y luego vuelve a mirar la carretera. Saca un papel de la carpeta y me lo pone en las rodillas. Es una foto de una casa vieja rodeada de árboles.

—Has tenido suerte. La mayoría de las personas que están en tu

situación no tienen dónde escoger. Él me entregó todo el papeleo antes de morir. Es una suerte que preparase esto. Que lo preparaseis los dos.

—¿A qué te refieres?

—Que planificarais adónde ibas a ir. Dijo que elegiste este sitio porque está en medio de la naturaleza. Quería que te quedases todo el tiempo posible en el apartamento, pero que cuando ya fuera demasiado…

—¿Demasiado?

—Cuando fuera demasiado para ti enfrentarte a todo tú sola, ese sería el momento de traerte aquí. ¿No te acuerdas? Lo decidisteis los dos, hace unos años.

—¿Adónde? —pregunto mirando de nuevo la foto. No reconozco este sitio. Y no recuerdo haber decidido nada—. ¿Una casa? ¿Una residencia para la tercera edad? No lo necesito. Puedo valerme sola. No estoy enferma.

—No es una residencia para la tercera edad. Es una residencia de cuidados a largo plazo. Por lo visto, es muy agradable. Muy pequeña. Y tranquila. Te cuidarán bien.

—Él nunca me mencionó nada de esto. Ni una palabra. Me acordaría. Y tú tampoco me mencionaste nada. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Deberías haberme advertido. No quiero marcharme de mi apartamento. Es mi hogar. ¿Por qué él no me habló de esto?

—Me dijo que lo habías elegido tú, Penny.

De pronto me asalta un dolor agudo en el lugar de la cabeza en que me golpeé contra la encimera.

—La verdad es que es una residencia muy agradable, y si no lo hubieras planificado y no hubieras hecho una reserva, ahora tendrías problemas. Lo más probable es que estuvieras en alguna lista de espera.

—No quiero que me cuide nadie. Quiero que me dejen en paz. Deberías habérmelo dicho, haberme dado tiempo para que me preparase.

—Penny, te lo dije. Lo he mencionado varias veces.

Miro hacia otro lado.

Observo el asiento trasero por el espejo lateral. Hay dos bolsos de viaje, varias cajas, mis lienzos: lo esencial. Años y años, todos reducidos a eso. Tengo calor. Intento bajar la ventanilla, pero el botón no funciona. Miro hacia mi izquierda, hacia el perfil de Mike, pero él no quiere establecer contacto visual. Sigue con la vista al frente, fija en la carretera.

Tras dejar atrás la ciudad, apoyo la cabeza en la ventanilla a modo de protesta silenciosa y contemplo la autopista de ocho carriles, que se convierten en cuatro y después en dos. Por aquí el terreno es más abrupto, montañoso. La carretera está flanqueada a ambos lados por árboles de gran altura. Colinas, cielo y nubes. Sobre todo, me fijo en los árboles. Hay muchos. Son distintos de los del parque que está cerca de mi apartamento. Qué altos son. Y mucho más viejos que yo. Tendría que talarlos y contar los anillos para confirmar lo viejos que son.

No sé cuánto dura el silencio entre nosotros, pero al final es interrumpido por el teléfono de Mike, que le da indicaciones: «Su destino está a la derecha».

Entramos y nos detenemos al principio del sendero. A mí no me parece que sea un destino. Parece un camino sin asfaltar que conduce a un denso bosque. Mike baja la ventanilla. Lo primero que oigo es el suave silbido del canto de un pájaro que me resulta desconocido y un silencio natural que no creo haber experimentado nunca en la ciudad, ni siquiera en un parque.

Mike mete la marcha y continúa por el camino sin asfaltar. Más árboles a un lado y al otro. Hay árboles por todas partes. El sendero lleva hasta una casa de piedra que se ve allá delante. Es grande y más vieja de lo que parecía en la foto, pero sencilla, nada llamativa, con gruesos setos alrededor de un costado. Delante hay un letrero de color verde y ajado por la intemperie que no alcanzo a leer desde aquí.

Mike se mete en un espacio de aparcamiento y apaga el motor.

—Vamos —dice.

No quiero apearme del coche. Quiero volver a la ciudad, a mi apartamento. No me importan mis maletas, que las tire a la basura si quiere. Quiero sentarme en mi sillón. Quiero acostarme en la misma cama llena de bultos que ya conozco. Me froto la rodilla mala con la mano. Me duele la cabeza.

Mike viene hasta mi puerta, me ayuda a levantarme y me toma del brazo mientras echamos a andar hacia la puerta principal. Cuadro los hombros lo mejor que puedo. El camino que lleva hasta la puerta es desigual, y tengo que mirarme los pies para no tropezar. Ahora ya estamos lo bastante cerca como para poder leer el letrero verde:

RESIDENCIA SEIS CEDROS

Me sudan las manos. Se oye un chasquido cuando se descorre el cerrojo de la puerta. Mike la abre y se vuelve hacia mí. Yo titubeo.

—Ya estamos —me dice.

Mike me ayuda a entrar por la puerta hasta un vestíbulo. Paso del sendero de piedra a un suelo de madera. Por dentro, la casa es más nueva de lo que parece por fuera. Hay una mesa de centro alargada con un ramo de rosas frescas, y dos sillones de cuero. Mike avanza un paso más.

Oigo música: el sonido amortiguado de un violín.

—¿Hola? —llama Mike.

Se inclina y tamborilea con los nudillos en la mesa de centro.

Estoy haciendo un esfuerzo para asimilarlo todo, para procesar este lugar, cuando de pronto oigo el ruido de unos tacones que bajan por una escalera de madera que hay a la izquierda de la puerta. Aparece una mujer vestida de rojo. Es alta y delgada. Con la melena retirada del rostro. Diría que es de la misma edad que Mike, tal vez tenga los cincuenta. O puede que se acerque más a los sesenta. Cuesta trabajo distinguirlo.

Se detiene frente a mí sonriendo de oreja a oreja.

—Tú debes de ser Penny —me dice.

Es muy guapa. Tiene una voz cálida, sincera, acogedora. Extiende una mano hacia mí. Yo, instintivamente, se la acepto. Lleva unas uñas de manicura perfecta, pintadas del mismo color que el pintalabios y el vestido.

—Encantada de conocerte —me dice.

Nos estrechamos la mano y, durante un momento, no sé muy bien qué debo hacer o decir.

—Me llamo Shelley —dice la mujer—. Te estábamos esperando.

Mike suelta el bolso que traía.

—En el coche hay más cosas —dice.

La mujer alta, Shelley, se gira hacia él.

—Mike, ¿verdad? Muchísimas gracias por haberlo organizado todo.

Un gato de gran tamaño está dando vueltas alrededor de los pies de Mike. Él lo ahuyenta.

—Le he enviado todo el papeleo. Ya está todo, ¿no?

—Sí, sí, ya está todo.

—¿Necesita algo más de mí?

—No, ya nos arreglamos nosotros.

Cuando está diciendo esto, aparece un hombre joven bajando sin hacer ruido por la misma escalera por la que ha descendido ella. Está muy flaco, casi demacrado, es de estatura más baja y va vestido de

blanco como los auxiliares de un hospital.

—Jack sacará el resto de las cosas del coche —dice Shelley.

Jack, con un imperceptible gesto de la cabeza, teclea un código en un panel de la puerta y, sin cerrar, sale en dirección al coche. Mike baja la voz para decirle algo a la mujer, pero le oigo.

—Lamento lo de la caída, pero no es mi responsabilidad cuidar de ella las veinticuatro horas del día. Tengo mucho que hacer. El plan era traerla aquí cuando ya fuera demasiado. Y eso es lo que he hecho. Me alegro de que no haya ocurrido algo peor.

La mujer vuelve a sonreír.

—Ha hecho lo correcto —responde—. Penny se encuentra en el mejor sitio para ella en este momento. Puede venir a verla todas las veces que quiera.

Shelley, sin perder la sonrisa, se acerca a Mike y le estrecha la mano. Tiene unas manos elegantes, fuertes. Son las manos de una mujer mucho más joven que yo. Son preciosas. No puedo evitar quedarme mirándolas. Mike se gira hacia mí desde la puerta abierta.

—De acuerdo. Pues, entonces, hasta luego, Penny.

—¿Adónde te vas? —le pregunto.

—Tengo que volver al trabajo. Tú te quedas aquí.

—¿Por qué haces esto?

No me responde, y percibo que siente alivio por haberse librado de una molestia.

Shelley espera hasta que Mike vuelve a subirse al coche y arranca el motor, luego se gira hacia mí y me ofrece el brazo.

—Vamos, querida —dice—. Voy a enseñarte tu habitación.

Shelley me conduce por el estrecho corredor de suelo de madera. El violín gime, ligeramente más audible que desde el vestíbulo.

—Ese es Pete —dice—. Ya lo conocerás. Es que el que lleva aquí más tiempo. Ya no habla mucho, pero le sigue encantando tocar.

Pasamos junto a un ancho ventanal. Doy un paso hacia él.

Lo único que veo son árboles y cielo. Árboles hasta donde alcanza la vista. Las ramas desnudas se mecen suavemente en el viento como si saludaran.

—Es precioso, ¿a que sí? —dice Shelley—. A mí siempre me ha encantado la naturaleza. Aquí, en mitad del bosque, hay mucha tranquilidad. —Se acerca un poco más—. Debido al terreno que nos rodea —sigue diciendo—, las colinas y los precipicios, no permitimos que los residentes salgan al exterior sin ir acompañados. Es demasiado peligroso. Pero las vistas desde dentro son espectaculares.

Seguimos andando y pasamos por una acogedora zona de descanso en la que hay un banco y dos butacas provistas de mullidos cojines.

—Tienes acceso a toda la casa, Penny. Hay una sala común y contamos con una pequeña peluquería propia, y servimos todas las comidas en el comedor original de la casa. Lo hemos renovado completamente, pero fue construido en 1843.

Caminamos despacio, con cuidado, yo con la mano en el brazo de ella para apoyarme.

—Dentro de nada te sentirás como en casa. Te lo prometo —me dice.

Un cuadro colgado en la pared me llama la atención. Me detengo un momento para mirarlo. Lo conozco.

—Tenemos muchas obras de arte por toda la casa —comenta Shelley—. Ya me he imaginado que apreciarías ese detalle.

Un bodegón, una mesa repleta de alimentos: ostras, limones a medio pelar, uvas.

—El autor es De Heem —digo.

—¿Lo conoces? —pregunta Shelley—. Supongo que no debería sorprenderme. Resulta muy agradable tener viviendo entre nosotros a una artista.

Me vuelvo hacia ella. ¿Sabe que yo pinto?

—No te emociones mucho —me dice—. No es más que una lámina. No es el cuadro auténtico.

—Todo esto me resulta precipitado. No esperaba verme aquí —digo—. Tengo mi propio apartamento. Quisiera irme a mi casa.

—Vas a necesitar adaptarte. Pero llegarás a conocernos. Y, para serte sincera, ya sé que parece absurdo, pero yo me siento como si ya te conociera.

—No me digas.

—Sí, tenemos muchos datos en nuestro archivo, y estaba deseando conocerte y ayudarte a que te instalaras. Es maravilloso tenerte aquí por fin.

Ahora recuerdo lo que dijo Mike. Que habíamos planificado este día, que él había hecho una reserva para asegurarme una plaza en este sitio. Que lo habíamos elegido porque se encontraba en un lugar tranquilo, fuera de la ciudad, en medio de la naturaleza. Me pregunto si él, antes de morir, le envió a Shelley información acerca de mí y de mi vida. Desde luego, yo no. ¿O la habrá enviado Mike? ¿Qué es lo que Shelley cree saber de mí? Continuamos hasta que llegamos a una puerta de color rojo.

—Pues ya estamos.

Entra ella primero; yo, en cambio, dudo en el umbral.

—No pasa nada —dice—. No tengas prisa, Penny.

Entro en la habitación. Está limpia, es luminosa. Caldeada. La cama es enorme. Tiene un grueso edredón que me hace comprender lo modesta que era mi cama de matrimonio, la que compartí con él durante tanto tiempo y después tuve para mí sola. Hay un sillón reclinable en un rincón, una lámpara, una cómoda y una mesa escritorio. Y un grandioso ventanal en la pared del fondo que da al interminable bosque.

No hay desorden. Ni polvo. Ni cachivaches. Todas las superficies están inmaculadas. No como en mi apartamento. De hecho, es todo lo contrario.

—Bonita, ¿a que sí?

Tiene razón. Es bonita. Casi tengo la sensación de que se me ha quitado un peso de los hombros al no tener que pensar en objetos. En trastos. Todas esas cosas conllevan obligaciones y deberes. Me doy cuenta de que aquí la responsable no voy a ser yo. Nada de trabajos de mantenimiento ni de limpieza. Nada de poner lavadoras. Ni de hacer la compra. Ni facturas, ni bombillas que cambiar. Nada de tomar decisiones.

Shelley me conduce hasta el sillón y me ayuda a que me siente. Es como si pensara que no puedo andar sola, que soy tan delicada que podría volver a caerme. Es posible que tenga una rodilla con artritis y un golpe en la cabeza, pero no necesito esta clase de atenciones. No estoy decrépita.

Este sillón no es como el mío. Debe de ser nuevecito. Puede que yo sea la primera persona que se sienta aquí. Me hundo en él. Tengo la sensación de ser abrazada. El joven flaco y vestido de blanco, Jack, entra en la habitación con una caja llena de cosas mías.

Contemplo cómo empieza a sacar prendas de ropa y va metiéndolas en el armario y en la cómoda. ¿Cómo han acabado en esa caja? ¿Las metió Mike? No fui yo. No recuerdo haber guardado nada. Sin embargo, aquí está mi ropa. Vuelvo a recorrer la habitación con la vista. Nunca he vivido en un sitio tan bonito. En toda mi vida.

Jack se marcha y de nuevo me quedo a solas con Shelley.

—Yo no he pedido esto —le digo—. Puedo cuidarme sola.

—Ya lo sé —responde ella.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Tú nos escogiste, Penny. Junto con tu marido —dice.

—No llegamos a casarnos.

—Viviste con un hombre.

—Sí, en efecto, durante muchos años.

—Fue el último regalo que te hizo. Se puso en contacto con nosotros y lo organizó todo. Quería estar seguro de que tú no tuvieras nada de que preocuparte. Ambos tuvisteis una previsión que no tienen muchas personas.

—¿Pagó él todo esto?

—No tienes que preocuparte por eso. Seis Cedros no es una de esas residencias que buscan hacer negocio. Hacemos esto porque nos encanta cuidar de nuestros mayores. Es un privilegio.

—¿Y por qué no me lo recordó Mike?

—Mike nos ha tenido informados de cómo estabas.

—¿Por qué escogimos este sitio? ¿Por qué no otro que estuviera más cerca de la ciudad?

—Porque nuestra residencia es pequeña y tranquila. A ti te encanta la naturaleza, ¿no es verdad?

—Sí. Antes paseaba por el parque que hay cerca de mi apartamento.

—En ese caso, has escogido bien. Te encantará esto. Yo también vivo aquí, en la planta de arriba. Y Jack también. Estamos todos juntos.

Entra Jack de nuevo trayendo mis dos bolsos de viaje.

—Gracias, Jack —le dice Shelley—. Si te encargas de terminar aquí con Penny, yo voy a juntar a los demás para la reunión.

Él asiente con la cabeza y ella sale de la habitación.

—Hasta pronto, Penny —se despide.

Me lo quedo mirando mientras trae más cosas en brazos, entre ellas la caja que contiene mis lienzos. Las guarda en el armario. Se detiene un momento a mirar algunos cuadros, y hace un alto en dos en particular.

—Estos son muy buenos. Da gusto poder ver parte de tus obras —comenta—. Si necesitas algo, lo que sea, llámame.

Me encuentro en una habitación nueva, con muebles nuevos y olores nuevos, en compañía de un joven al que no conocía hasta hace diez minutos. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué se supone que debo decir?

—No recuerdo haber elegido este sitio —digo.

Jack se detiene al oírme hablar.

—No pasa nada —contesta—. Nos alegramos de tenerte aquí.

—Últimamente no duermo bien —digo—. Llevo mucho tiempo así.

—Aquí dormirás bien —me dice Jack—. Creo que dormirás muy bien. Les ocurre a todos. Shelley quiere que todo sea lo más cómodo posible.

Tiene una voz atiplada, fina, como su cuerpo.

—Esos cuadros que has mirado no están terminados —le digo.

En eso, oímos una carcajada proveniente de alguna parte. Es estruendosa, una risa en tono agudo seguida de aplausos y vítores.

—Parece que los demás están deseando conocerte —dice Jack.

Jack me ayuda a caminar agarrándome del brazo, igual que Shelley antes. Acabamos de conocernos, pero me siento cómoda caminando así con él. Me siento segura. Sujeta. Noto que la cabeza me da vueltas, que gira adelante y atrás, arriba y abajo, en el intento de asimilarlo todo: el suelo, las paredes, el techo, las ventanas, el mobiliario.

El interior de esta casa resulta engañoso. No tiene lógica. Vista desde fuera, parecía vieja, grandiosa, palaciega, intimidatoria. En cambio, ahora, desde dentro, mientras voy caminando por el pasillo, me resulta íntima, encantadora, acogedora.

—¿Quién es la mujer alta? —pregunto.

—¿Shelley?

—Sí. ¿Es la casera?

Jack sonríe, y veo que le falta una muela casi al fondo de la boca.

—Es la gerente. Esto era una antigua casa familiar, pero ella la transformó en Seis Cedros. Es la obra de su vida. Se le da muy bien cuidar de las personas mayores, es su pasión. En realidad, está licenciada en química orgánica, o en biología, algo así. Tiene muchas teorías acerca de la asistencia a largo plazo y de vivir lo mejor posible durante todo el tiempo que se pueda. Estamos en buenas manos.

Llegamos a la entrada de una sala de estar luminosa y espaciosa. Cuando veo las butacas y las demás personas, me quedo paralizada. Nunca me ha gustado hablar en público. Nunca me ha gustado presentarme, hablar de mí misma, explicar a otros quién soy.

—Vamos —me dice Jack. Luego se inclina hacia mí y me susurra—: están emocionados de conocerte.

Tres personas, todas mayores, como yo, sentadas en un amplio semicírculo en torno a Shelley. Hay una butaca vacía esperándome a mí. Shelley me hace una seña para que me acerque.

—Penny, llegas justo a tiempo. Por favor, pasa, pasa.

Me agarro del brazo de Jack, que me conduce hacia el círculo. Me alegro de tenerlo conmigo.

Solo uno de los otros residentes, una mujer que lleva una media melena, el mismo peinado que llevaba yo cuando tenía veintipocos años, se vuelve hacia mí. Los demás no se mueven. Eso me produce alivio. No quiero agasajos ni alboroto. Odio ser el centro de atención.

La mujer de la media melena se acerca una mano al ojo formando un tubo como si estuviera mirando por un telescopio, y con la otra me saluda.

Aunque me preocupa lo que vaya a suceder a continuación, cómo será vivir aquí, qué se esperará de mí, me calma ver a otras personas que son como yo, que tienen mi edad, que son contemporáneas mías.

Jack me lleva hasta la única butaca libre que hay en el círculo y me ayuda a sentarme.

—Gracias —le dice Shelley.

Él asiente con la cabeza y sale de la sala.

Observo los otros rostros viejos que me rodean. Además de la mujer de la media melena, hay dos más, ambos varones: el uno calvo y regordete y el otro un atractivo caballero que luce corbata y americana de paño. Lleva el cabello blanco perfectamente peinado. Aunque está sentado, me doy cuenta de que es alto. Tiene una cara alargada, con arrugas y de expresión alicaída.

—Deseo que todos conozcáis a Penny.

Saludo con la mano sin dirigirme a nadie en particular.

—*Bonjour, madame* —me dice la mujer de la media melena—. Es un placer verla, conocerla. Es usted encantadora. Muy guapa. ¿Qué edad tiene? No es necesario que me responda a eso, ya sé que es una pregunta de mala educación. No está bien preguntar eso tan pronto. Ignórelo; ignóreme si quiere. Ahora es una de nosotros. Eso es lo importante. Una de nosotros.

Ninguno de los hombres dice nada, tal vez porque no quieren competir con la parlanchina, pero el caballero de pelo blanco y corbata asiente con la cabeza y sonríe.

—Ruth es nuestra experta en idiomas —dice Shelley—. Sabe

francés, latín y otros cuantos más.

—Y un poco de griego —añade Ruth—. Pero, sobre todo, francés. Hay mucho que aprender con todos los idiomas. Todos son muy interesantes. En todo el mundo hay lenguas que están muriendo, es una tragedia. Pero el francés tiene algo.

—Los idiomas son buenos para el cerebro —dice Shelley—. Y hablar es bueno.

—Como comer pescado —dice Ruth, y luego se toca la sien—. Es bueno para el cerebro. —Seguidamente, me mira a mí—. Penny. Suena a penique, dinero caído del cielo. Estábamos esperándote.

—Y ese es Hilbert —dice Shelley interrumpiendo y señalando al hombre de la corbata—. Y este es Pete.

El calvo. Le resbala un poco de saliva por un lado de la boca. Pete da la impresión de ser el más viejo de todos nosotros. Con una diferencia de varios años. Ni siquiera establece contacto visual conmigo; en cambio, Hilbert vuelve a sonreír y a asentir con la cabeza, lo cual me relaja.

—Nos gusta reunirnos así muchos días, Penny, para charlar y comunicarnos.

—Nos encanta charlar —dice Ruth.

—A algunos más que a otros —puntualiza Shelley enarcando las cejas—. Es una oportunidad para establecer contacto, comentar cosas, cantar una canción, reír, narrar una historia, hablar de algo nuevo.

—Podemos narrar la historia que queramos —dice Ruth.

—Muy cierto, Ruth —le contesta Shelley—. Penny, antes de que llegaras, Hilbert nos estaba hablando de…

—Aproximación por fracciones —termina Hilbert.

Posee una voz tranquila, grave, firme. Me gusta cómo suena.

—A veces preferimos simplemente dormir —dice Ruth.

—Pete da unos conciertos de violín maravillosos —dice Shelley.

—¿Es que a nadie le interesan las fracciones? —dice Hilbert—. Son un número, pero representan la parte de un todo. Yo soy una fracción. Penny, tú también lo eres.

Shelley se echa a reír, pero permanece quieta. Mantiene una postura rígida. Ni se estira el vestido ni se toquetea las uñas. Tiene las manos frente a sí.

—No queremos ponernos excesivamente técnicos, Hilbert —dice Shelley mirando al aludido.

—Las fracciones y los segmentos son algo maravilloso —dice Ruth —. Charlar es maravilloso. Estar juntos es maravilloso.

—Así es. Charlar puede ser terapéutico —afirma Shelley—. Penny, dinos una cosa: ¿siempre has vivido en la ciudad?

—Sí, durante toda mi vida.

«Hasta hoy», pienso. «Hasta este mismo instante.»

—Es emocionante pensar que todo esto va a ser una experiencia nueva para ti.

—¡Una aventura! —exclama Ruth.

Esa palabra me llena de ansiedad. No quiero estar viviendo una aventura. En absoluto. Quiero estar en mi casa. Quiero estar echándome una siesta. Estas personas se conocen unas a otras, están acostumbradas a vivir juntas, pero no me conocen a mí. Yo no las conozco a ellas.

Todas son personas desconocidas.

Me vuelvo hacia la puerta y veo pasar al gato. Tiene el mismo colorido que Gorky, la gata que tenía yo hace mucho tiempo. Es una bola de pelo color caramelo con cola.

—Aquí no solo vas a escapar de todo ese ajetreo de la ciudad —dice Shelley—, además estamos aquí para cuidarte, para acompañarte. Eso va a ser lo nuevo para ti, creo yo. Te malcriaremos y te mimaremos. Vas a adaptarte enseguida.

Ruth va a hablar, pero se tapa la boca. Es como si se hubiera percatado de que no debe decir lo que iba a decir.

—Y como ya tenemos todas las habitaciones llenas y estamos operando al máximo de nuestra capacidad, quiero deciros a todos que hemos pensado organizar una pequeña fiesta.

¿Que todas las habitaciones están llenas? Pero si somos solo cuatro. Seis, si contamos a Shelley y a Jack. Creo que jamás he oído hablar de un centro de cuidados a largo plazo solo para cuatro residentes. ¿Me estaban guardando la habitación?

—¿Somos solo seis en toda la residencia? —pregunto impulsivamente.

De nuevo todos los ojos se posan en mí. No debería haber dicho nada.

—Cada uno de nosotros es un sexto. Una fracción del total —dice Hilbert—. El 0,16666666…

—Yo soy solo una —digo.

—Me gusta todo a escala modesta —dice Shelley—. Mi idea ha sido siempre que este centro fuera pequeño, íntimo, para que pudiéramos conocernos de verdad unos a otros. Las residencias grandes resultan demasiado impersonales y parecen hospitales destartalados. Y huelen mal. Estuvimos encantados de esperarte a ti, Penny. Un centro de este tamaño es mucho más fácil de mantener de la manera que yo considero importante: humanamente. Nadie acaba viéndose desatendido. Somos una comunidad.

—Bueno… Así que… ¿Una fiesta, dices? —pregunta Hilbert escéptico.

—¡Qué divertido! —exclama Ruth aplaudiendo—. *En français: une fête!*

—Sí, algo que nos haga ilusión —dice Shelley.

—*Très bien.*

Hilbert establece contacto visual y se inclina hacia mí.

—¿Te gustan las fiestas?

—Antes, sí —contesto—. Pero ya hace un tiempo que no asisto a ninguna. Mucho tiempo.

En la puerta aparece Jack asomando la cabeza.

—La cena está lista —anuncia.

—Qué bien —dice Shelley—. De acuerdo, pues vamos todos. Hora de cenar.

Vamos saliendo, de uno en uno, otra vez al estrecho pasillo para dirigirnos al comedor, que no es tan grande como la sala común. Todo está sucediendo demasiado rápido. Estaba empezando a sentirme cómoda en la butaca, ligeramente a gusto, y ya estoy otra vez en pie, moviéndome.

Los ventanales del comedor también dan a los árboles, al bosque. Desde aquí dentro no se ve nada más. Hay una mesa cuadrada en el centro, con un servicio dispuesto en cada silla. Jack me conduce a la mía. Los demás ya están sentándose.

—Penique, tú tienes la última silla —dice Ruth—. Ahora sí que somos una mesa completa.

No me molesto en corregirla. Me llamo Penny. No Penique.

Hilbert levanta la vista. Me guiña un ojo con gesto de afecto, como si tuviera un chiste que solo quisiera contarme a mí. Me ponen delante un plato lleno de comida humeante. A continuación, van trayendo los demás platos, y todos contienen la porción exacta de carne, patatas asadas y verduras. No hay forma de que me coma todo eso. La carne está cubierta por una salsa de color oscuro. Hace años que no tomo una salsa de carne como Dios manda. No puedo evitarlo. Mojo el dedo meñique en el borde y me lo llevo a la boca. Está caliente y sedosa. Un sabor intenso, profundo, satisfactorio.

—¿Te gusta el pescado? —pregunta Ruth.

—Lo de esta noche es ternera, pero solemos tomar mucho pescado —dice Hilbert.

—A veces, pollo —tercia Ruth—. O chuletas de cerdo con salsa de manzana. O filete. O maíz cremoso. O ensalada griega. O empanada. O espaguetis.

—Pero el pescado supera a todas esas cosas —dice Hilbert.

—Últimamente no tengo mucho apetito —digo, pero noto que el estómago me hace ruidos pensando en la comida.

Pete coge los cubiertos y empieza a comer. Da la impresión de estar medio dormido. Así está desde que llegué. Con los ojos caídos y medio cerrados. No sonríe ni da ninguna señal de comprender nada. Ruth sostiene el tenedor en alto, pero está hablando demasiado para empezar a comer.

—Podemos tomar vino en la cena, si queremos —dice—. La norma es una sola copa al día.

—Y, tristemente —dice Hilbert—, yo ya he gastado la mía en el

almuerzo.

Seguro que Hilbert es la típica persona que halla consuelo en las normas, el orden y la estructura. Me gustaría saber a qué se dedicaba antes de venir a la residencia. Me gustaría saber qué lo trajo aquí.

—Más vale que la dejéis comer —dice Jack desde el otro extremo de la sala—. Prefiere comerse la comida que hablar de ella.

Por fin Ruth pincha un trozo de carne y se lo mete en la boca. Yo aprovecho la oportunidad para hacer lo mismo.

Hilbert tenía razón: es ternera. Pero no se parece a ninguna ternera que yo haya probado. Está tierna y satisface como ninguna de las comidas que tomo en mi casa. La carne de ternera nunca ha sido mi favorita. Siempre me ha resultado difícil de masticar y me ha sabido a minerales. Pero esta está deliciosa. No puedo evitar cerrar los ojos. Estoy degustando una comida que no consiste en sopa roja ni en pan tostado con queso. Voy salivando a la vez que mastico y trago.

Cuando abro los ojos, miro a Hilbert. Está utilizando sus cubiertos con meticulosidad: deja el cuchillo cada vez que se acerca el tenedor a la boca. Se limpia un poco de salsa de la comisura de los labios con la servilleta. Lleva las uñas limpias y cuidadas.

Normas, orden y estructura. Y pulcritud.

A pesar de los nervios que tenía antes, me resulta tranquilizador ver a un grupo de personas mayores, mis iguales, comiendo juntas. Y no solo comiendo, sino, además, saboreando la comida. Hacía mucho tiempo que no compartía una comida con nadie. No recuerdo cuándo fue la última vez. Es como si todas mis cenas pertenecieran a otra vida. Comer con otras personas, hablar, establecer contacto visual; todo ello es una parte fundamental del hecho de ser persona. Un ritual cotidiano.

Lo he echado terriblemente de menos, y no me había dado cuenta.

—¿Una copa de vino? —me ofrece Jack.

—Ya no bebo mucho.

—Para mí sí, por favor —dice Ruth.

Jack hace un gesto negativo con la cabeza.

—No, Ruth. Tú, no. Ya te has tomado la tuya, en el almuerzo.

Ruth emite una risita. Hilbert no dice nada.

—Bueno, sí que podría probar un poco —digo yo—. ¿Por qué no?

—¿Blanco?

—Por supuesto.

Jack sale a buscar el vino.

—Es estupendo que estés aquí —dice Hilbert a la vez que se quita una diminuta miga de pan de la manga de la chaqueta—. Nuestra discrepancia respecto de los asientos por fin ha quedado resuelta.

Nuestra pequeña mesa está completa. Hay elegancia en la proporción que existe ahora. En la simetría de cuatro personas sentadas a una mesa.

Voy recorriendo con la mirada cada uno de los rostros viejos y arrugados que me rodean. Solo puedo suponer que, como me ocurre a mí, sus manos y sus dentaduras ya no les funcionan tan bien como antes. Sin embargo, todos ellos mastican y tragan un bocado tras otro con alegría y buen apetito. No es una tarea rutinaria, sino un placer.

Regresa Jack con el vino. Deja la copa frente a mí y vuelve a entrar en la cocina. Un momento después de que se haya ido, olfateo el vino y bebo un sorbo pequeño. Tiene un sabor sutil, seco, exquisito. A continuación, le paso la copa a Hilbert.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde el almuerzo —le digo.

Él recibe la copa con gesto anonadado y toma un sorbo. Ruth abre mucho los ojos y la boca, fingiéndose escandalizada, y luego suelta otra risita entre dientes.

Pete, sin distraerse, sin percatarse, continúa comiendo.

Después de un postre que consiste en tarta de cereza templada, Jack me ayuda a regresar a mi habitación. Apaga la luz del techo y enciende la de la mesilla, que emite un resplandor suave y de color ámbar.

—Gracias —le digo.

—De nada, Penny —me responde—. ¿Necesitas algo más?

—No, creo que no.

—Buenas noches —dice él—. Que duermas bien.

Mientras me lavo los dientes y me pongo el camisón, siento algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Me siento atendida, cuidada. Estoy dándome cuenta de todo lo que he perdido en estos últimos años. Cosas muy esenciales: sentirme plena, arropada, que formo parte de un grupo. Aunque todavía no conozca bien a estas personas, y, en efecto, no las conozco, no puedo evitar sentirme vigorizada por ello. Es una sensación muy extraña. Pensaba que no iba a experimentarla de nuevo.

Antes de meterme en la cama, me quedo unos instantes junto a la ventana contemplando la oscuridad. Estando aquí, de pie, me cuesta situar la entrada principal de la casa en relación con mi cuarto, la sala común y el comedor.

Mi bolso está colgado del respaldo del sillón, y saco de uno de los bolsillos interiores una escultura de cerámica que he traído de mi apartamento. La primera escultura que hice, la que tiene la cabeza inclinada hacia un lado. La deposito encima de la cómoda y yo también inclino la cabeza a un lado, a imitación de ella.

Apago la lámpara, me quito las zapatillas y me acuesto boca arriba. Me subo el grueso edredón hasta la barbilla. La almohada tiene justo el tamaño adecuado y es lo bastante firme para sujetarme la cabeza.

Hay silencio.

Levanto la vista hacia el vacío del techo, tal como hacía la mayoría de las noches en mi apartamento. Es posible que decidiéramos esto los dos juntos. A lo mejor él sí que me recordó que habíamos escogido este lugar, el plan que había trazado para mí, antes de morir. Supongo que puede habérseme olvidado. Debió de suceder hace mucho tiempo. Tal vez no debería sentirme tan irritada con esto. Debería disfrutarlo. Ahora estoy aquí. Estas personas son agradables. La comida está buena. La cama es cómoda.

Esa caída podría haberme matado. No tengo nada de que quejarme.

Es una aventura.

Me giro hacia un costado, exhalo, y a continuación me entrego a un sueño profundo y reparador.

Entra el sol por la ventana. Noto una mancha de humedad en la almohada, junto a la mejilla. Debe de ser baba mía. ¿Qué hora será? Me restriego los ojos. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí toda la noche de un tirón. Sin ir al cuarto de baño. Sin dar vueltas y más vueltas. Estoy exactamente en la misma postura en la que estaba cuando me acosté.

Unos golpes suaves en la puerta.

—Buenos días, Penny. Soy yo —dice Jack entrando en la habitación.

Va vestido igual que ayer. Camisa y pantalón blancos. Ropa de hospital. Lleva en los brazos una pila de toallas dobladas.

—Vengo a dejarte esto. —Entra en el cuarto de baño y vuelve a salir con las manos vacías—. Bueno, ¿qué tal has dormido?

—Bien —respondo. Saco las piernas fuera de la cama y me llevo una mano a la cabeza para rascarme—. Muy bien. Me cuesta creerlo. Justo acabo de despertarme.

—Eso está genial. Tienes cara de haber descansado —me dice.

Tengo el pelo grasiento y despeinado, parece un nido de pájaros.

—¿Cuándo fue la última vez que te cepillaron el pelo? —me pregunta Jack.

—No lo sé —contesto.

Debo de estar horrorosa. Necesito darme un baño.

—Voy a darte un cepillado rápido —dice.

Me encojo cuando me toca. Me siento reacia, pero cedo y cierro los ojos. Con cada pasada del cepillo, noto que me rindo otro poco más. Me rindo al hecho de que alguien me cepille el pelo. Me rindo a este lugar. A esta casa. A la comida. A las comodidades. Al silencio de la habitación y el calor de la cama.

—He dormido de un tirón —digo—. Eso no me ocurre nunca. Y no he soñado. Solo he dormido profundamente, un sueño reparador.

Jack tiene mano suave y cepilla con mucha delicadeza.

—Lamento lo de tu caída —me dice—. Debiste de pasar mucho miedo.

Cuando le oigo decir eso, vuelvo a acordarme de la herida que tengo en la cabeza. La costra. No había pensado en ella hasta este momento.

—No sé para qué sirve envejecer —comento.

—Trae muchos cambios consigo, ¿verdad?

—Por algo se obsesiona tanto la gente con seguir siendo joven. Tú

tienes la suerte de serlo todavía. En cambio, yo, por mucho que quiera fingir que todo va bien, sé que no es verdad. Mi rodilla está cada vez peor. Y está empezando a fallarme la memoria. He empezado a olvidarme de las cosas.

—Lo siento mucho, Penny —dice Jack.

—Para acordarme mejor, empecé a escribir notas para mí misma. A veces me siento un tanto confusa.

—Aquí estarás mejor.

—¿Mejor? No, de eso se trata. Ya soy demasiado vieja para ir a mejor. Soy demasiado vieja para todo.

—Eso no es cierto. Has dormido mejor, ¿no es verdad?

Mi mirada se desvía hacia la foto enmarcada que descansa sobre la cómoda, al lado de la escultura de cerámica. Es una foto de él. No sé por qué la he traído. Podría haberla dejado en el apartamento. Tenía pensado dejarla. ¿Me la habrá metido Mike en el bolso de viaje? ¿La he sacado yo?

—¿Quién es? —pregunta Jack siguiendo mi mirada.

—Es él —respondo.

—¿El hombre con el que viviste? Era artista, ¿verdad?

—Sí. Pero no creía en el matrimonio, era algo demasiado tradicional para él. Me parece que no creía en muchas cosas. Se volvió muy escéptico y, al final, buscaba aprobación dondequiera que pudiese encontrarla. Solo deseaba encajar. No sé por qué eso me molesta tanto, pero así es.

—Las relaciones son complicadas —dice Jack—. Al igual que las familias.

Percibo que está a punto de explayarse, de contarme más cosas de su vida, pero sin embargo continúa cepillando.

—Ya está —dice cuando termina. Da un paso atrás y sostiene el cepillo a un lado—. Ahora está mejor. Aún conservas un cabello muy bonito y muy suave. Vamos, ven a desayunar. Seguro que te está entrando hambre.

Tengo hambre. Me muero de hambre.

Noto los ruidos que me hace el estómago cuando recorremos el pasillo. Me las he apañado sola durante muchos años, incluso a pesar de que mi rodilla estaba cada vez peor, siempre he ido andando a hacer la compra, pero después de pasar un solo día en esta casa me parece normal agarrarme del brazo de Jack. Representa un alivio. Voy mirando los pies de los dos, que se mueven al unísono. Sus zapatillas deportivas blancas parecen nuevas, como si nunca se las hubiera puesto por la calle.

Cuando doblamos hacia la izquierda, hacia el comedor, se encienden las luces. Deben de contar con un sensor de movimiento. Cuando llegamos a la entrada, los demás están ya todos sentados a la mesa.

Primero dirijo la mirada hacia el sitio de Hilbert. Está ensimismado en un libro. Levanta la vista cuando tomo asiento. Se le ilumina la cara y me hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Observo que los demás ya se han comido el desayuno; los cubiertos están sucios y los platos rebañados y limpios.

—He querido dejarte dormir un poco más, Penny, así que los demás se han adelantado. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no —respondo.

Pete está repantigado en su silla. Está echándose una siesta tras el desayuno, sin levantarse de la mesa.

—Otro día ajetreado —comenta Ruth—. No hay tiempo que perder. Hemos tenido que adelantarnos, ya no podíamos esperar más. *Un autre jour*. No hay ningún otro momento como el momento presente. Disfruta del desayuno, Penique.

Tiene un poco de yema de huevo derramada en la blusa. Se pone de pie y hace una reverencia antes de marcharse.

—Si me quedase aquí, haciéndote compañía mientras desayunas —me dice Hilbert poniendo el libro boca abajo y subiéndose las gafas a lo alto de la cabeza—, ¿te importaría mucho?

—En absoluto —contesto dándome cuenta de que ha debido de estar esperando a que yo llegara—. Me encantaría.

No considera compañía a Pete, dado el estado en que se encuentra. Tengo que darle la razón. ¿Qué edad tendrá Pete? Debe de ser muy viejo. Anciano. ¿Tendrá más de cien? Cuesta trabajo distinguir lo que sucede detrás de su rostro inexpresivo y de sus ojos cansados.

—Me gusta la forma que tiene tu mejilla —dice Hilbert de improviso—. Nunca he visto una mejilla así.

De manera instintiva, me llevo una mano a la cara.

Nadie me había hecho nunca un comentario acerca de mi mejilla. Es una zona muy específica para que se fije y le guste. Mi sonrisa, sí. Mi pelo. Mis ojos. Pero nadie me ha dicho nada acerca de mi mejilla. Me doy cuenta de que lo dice en serio. No sé cómo reaccionar.

—Antes me encantaba leer —digo—. Sobre todo, novelas. Mi padre me regalaba libros de biología. Tenía una colección de libros de cocina. Y de libros de arte.

—Aquí tenemos tiempo para leer —dice él—. Tenemos todo el tiempo que necesitemos.

—No sé. No es solo cuestión de necesitar tiempo. Parece haberme abandonado el deseo de leer. Me cuesta mucho concentrarme. Jamás pensé que perdería la capacidad de hacer una cosa tan simple como seguir un hilo argumental o concentrarme en las palabras escritas en un papel. ¿Qué estás leyendo?

Manotea unos instantes con el libro. Sus manos son viejas, como las mías, pero sus dedos son elegantes y delgados como los de un pianista.

—Ah, pues a ver… Se titula…

Levanta el libro para que yo lea el título, y tengo que acercarme un poco.

GEOMETRÍA NO CONMUTATIVA Y TEORÍA DE NÚMEROS: DONDE LA ARITMÉTICA SE ENCUENTRA CON LA GEOMETRÍA Y CON LA FÍSICA.

—Me parece que no lo conozco —comento.

Los dos nos echamos a reír. Pete levanta la vista, muy brevemente, pero no da ninguna señal de comprender nada.

—Uno de los autores es una maravillosa matemática de nacionalidad italiana, Matilde Marcolli.

—Creo que probablemente conozco más italianos artistas que matemáticos —digo—. Antes, los nombres de los artistas me decían algo.

—¿Y ya no?

—Cuesta mantener el mismo interés —respondo—. Es imposible seguir igual de emocionado eternamente.

—La eternidad es mucho tiempo. Antes estuve leyendo sobre la infinitud —dice Hilbert—, de modo que lo comprendo. ¿Cuánto tiempo es la eternidad?

—La idea de infinitud me causa angustia. E incomodidad. Siempre me ha pasado. Soy una persona que se preocupa mucho, y todo lo que tiene que ver con la eternidad me da miedo.

—A menos que pudiéramos vivir eternamente —replica Hilbert.

—Sí, y que de los detalles se preocupase Shelley —digo yo.

—Exacto —dice Hilbert con una risita—. Una eternidad de huevo y pan tostado.

—Si pudiéramos permanecer jóvenes, no habría nada que nos angustiase. Envejecer da mucho miedo.

—Yo soy matemático —dice—. No me preocupo mucho. Existen reglas, horizontes y límites, aunque no podamos alcanzarlos todos por nosotros mismos.

—A mí nunca se me han dado bien las matemáticas —digo.

Hilbert señala una antigua mancha de pintura que tengo en la manga y en la que yo no había reparado. Me la tapo con la mano.

—Eres pintora —dice.

—Ya no. Antes pintaba. Pero jamás he vendido un solo cuadro en toda mi vida. Ni he inaugurado una exposición.

Hilbert me mira atentamente.

—Eso no importa. Tú pintas. Creas. Piensas de manera independiente. Eres una artista.

¿Cuándo fue la última vez que cogí un pincel?

—Nunca he querido considerarme artista. Eso nunca ha ejercido ningún impacto en mi obra. Es una mera etiqueta.

—Espero que no te importe que yo sí te llame artista —dice Hilbert —. Yo no sabría hacer lo que haces tú. Me resulta maravilloso y misterioso.

—Yo tampoco sabría hacer lo que haces tú —contesto.

Hilbert dibuja una ancha sonrisa, principalmente con los ojos.

—Debo confesar —dice— que soy capaz de apreciar el arte, pero no siempre estoy seguro de saber extraer de él lo que era la intención del artista.

—No hay una única cosa que extraer. El arte que creaba yo tenía que ver con capas, una transferencia.

—¿Una transferencia?

—Desde algo que experimento, algo que siento, hasta algo que soy capaz de crear. Puede que eso haga que los demás sientan algo parecido. Y puede que no. No sé cómo explicarlo mejor.

—Ahora que lo dices, la matemática pura, el álgebra, la teoría de números; en realidad todo eso es también un sistema de transferencia. Se llega a una solución después de un cálculo.

—Pero no lo entiendo —digo—. No es así como funciona mi mente.

—En ese caso, creo que tendrás que fiarte de mí —dice Hilbert.

En efecto, me fío de él. Es una confianza que hacía mucho tiempo que no sentía: inmediata, irracional, impulsiva.

Jack me deja delante el plato con el desayuno. La comida está distribuida formando una cara de expresión alegre. Dos huevos fritos pretenden ser los ojos, un gajo de naranja forma la nariz, las orejas son dos tostadas y la sonrisa de la boca es una tira de beicon.

—Y ahora te traigo un té —dice Jack.

—Gracias —le digo.

Jack vuelve a entrar en la cocina.

—Una vez tuve una amiga que me dijo que su jardín le parecía un cuadro tridimensional —le comento a Hilbert—. Comprendí por qué eso le resultaba atractivo, pero yo no me preocupaba por las tres dimensiones en mis obras. Ya vivo en tres dimensiones. Precisamente por eso me gustaba pintar. Quería probar a existir solo en dos dimensiones.

—¿Recuerdas por qué comenzaste? —me pregunta Hilbert.

—¿A pintar?

—Sí.

—Por el color. Comencé a pintar porque me encantaba el color. Fue así de simple. Y me gusta que los cuadros puedan cambiar.

—¿Tus cuadros cambian?

—Para mí, cambian todos —replico—. A eso me refiero cuando digo que son transferencias. Al principio tengo una idea, mi idea propia, determinadas sensaciones que intento transmitir; pero llega un momento en el que tengo la impresión de que cedo la posesión de dicha idea, o la pierdo, y empieza a caminar sola. Continuamente la veo de modo distinto.

—¿Las obras cambian a medida que cambias tú?

—Sí, así es. De verdad. Yo soy diferente, y mis cuadros también son diferentes cada vez que los veo. Es una alteración constante a lo largo del tiempo. Es algo puramente emocional. Va cambiando mi perspectiva, y en eso consiste pintar. En la perspectiva y las maneras de ver. Espero que esto no te parezca demasiado pretencioso.

—No me lo parece. En absoluto.

—Todos los cuadros en los que he trabajado me parecen distintos ahora. Lo que siento cuando los miro, si los miro, se ha transformado desde la época en que empecé. Hacía mucho que no reflexionaba sobre esto. Ni siquiera he pintado nada desde… —Dejo la frase sin terminar.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé bien. No recuerdo cuándo fue la última vez que empecé algo nuevo. Se había vuelto demasiado difícil empezar. Dudo que vuelva a pintar otra vez —afirmo.

—¿Y te conformarías con eso?

Analizo la posibilidad de no volver a pintar nunca. Durante la mayor parte de mi vida habría parecido algo inaudito. Lo habría considerado injusto, una tragedia personal. No lo habría aceptado.

—No lo sé. Tal vez no. Desde que he llegado aquí, me siento distinta.

Hilbert sonríe al oírme decir eso.

—Yo todavía tengo muchísimo que hacer.

—No me digas —respondo con la esperanza de no parecer demasiado sorprendida.

—Sí, ahora noto el trabajo muy arraigado en mí. Y más todavía desde que estoy aquí. Define la persona que soy, y Shelley quiere que… Le gusta que sigamos siendo productivos.

No me había dado cuenta de que sin duda iba comiendo mientras charlábamos. Tengo el plato vacío. Lo único que queda en él son dos mondas de naranja.

—Si no es una imposición, me gustaría observarte alguna vez —me dice Hilbert—. Observarte mientras pintas.

Al decir esto, emito una tos y aparto la mirada. Acude Jack a retirarme el plato.

—¿Más té?

—No, gracias —contesto.

Pone mis cubiertos en el plato y se lleva todo a la cocina. Hilbert y yo volvemos a quedarnos solos en el silencio.

—Me daba mucho miedo convertirme en una vieja —digo—. Me aterrorizaba. Supongo que todavía me aterroriza. Me daba pánico perder partes de mí misma y que se me agotara el tiempo. Olvidar.

Pete no ha dicho nada. Se me había olvidado que estaba aquí sentado con nosotros, pero ahora veo que mira hacia la cocina, como si esperase que llegara algún otro plato.

—¿A ti te da miedo acercarte al final? —le pregunto a Hilbert.

—¿Por qué tiene que dar miedo una cosa? —contesta—. Solo puede dar miedo si es algo ineludible.

—Como que nos vamos acercando al final —replico.

—¿Tú crees? —dice—. Pete aún está aquí. Todos seguimos estando aquí. Shelley no deja de decirnos día tras día que el secreto de la longevidad consiste en mantenerse positivo y productivo. Positivo y productivo. Positivo y productivo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto.

Pero Hilbert está mirando a Pete, que sigue mirando fijamente hacia la cocina.

—Pete —le pregunta—, ¿quieres algo de la cocina?

—¿Quieres que llame a Jack? —me ofrezco yo.

Pete me mira con sus ojos cansados. Pero no me responde.

Me gustaría saber de dónde es. Me gustaría saber qué está pensando.

—Es un hombre de pocas palabras —comenta Hilbert—. No hay problema.

—En mi apartamento —digo—, me pasaba semanas sin hablar con nadie. Ni siquiera cuando iba andando hasta el parque y me sentaba en un banco. Pasaban por delante muchísimas personas. O hacían cola en el supermercado.

—Nadie habla con los viejos —dice él.

—Somos invisibles —digo yo.

Los días solitarios iban pasando uno tras otro tras otro. En cierta ocasión, vi un ratón en mi apartamento. Se detuvo a medio cruzar la sala de estar y se me quedó mirando fijamente. Contemplé a aquella criatura diminuta. No me tenía miedo. Sencillamente, las dos estábamos allí al mismo tiempo. No chillé. No reaccioné en absoluto. No me preocupé. Si aquel ratón continuaba viviendo en mi apartamento, creciendo, apareándose, correteando, comiéndose mis restos de comida, cagando en los armarios de la cocina, o si aquella misma noche se moría y empezaba a pudrirse en la pared, a mí me daba igual. No me importaba. Vivo o muerto, estaba allí, en la pared, y él sentía lo mismo respecto de mí.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Hilbert.

—Perdona. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que aquí las cosas son distintas —respondo—. La comida. Y la compañía. Me gusta. Es agradable.

Jack ayuda a Pete a levantarse del asiento y me pregunta si podré volver a mi habitación yo sola.

—Naturalmente —le digo.

Ya me conozco la ruta entre mi habitación y el lugar donde comemos. Me siento revigorizada tras la conversación con Hilbert. Menuda mañana. Cuántas cosas han pasado ya. Tengo la sensación de que acabo de despertarme. Cuántas cosas han cambiado para mí en tan corto espacio de tiempo. Noto que está formándose un vínculo con las otras personas que viven aquí. Ahora soy parte de un grupo, de una comunidad.

Al entrar en mi habitación, veo que el sol que entra por la ventana se derrama sobre la cama. Doy otro paso más, y de pronto hago un alto.

Encima de mi mesa hay un juego nuevo de pinturas y un manojo de pinceles.

Me acerco un poco más. Están todos mis colores favoritos: azul marino, ocre tostado, carmín de alizarina, rojo cadmio. Siento una opresión en el pecho al verlos. Algo se activa en mi interior. Un hormigueo de potencial olvidado hace mucho tiempo, la misma sensación de antaño.

¿Cómo han llegado aquí estas pinturas?

Acerco una mano y acaricio suavemente los tubos y los pinceles. He pintado durante casi toda mi vida. La mayor parte de ese tiempo, pintar me provocaba la emoción de la posibilidad. Era una emoción que perseguía continuamente, una sensación que no encontraba en ninguna otra cosa. Un anhelo.

Me encantaba empezar un retrato nuevo. Con cada uno, el proceso comenzaba mucho antes de que sacara las pinturas. No se lo decía a nadie. Primero, pasaba varias horas sentada en el parque, dibujando bocetos de todo lo que veía. A veces, esa etapa duraba semanas. Él no lo entendía y me preguntaba por qué pasaba todo el tiempo en el parque en vez de emplearlo en pintar.

—Da igual lo que te digas a ti misma, hacer bocetos en el parque no es pintar retratos —me decía.

Pero para mí sí lo era. Era una etapa crucial. No podía saltármela y tampoco podía pasarla a toda prisa. Disfrutaba por igual de cada fase de un retrato.

Excepto del momento de terminar. Nunca terminaba. Odiaba

acabar una pieza. Me parecía demasiado irreversible. Me preguntaba si tenían que estar terminados siquiera.

—Por supuesto que sí —decía él—. No se puede empezar una cosa nueva sin terminarla. Tienes que aprender a tomar decisiones y a ser despiadada contigo misma.

¿Por qué no podía ser para siempre una obra en curso? ¿Por qué no dejar que estuviera siempre desplegándose? Para mantener constante esa transferencia. Enmarcar un cuadro acabado y ponerlo en una pared no fue nunca mi objetivo.

Oigo unos pasos en el pasillo, y seguidamente aparece Shelley en la puerta, inmiscuyéndose en mi ensoñación. No la he visto desde ayer. Hay muchas cosas que podría contarle, de lo mucho que he comido y de la conversación que he tenido con Hilbert.

—Penny, siento interrumpir, pero tenemos una reunión.

¿Cuánto tiempo llevo aquí de pie?

Veo que la luz que entra por la ventana se ha desplazado y ya no da en la cama sino en la cómoda. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Ya es por la tarde? Esto no puede estar bien.

Shelley ve mi gesto de confusión y da un paso hacia mí.

—Tranquila, Penny —me dice—. No pasa nada. Cógete de mi brazo.

Al hacer lo que me dice, me fijo en que lleva guantes. Unos guantes transparentes, finos, de plástico, en ambas manos.

Al igual que sucedió con el desayuno, los demás ya se han adelantado y están esperando, sentados en los mismos asientos que ayer. Ruth está silbando, Pete y Hilbert guardan silencio. A diferencia de ayer, la reunión grupal de hoy me resulta familiar, habitual, normal. Jack está apoyado en la pared, mirando el teléfono que tiene en la mano.

—Espero que a todos os haga ilusión la fiesta —dice Shelley una vez que ha tomado asiento.

—Las fiestas nos encantan —dice Ruth—. Nos gustan mucho. Siempre son divertidas. Da igual cómo sean. Grandes o pequeñas. Tenemos que acudir todos cuando empiecen y no podemos marcharnos hasta que terminen. No nos conviene perdernos nada. Sin excusas. A lo mejor podemos convencerlo —dice señalando a Pete— de que toque para nosotros.

Me cuesta seguir todo lo que dice Ruth porque habla muy deprisa, con mucho entusiasmo, y, además, de paso, agrega alguna que otra palabra en francés.

—Me parece una idea estupenda, Ruth —dice Shelley.

Ruth emite una risita.

—Sé —continúa Shelley— que Pete ha estado ensayando mucho. Su dedicación es asombrosa.

No hay reacción alguna por parte del pobre y viejo Pete. He oído decir que algunas personas muy ancianas pierden la capacidad de hablar. Me gustaría saber qué me diría si todavía pudiera hablar. Me gustaría saber cómo suena su voz, su risa.

Cuanto más oigo hablar a Shelley, más me convenzo de que hay una intensidad formal en su modo de comunicarse. Todo lo que dice suena casi guionizado y ensayado.

—Yo antes bailaba —digo. La frase sale de mis labios antes de que me dé cuenta de lo que estoy diciendo. Todos, excepto Pete, se giran hacia mí—. De eso hace ya muchos años. Ya llevo mucho tiempo sin bailar. No sé si es siquiera posible a esta edad, pero guardo muchos recuerdos bonitos de cuando bailaba.

—Sí, bailar es divertido —dice Ruth—. Nos encanta. El baile de san Vito.

—Solo… espero poder bailar todavía.

Me froto la rodilla al tiempo que miro a Hilbert, y veo que él ya me está mirando a mí, sonriente y con un brillo en los ojos.

—Naturalmente que puedes bailar todavía —dice Shelley.

—Todos podemos —afirma Ruth.

—Me acuerdo de lo nerviosa que estaba cuando asistí a mi primer baile del instituto —digo—. Cuando tenía veintitantos años, salía a bailar con una amiga en particular. Pasábamos horas bailando. En aquella época bailaba con muchísimos hombres. Todos distintos. Siempre los encontraba. En la pista de baile me sentía segura de mí misma. Había salones a los que ir. —Oigo la música dentro de mi cabeza. Con gran nitidez—. Mi preferido era Duke Ellington —continúo—. Y Annette Hanshaw. Era muy joven.

Casi sin darme cuenta, me pongo a tararear la versión de Annette Hanshaw de «Love Me Tonight». Consigo cantar los primeros versos y luego me callo de golpe, mortificada al ver que todos los presentes me están escuchando y mirando. ¿Qué me ha empujado a hablar tan abiertamente de algo tan personal?

—*Tu es très jolie* —me dice Ruth—. *C'est vrai.*

—Ruth —le dice Shelley—, todavía es el turno de Penny de contarnos una historia.

—No, no —digo—. No pasa nada. Prefiero oír a Ruth hablando en francés. Yo hablaba un poco de francés cuando era joven. Me parecía muy romántico, ojalá no lo hubiera dejado.

—Tenía la esperanza de que encontrases cosas en común con los demás —dice Shelley—. Y conmigo. La forma en que tú aprecias el arte, Penny, es la forma en que yo aprecio el cuerpo humano. Ya de pequeña estaba obsesionada con aprender todo lo que pudiera de anatomía y de las ciencias de la vida.

—Penny —me pregunta Hilbert bruscamente—, ¿qué querías tú cuando eras joven?

Shelley parece sorprendida de que Hilbert la haya dejado con la palabra en la boca.

—¿A qué te refieres? —digo.

—A qué querías de la vida.

—Esa es una pregunta importante.

—La más importante de todas —replica.

—Pues supongo que quería salir de mi pequeño mundo —respondo —. Ver arte. Quería leer y conocer gente. Quería hacerme adulta para poder aprender a pintar.

Hilbert guarda silencio. Finalmente, dice:

—Yo, cuando era joven, quería entender a fondo la teoría de conjuntos y los tamaños posibles de los conjuntos infinitos. Un misterio realmente sobrecogedor.

—Eso es una tontería —dice Ruth poniendo los ojos en blanco.

—No, no lo es —digo yo—. En absoluto. Yo siempre estoy

intentando entender cómo terminar mis obras. Esa es mi versión de la infinitud.

No hace mucho que conozco a este hombre, pero soy capaz de imaginarlo en esa época en la que era estudiante. Modesto, inteligente, desgarbado, ensimismado, atractivo. Y brillante.

—Me gusta que tu versión de los conjuntos infinitos sea completamente distinta de la mía —le digo.

—Ya he aprendido mucho de ti —contesta él.

—Lo dudo —replico.

Pero Hilbert alarga el brazo y posa su mano en la mía con delicadeza. Es la primera vez que me toca. Tiene una mano tibia, fuerte, reconfortante. Shelley se da cuenta del gesto.

—Creo que ha llegado el momento de… —empieza a decir, pero yo la interrumpo.

—Me acuerdo de otra cosa más —digo.

—¿Perdón?

—De lo que quería cuando era pequeña. De niña. Antes de empezar a pintar o de salir a bailar. De pequeña no era muy sociable. Había muchas cosas que me daban miedo. Pero recuerdo una cosa que deseaba muy intensamente. No se lo dije ni siquiera a mis padres. Nunca se lo he dicho a nadie.

—¿Qué era? —pregunta Hilbert.

—Deseaba levitar. Flotar.

—¿Querías volar? —dice Ruth.

—No. Flotar —dice Hilbert para aclararlo en mi nombre—. Ha dicho que deseaba flotar.

—Es un deseo bastante poco corriente —dice Shelley.

—Quería saber qué se sentía —explico.

Shelley me mira primero a mí y luego a los demás. Jack aún no se ha movido de la pared, pero ya no está mirando el teléfono. Se nota que está escuchando.

—Simplemente flotar, solo un momento —digo, y a continuación bajo la vista—. Sentir que mis pies se despegan del suelo. Siempre he sentido mi peso. Es imposible saber qué se siente hasta que se siente.

El pequeño secreto de mi infancia es recibido en silencio, excepto en el caso de Hilbert.

—Es una ansiedad comprensible de la materia, de la masa —dice Hilbert—. De la vida. Una densidad. Una carga para permanecer erguido, para producir, para persistir. Yo también la he sentido.

Noto que el vello de los brazos se me pone de punta.

—La persistencia no tiene nada de malo, Hilbert —dice Shelley—. En eso consiste la vida. Es prueba de un espíritu fuerte.

—No, no es eso de lo que estamos hablando —le dice Hilbert a Shelley, y luego se gira hacia mí—. Hay quienes argumentan que la cantidad total de energía del universo, la totalidad, es… ¿Quieres saberlo? Cero.

—Eso no parece posible —replica Shelley.

—Chist —le digo yo, y después vuelvo a centrar la atención en Hilbert.

—Toda la materia forma la energía positiva, mientras que la gravedad forma la energía negativa, y cuando están las dos juntas se anulan la una a la otra —explica.

Shelley suelta una risita de sorna entre dientes.

—Sí. Lo entiendo —digo yo—. Se trata de ser distinto. De ser totalmente distinto. La otra cara de algo. Me resulta muy tranquilizador saber que siempre existe algo contrario.

Estoy mirando únicamente a Hilbert. Es lo único que veo. Le sonrío.

—¿No es cierto que el terreno común es lo más importante? —dice Shelley—. ¿Integrarse y juntarse para el bien?

—A mí los contrastes también me parecen tranquilizadores, Penny —dice Hilbert ignorando a Shelley—. Me gusta saber que existe una cara B. Lo encuentro hermoso. No se diferencia mucho de flotar. Equilibrio y proporción.

—Sea como sea, no nos pongamos demasiado filosóficos —dice Shelley poniéndose de pie—. Nunca dejáis de asombrarme. ¡Todos vosotros! —Lo dice un poco encendida, como si hubiéramos tocado una fibra sensible—. Pero también es cierto que todos necesitáis descansar. Jack, ¿me ayudas a llevar a Penny a su habitación?

—¿Ya? —pregunta él, sorprendido.

—Sí, ya.

Jack viene y me ofrece el brazo para que me agarre a él. Se ha hecho el silencio. Yo quiero seguir hablando con Hilbert, hacerle preguntas acerca de su vida, de su trabajo con las matemáticas, de sus ideas, de otras aficiones. Su mundo es muy diferente del mío, y aun así… Me agarro del brazo de Jack y me levanto.

—Tenemos suerte de estar aquí, ¿a que sí? —le digo a Hilbert al pasar.

—Sí, mucha suerte —contesta él—. Así parece hoy.

—¿A qué te refieres, Hilbert? —le pregunta Shelley—. ¿De qué forma lo parece hoy?

Su pregunta lleva un tono afilado que me aguijonea igual que el extremo puntiagudo de una pluma. Desde la puerta, oigo lo que responde Hilbert:

—No me he referido a nada —dice—. Simplemente, me alegro de

que Penny esté aquí.

Me suelto del brazo de Jack al tomar el pasillo que lleva a mi habitación.

—Tranquilo —le digo—. Ya conozco el camino.

—¿Y tu rodilla?

—Todavía me funciona —contesto—. Por ahora.

Pasamos junto al ventanal que da al denso bosque. Hacemos una breve pausa, el uno de pie al lado del otro. Hay muchísimos árboles, altos, imposibles de distinguir de forma individual, demasiado numerosos para contarlos. Intento fijarme en uno en particular, me concentro en él atentamente, hasta que se me olvida lo que estoy mirando.

—Me ha gustado lo que has dicho en la sala de que sentías tu peso —dice Jack rompiendo el hechizo—. Me parece que tú y yo tenemos unas cuantas cosas en común.

—¿De verdad?

El ruido de las pisadas de Shelley por el pasillo hace que Jack guarde silencio. Espera hasta que oímos una puerta que se cierra.

—Una vez fui a la academia de Bellas Artes —me dice, esta vez en un tono más suave, en voz baja, como si fuese un secreto.

—¿Has estudiado Bellas Artes?

—En la universidad. Solo durante un año. Tengo la sensación de que eso pertenece a otra vida.

—¿Por qué solo un año?

—No salió bien —responde.

—¿Por qué?

—No era el momento —explica—. Cometía errores. Suspendía mucho. Siempre pensé en ser artista profesional. Esa iba a ser mi identidad. Pero ahora estoy aquí, trabajando en un lugar como…

Se interrumpe y no termina la frase.

¿Un lugar como este?

—No te gusta estar aquí? —le pregunto.

—Es un buen sitio. Sencillamente, no es lo que me veía haciendo cuando era joven, nada más.

Aún es joven. Creo. Me aparto del ventanal y echo a andar de nuevo. Jack me sigue.

—Bueno —digo—, yo nunca he estudiado arte. En el sentido formal. De modo que me sacas un pie de ventaja. Un pie bueno, no uno viejo y artrítico como el mío.

Llegamos a mi habitación, la que tiene la puerta roja. Ahora luce un cartelito que lleva escrito «Penny». Es una novedad. Entramos y me siento en mi sillón.

—Durante estos últimos años que he pasado en mi apartamento, he tenido la sensación de que había dejado pasar mi oportunidad. De que ya estaba todo hecho. Se acabaron las experiencias. Se acabaron los retos. Se acabaron las relaciones personales. Da miedo pensar que todo se ha terminado. Sobre todo cuando uno está solo.

Estoy haciendo un esfuerzo desesperado por contenerme, pero Jack se da cuenta de que los ojos se me están llenando de lágrimas.

—Lo siento —digo.

—No te disculpes —me dice él.

Dedico unos momentos a recobrar el dominio de mí misma.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Exactamente eso. Que aquí no pasa nada malo. De hecho, sucede lo contrario. Todo es muy agradable.

Saco un pañuelo de papel hecho una bola que guardaba en la manga del jersey y me sueno la nariz.

—Por primera vez en mucho tiempo, me siento bien. He dormido. He comido. He hablado con otros seres humanos de mi misma edad. Es maravilloso. Resulta un poco abrumador, nada más. Y todo en un solo día.

Jack me apoya una mano en el hombro.

Me limpio las lágrimas de la mejilla con el dedo. Me adentro un poco más en la habitación. Me siento en el sillón dejando escapar un suspiro. Cierro los ojos y reclino la cabeza. Me quedo así sentada hasta que me viene a la memoria lo que había esta mañana encima de la mesa.

—Jack, ¿de dónde han salido los tubos de pintura y los pinceles? —pregunto abriendo los ojos.

Pero Jack no está. Ya se ha marchado.

Cuando me despierto, estoy todavía en el sillón. Tengo la cabeza inclinada hacia atrás y hacia un lado, y los pies subidos en el reposapiés. Hay una manta extendida sobre mis piernas y un vaso de agua en la mesita auxiliar. Debo de haberme echado una buena siesta. ¿Cuándo he decidido echarme una siesta?

Y entonces me doy cuenta: Shelley está aquí dentro, conmigo.

Está en un rincón del dormitorio, de pie sin más. Se ha quitado el vestido rojo y se ha puesto algo más informal: unos vaqueros y un jersey. Viene hasta mí, extiende el brazo y me roza muy suavemente la mejilla con el dorso de la mano, tal como haría una madre con un hijo pequeño. El guante fino y transparente que lleva puesto está frío en contacto con mi piel. Frío y húmedo.

—Se te veía tan tranquila que no he querido despertarte.

Intento tragar saliva.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? Tengo mucha sed —digo.

—Toma —me dice ella al tiempo que me pasa el vaso de agua. Me observa mientras apuro el vaso entero.

—Te hemos preparado un capricho para mañana por la mañana. Vas a tener un día de tratamientos de belleza.

Le devuelvo el vaso vacío.

—¿Un día de qué?

—De tratamientos de belleza. Lavarte y cortarte el pelo, hacerte la manicura.

Me miro las uñas, todas sucias y despuntadas.

—Solo si no es una molestia —digo.

—Ni en lo más mínimo. Te vendrá bien para la fiesta —asegura Shelley—. Te va a encantar. Pero antes, es el momento de que tomes una ducha.

El agua caliente es sublime. Dejo que me caiga por la cabeza, el cuello y la cara. Necesitaba esto, lo necesitaba mucho. Es rejuvenecedor. Ojalá pudiera estar aquí a solas, tener un poco de intimidad.

Shelley ha insistido en ayudarme. Se ha descalzado y se ha puesto encima de la ropa una bata blanca impermeable. Se mantiene a un lado del gigantesco plato de ducha mientras yo permanezco debajo del chorro de agua caliente.

—Puedo hacer esto yo sola —le digo—. En mi apartamento no

tenía a nadie que me ayudara.

—Ya lo sé, cielo. Pero por eso estás aquí, acuérdate, para que te ayuden.

La presión del agua es aquí mucho mayor que en mi casa, y me azota la piel de una forma que resulta placentera. Noto que Shelley se acerca a mí. Coge una esponja y empieza a frotarme la espalda. Siento el roce de la tela de la bata que lleva puesta como el contacto de un impermeable.

—Levanta los brazos, por favor.

Obedezco, y Shelley continúa lavando. No me giro para mirar. Resulta incómodo y embarazoso. Nunca me habían lavado, por lo menos en mi vida adulta. Todavía no conozco a Shelley, la verdad es que no. Ojalá no le estuviera viendo los pies descalzos. No sé por qué, pero eso empeora las cosas. Casi se tocan con los míos. No hablamos. El agua está caliente y forma vapor alrededor de nosotras.

Sin decir nada, sin hacer ninguna pausa en sus movimientos, Shelley empieza a tararear. Al principio, de manera sutil. Apenas la oigo por encima del estruendo del agua. Luego, más fuerte. Conozco esa melodía. Sé cuál es. Es la misma que yo estuve tarareando antes, en la reunión.

Es una antigua canción de Annette Hanshaw. Anterior a la época de ella.

Continúa tarareando mientras aclara el resto del jabón de mi cuerpo. Por primera vez desde que llegué, desearía estar sola.

Cierra el grifo y me pasa una toalla esponjosa.

—¿Quieres que te ayude a secarte?

—No —contesto.

—Voy a traerte el camisón.

—¿Ya es la hora de acostarme?

Desde el sitio del cuarto de baño en que me encuentro, alcanzo a ver la ventana por la puerta abierta. Me acerco apoyando una mano en el marco. Ya es de noche. Oigo el ruido que hace Shelley abriendo el cajón de mi cómoda. Debe de ser más tarde de lo que creía.

Ya con el camisón puesto, de nuevo con la ayuda de Shelley, me meto en la cama.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —le digo—. Supongo que esa siesta que me he echado ha sido muy larga. ¿Ya hemos cenado?

—Me alegra que te estés adaptando. Y que estés durmiendo tan bien —me dice ella—. Eso es importante.

Se ha quitado la bata blanca impermeable, pero aún lleva puestos los guantes. La cama, con el edredón subido hasta la barbilla, está tan

cómoda y calentita como la recuerdo de anoche. Me siento envuelta y protegida. Cierro los ojos y de inmediato noto que me arrastra el sueño.

—Buenas noches, cielo —oigo—. Que duermas bien.

Abro los ojos. Me incorporo. Está oscuro. Es tarde. ¿Dónde estoy?

Ya me acuerdo. En mi habitación. Mi habitación de Seis Cedros. No tengo reloj. No me he traído el reloj de la mesilla. Debe de ser plena noche. No se oye nada. No se ve ninguna luz encendida en el pasillo. Todos están durmiendo.

En cambio, yo me siento despierta. Alerta.

Me levanto. Para pintar. Quiero pintar. Necesito pintar.

Sin ponerme una chaqueta de punto ni unos calcetines o unas zapatillas, voy directa a la mesa escritorio. Ahí es donde están mis pinceles nuevos. Cojo uno. Toco la suave punta con el dedo. Lo olfateo.

Enciendo la lámpara de la mesa y, por primera vez en varios años, empiezo a trabajar en un lienzo nuevo.

No sé cuánto tiempo paso trabajando así, descalza, concentrada, pero en un momento dado me siento agotada y regreso a la cama.

Un ruido. Es una voz. Suave. Amortiguada. Alguien me está hablando.

—Penny… ¿Penny?

Abro los ojos. Es Jack, de pie al lado de mi cama. Trae unas toallas limpias, dobladas. Otra vez.

—Buenos días —me dice.

Me siento aturdida, desorientada. Tardo unos instantes en asimilar: el sol que entra suavemente en la habitación, los árboles que se ven por la ventana, mi cuerpo debajo de la manta. Debe ser por la mañana.

—¿Qué tal has dormido? —me dice Jack—. Vengo a traerte estas toallas.

Tiene los ojos más hinchados que ayer. Más oscuros. Está distinto.

—Pues… he dormido bien —respondo al tiempo que me llevo una mano a la cabeza—. ¿Y tú?

Desvío la mirada hacia la mesa escritorio. El lienzo de anoche ya no está. Debo de haberlo guardado en algún sitio, debo de haberlo escondido, y menos mal. Mi trabajo siempre ha sido privado, pero sobre todo cuando acabo de empezar una pieza.

—He de llevarte al centro de belleza después de que hayas desayunado.

Acepto con un breve gesto afirmativo.

En el comedor, Jack me dice que los demás ya han terminado, que a mí se me han pegado las sábanas. Echo de menos comer con el grupo. Sobre todo con Hilbert. Estaba deseando verlo otra vez. Cuando ya he terminado de desayunar, Jack me retira el plato y, en vez de acompañarme de nuevo a mi habitación, me lleva por el pasillo en sentido contrario, a una estancia en la que no he estado nunca.

Parece un salón de belleza improvisado, con un espejo de gran tamaño montado en la pared, un lavabo con un grifo que sobresale y un sillón giratorio.

—¿Qué es ese olor? —pregunto.

—Aromaterapia. Ayuda al cuerpo a limpiarse de toxinas —contesta Jack.

Me sienta en un sillón colocado delante de un lavabo. El grifo cuenta con un mango muy largo.

—Empezaremos con un lavado. Échate hacia atrás, relájate.

Me pone una toalla pequeña sobre los hombros y, con cuidado, me inclina la cabeza hacia atrás, hacia el lavabo. Con una mano me sujeta la cabeza y con la otra sostiene la boquilla del grifo por encima de mi pelo. Siento el agua caliente en el cuero cabelludo.

Primero, la ducha de anoche con Shelley, y ahora Jack me está lavando la cabeza. Estaba descuidando estas partes de la vida saludable, estaba abandonándome. El calor del agua se me extiende desde la cabeza hacia el pelo, el cuerpo y los brazos. Tengo la carne de gallina.

Cierro los ojos.

Me gustaría saber qué está haciendo Ruth en estos momentos. ¿Echar una siesta en su habitación? ¿Y Pete? Están todos aquí, en la casa conmigo. Seguro que se van turnando para pasar por aquí, por este sillón, para que les laven la cabeza con esta delicadeza. ¿Les resultará tan agradable como me resulta a mí? ¿Lo necesitan tanto como yo?

Oigo el ruido que hace Jack al dejar el grifo en el lavabo y abrir el bote de champú. Comienza a masajearme con él, suavemente, el pelo y el cuero cabelludo.

—He estado pensando —dice.

La manera en que me frota la cabeza resulta tranquilizadora, calmante.

—Deberías buscar a alguien que pose para ti. Para un retrato.

—¿Cómo?

—Lo digo en serio.

Pienso en contarle lo que ha ocurrido en mitad de la noche, que me bajé de la cama sintiéndome inspirada y alerta. Que saqué mis pinturas nuevas. Que me puse a trabajar. Pero aún no me siento preparada para confesarle eso.

—Ha pasado mucho tiempo —contesto—. Las obras que creo yo no son típicas. No quisiera escandalizar a nadie.

—Por las piezas que he visto, me encanta tu estilo. Esa en la que el par de ojos se tocan. Es increíble. A mí también me gustaba el surrealismo. Tus obras tienen un toque soñador con el que puedo identificarme.

Suponía que esa pieza había ido a un trastero. Es una de las más antiguas.

—¿Cuándo has visto ese cuadro? —le pregunto.

—Cuando llegaste. Trasladé tus cosas y te deshice el equipaje. No pude resistir la tentación de mirar algunos de los cuadros. Espero que no te importe.

—No, no me importa —respondo—. Es que… no sabía que ese estaba incluido.

—Esta mañana, cuando vine a despertarte, estabas profundamente dormida. Creo que debías de estar soñando, porque vi que te temblaban los párpados. Quise concederte un rato más de descanso, así que entré en tu armario y volví a mirar ese cuadro. Había estado pensando mucho en él desde que lo vi por primera vez. Es una obra preciosa, Penny, porque es…

—Es muy antigua —replico bruscamente—. Y no está terminada. No debería verla nadie.

—Pues a mí me gusta mucho.

Creo que he protegido demasiado mis cuadros. Siempre.

—Me resulta poco habitual que me hagan un cumplido así —digo —. No debería ser tan sensible. Gracias.

—Estoy pensando que podrías hacer un retrato… de nosotros… del personal o de los residentes. Tal vez de Ruth. O de Hilbert.

—No sé.

—Penny, espero que no te importe que te lo diga, pero lo cierto es que me recuerdas un poco a mi madre.

—¿En serio? ¿Tienes mucha relación con ella?

—Sí que la tenía. Mi madre era una persona con chispa, como tú. Todo el mundo se daba cuenta de ello. Sentía curiosidad por la vida. Veía las cosas de manera distinta.

—¿La ves con frecuencia?

—Falleció cuando yo era pequeño.

—Lo siento mucho —digo—. ¿Qué edad tenías?

—Diecisiete. Es como tú dices, Penny: todas las familias son complicadas.

¿Yo he dicho eso?

—Mi madre era cariñosa, pero no siempre estaba presente. Era mi padre el que me lavaba la cabeza —comento a medida que voy haciendo memoria—. Me refiero a cuando era muy pequeña. Hacía un escudo con la mano en forma de luna en cuarto creciente y me la ponía en la frente para que no me entrase jabón en los ojos.

Me cuesta creer que me haya acordado de eso. Rara vez tengo recuerdos de mi padre. No fue siempre una persona fácil, pero era tierno. Hacía lo que podía.

Jack me protege los ojos del agua con jabón. Nos hemos quedado callados, ensimismados en nuestros pensamientos. Lo único que oigo es el agua del grifo. Al cabo de uno o dos minutos, me percato de que todavía está corriendo el agua, pero ya no siento el contacto de la mano de Jack.

—No hay nada tan reconfortante como el agua caliente y jabonosa —oigo decir.

Es ella. Shelley.

Abro los ojos. Todavía tengo la cabeza inclinada hacia atrás y, al mirar hacia arriba, hacia el techo, veo su cara suspendida por encima de la mía. Lleva perfilador de ojos, y noto que se ha puesto perfume.

—Me encanta tu pelo —me dice—. Es muy suave.

Continúa aclarándome el pelo sin dejar de hablar. Su contacto es más firme, no tan delicado como el de Jack.

—¿Dónde está Jack? —le pregunto.

—Anda por ahí. Penny, me pareces una persona de lo más impresionante —me dice—. Tan independiente, tan fuerte.

—No creo que se pueda decir eso de una anciana que necesita que la ayuden a lavarse.

—Todos necesitamos ayuda. Ninguno podemos hacer nada sin los demás. Yo estoy hablando de tu alma. De tu actitud. De tu ética del trabajo. De tus obras.

—¿Mis obras?

—He visto en lo que estás trabajando. Tienes un gran talento.

Se me para el corazón. ¿Cómo puede haber visto eso? Empecé el cuadro justo anoche. Y lo escondí, ¿no? Esto no me gusta. Representa una intrusión.

—¿Has visto mi cuadro? —le pregunto.

Ella asiente con la cabeza.

—Es personal —le digo—. Privado.

—Aquí no nos gusta tener secretos. Somos un grupo muy pequeño, y yo quiero saberlo todo de ti.

Me envuelve la cabeza en una toalla que me aprieta y me tira del cabello. Acto seguido, orienta mi sillón hacia el espejo de la pared.

Sabe muchas cosas de mí, de mi obra, de mi vida. En cambio, yo no sé nada de ella.

—¿Quién eres? —le pregunto.

Shelley retrocede un paso, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Qué quieres decir?

—Jack me ha hablado un poco de ti. Me ha dicho que has sido una intelectual. ¿Cómo hace una intelectual para acabar dirigiendo una residencia de ancianos?

Por la cara que pone, deduzco que Jack no debería haberme contado eso.

—No somos una residencia de ancianos, Penny. Somos un centro de asistencia a pequeña escala. Y no sé muy bien qué te habrá dicho Jack. Antes de fundar Seis Cedros, estudié ciencias.

—¿Ciencias de qué tipo?

—Química orgánica, biología. Si cuando estaba en posgrado me hubieras preguntado qué quería hacer con mi vida, te habría dicho que convertirme en bióloga especulativa.

—¿Bióloga especulativa? A mi padre le encantaba leer temas de ciencias y con frecuencia me regalaba libros que trataban de diversos temas, pero ese no me suena de nada.

—La biología, en particular, consta de muy pocas teorías. Principalmente, se basa en la observación y la experimentación. Yo me siento más atraída hacia lo teórico.

—¿Lo teórico? —repito.

—Sobre todo, en lo relativo a los límites. El mundo natural es mucho más laxo en cuanto a los límites de lo que la gente piensa. —Se la nota emocionada, espontánea, mucho menos formal que en ningún momento desde que llegué.

—¿Y eso? —le pregunto.

—Bueno, hay muchos ejemplos. ¿Sabes lo que son los líquenes?

—¿Esas cosas de color verde que crecen en la corteza de los árboles?

—Sí, pero un liquen no es una entidad singular. Es una fusión simbiótica entre alga y hongo. Es asombroso. Sin embargo, la unión de ambos es tan extrema que funcionan como una sola cosa, como un liquen.

¿Fusión simbiótica?

—¿Que funcionan como una sola cosa? —pregunto, haciendo un esfuerzo para seguir su línea de pensamiento.

—Como un solo individuo. Así que, cuando uno empieza a profundizar en ello, se pregunta si debería hablar de un único organismo o de muchos. ¿Soy yo o somos nosotros? Es como las agrupaciones circulares de los renos; ¿son uno o muchos? Un grupo de renos que cuando se ven amenazados caminan formando un apretado círculo para que ningún individuo pueda convertirse en objetivo. Imagina lo bien que nos iría a nosotros si pudiéramos vincularnos todos de esa manera.

De pronto, me visualizo caminando en círculo con Hilbert, Ruth y Pete, los cuatro muy juntos, espalda con espalda, para protegernos mutuamente.

Shelley, sin dejar de hablar, coge un secador, lo enciende y empieza a secarme el pelo a la vez que lo cepilla.

¿Por qué no ha terminado Jack de arreglarme el pelo? ¿Por qué me ha dejado? ¿Por qué se han cambiado el uno por el otro? Shelley no me ha dicho en ningún momento adónde se ha ido él. Siento que se me abre un vacío en el estómago.

—¿Cómo has acabado aquí, haciendo este trabajo? —pregunto.

—Esta casa era propiedad de mis abuelos. Mis padres la heredaron de ellos, y la usaron como residencia de verano. De pequeña, a mí me encantaba venir aquí. Me parecía una mansión sacada de una película. Me lo pasaba fenomenal durante aquellas largas vacaciones de verano, pero estaba siempre sola, y me imaginaba cómo sería tener amigos conmigo…

Deja la frase sin terminar, y noto que me recorre un escalofrío.

—Los días y los años pasan muy deprisa —dice—. Ojalá existiera un modo de ralentizarlo todo, ¿no te parece? De tener más tiempo. El tiempo es lo más importante.

Deja el secador y coge un peine y unas tijeras.

Mi mirada se desvía hacia el espejo. Al lado hay dos papeleras de plástico. Una está vacía, la otra contiene mechones de pelo cortados.

—Supongo que a todo el mundo le gustaría tener más tiempo —contesto—. Tal vez hubiera dado una respuesta distinta antes de venir aquí. Pero ahora sería bueno tener más tiempo.

Reflexiono sobre lo que significaría de verdad tener más tiempo. Para mí, para Pete, para Ruth, para Hilbert. Más sentarnos juntos, más comidas. Más dormir. Yo podría pintar más. Pero ¿qué significaría el trabajo si fuese infinito? ¿Qué significaría una relación personal si durase eternamente? ¿Qué sería un día si no tuviera fin?

Más y más y más y más y más y más y más y más y más y

más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más y más.

Es lo que desea todo el mundo, eso dice Shelley.

—¿Y si el tiempo fuese lo único que tuviera uno? —digo yo—. Quizá, si tuviéramos todo el tiempo del mundo, la vida empezaría a parecernos carente de significado. O algo peor.

Las tijeras que está usando para cortarme el pelo no están nuevas. Hacen un ruido áspero cada vez que cortan.

—No, Penny —replica—, en eso te equivocas. No vuelvas a decirlo, por favor.

Bajo la vista hacia mi regazo.

—Tener más tiempo solo puede ser algo bueno —continúa diciendo —. Nuestro deber es establecer conexiones y crear vínculos fuertes mientras podamos. No hay nada de malo en ser dependiente y pedir ayuda. Hay fuerza en el hecho de encajar en la sociedad, de sacrificar tu identidad como individuo, de pasar a formar parte de algo más grande que tú.

Va cayendo pelo cortado al suelo, a los pies de Shelley. Está recortando las puntas y dándoles un estilo sencillo, una media melena.

En ningún momento me ha preguntado cómo quería cortarme el pelo. En ningún momento me lo ha preguntado.

—Cuando era joven, me encantaba que me cortaran el pelo —comenta—. Me encantaba saber que volvería a crecerme. Pasara lo que pasara. Siempre deberíamos llevar el pelo elegante y bien cuidado. Forma parte de nuestra identidad.

La miro en el espejo. Hace una pausa, retrocede un poco y, sosteniendo las tijeras a un lado, observa mi cabello.

—Me alegro de que hayas disfrutado hablando con Hilbert —me dice a través del espejo.

Noto que me pongo colorada.

—Es encantador, ¿a que sí? Y además es brillante. Aún sigue trabajando todos los días con sus ecuaciones. Os animamos a todos a que tengáis algo en que centraros, a que aprovechéis el tiempo que paséis aquí. Tenemos un grupo muy especial.

Vuelve a establecer contacto visual, a través del espejo, y luego continúa cortando.

Yo nunca quise tener un único novio serio. Siempre fui partidaria de tener citas. Me encantaba conocer a chicos nuevos. Aunque solo saliéramos una o dos veces. Siempre les daba una oportunidad. Todas mis amigas estaban deseando casarse y tener niños inmediatamente. Yo, no.

Y entonces conocí a un hombre. Lo conocí en una de sus

inauguraciones. Era una persona extrovertida y charlatana. Le noté que sentía algo por mí, y me gustó la seguridad en sí mismo que desprendía. Al cabo de dos meses, ya decidimos vivir juntos.

En aquel entonces no sabía que iba a pasar el resto de mi vida con él. Hasta el momento de venir aquí.

Me cuesta trabajo recordar más cosas. Nos enamoramos, en efecto. Lo pasamos bien durante una temporada. Resulta muy extraño. Todo ese tiempo juntos, y lo único que me queda es una vaga sensación de datos y detalles.

—Con Hilbert resulta muy fácil hablar —digo—. Espera a que le formulen una pregunta antes de decir lo que piensa. Desea preguntarme qué pienso yo. Creo que ambos somos muy distintos. Yo no entiendo el mundo como lo entiende él y, en realidad, eso me gusta. Con demasiada frecuencia he tenido como única compañía a otros artistas. Me fío de él.

—Me da la sensación de que a lo mejor te has enamorado un poco, Penny —dice Shelley.

—Ya soy demasiado vieja para eso.

Empieza a limpiarme pelillos del rostro y del cuello con ayuda de una brocha suave.

—Dame la mano, por favor —me dice.

Levanto la mano. Shelley la coge y empieza a darme un masaje frotándome la palma con los pulgares, protegidos por los guantes. Es firme, pero no desagradable.

—El contacto humano es muy importante. Hace mucho tiempo que tú no lo tienes.

Lleva razón. Hace mucho tiempo. Años. Incluso estando él aún vivo, el contacto que yo recibía y el que daba eran casi siempre breves y fríos. Dejo que se me vuelvan a cerrar los ojos. Noto que Shelley me coge el dedo pulgar y siento el chasquido de un cortaúñas. Me está cortando las uñas. Sin darse prisa, de forma meticulosa.

—Tienes las uñas iguales que el pelo: sanas y fuertes. Podríamos pintarlas, si quieres. ¿De rosa, quizá? De un color divertido para la fiesta.

Empieza a cortarme las uñas de la mano izquierda. Las está dejando bastante cortas.

—No me pinto las uñas.

—No pasa nada.

Corta otra más, el cortaúñas emite un chasquido.

—Nunca he entendido de qué sirve.

—No hay problema.

—Me las muerdo.

—¿Te muerdes las uñas?

—Sí, desde siempre.

Corta otra más.

—Si se pintan, hay que pintarlas otra vez cuando se desgasta el esmalte.

—Como tú prefieras, cielo.

Mientras dice esto, apura demasiado con una uña y me hace daño. Retiro la mano.

—¡Oh, no! Perdona. Te ha dolido, ¿verdad?

Shelley retrocede mientras yo me miro el dedo. Empieza a sangrar, solo un poquito. Ella lo coge y lo aprieta con fuerza. Lo limpia con la punta de un bastoncillo que a continuación tira en la papelera pequeña. Está colocada justo al lado de la papelera que contiene mechones de pelo cortado. Todo ocurre en un abrir y cerrar de ojos, y no estoy segura de lo que acabo de ver.

—Por lo menos, sabemos que tu sangre tiene aspecto de estar sana y bien.

Retiro el dedo y me lo llevo a la boca. Chupo la herida sin dejar de mirar a Shelley. El tono de su pintalabios es rojo. Rojo vivo. Más vivo que antes, me parece. ¿Acaba de aplicárselo?

Siento una gota de sudor que me brota de la axila y me resbala por el costado.

¿Es posible que la sangre de una persona tenga un aspecto más sano que la de otra?

Estoy de pie junto a mi mesa escritorio con el pelo recién lavado y cortado y las uñas recién repasadas. Shelley me ha traído de nuevo a mi habitación y me ha dicho que puedo empezar a trabajar otra vez.

—Tienes el pelo precioso —me ha dicho al marcharse—. Buena suerte.

Me llevo una mano a la frente. No para tocarme el pelo, sino para palpar la costra de la herida. Hoy no me he acordado de ella, y noto con el dedo que la costra se ha secado. Se está curando. Me estoy curando. Todavía puedo curarme, supongo, incluso en esta época de mi vida.

Se me hace raro que el hecho de dormir tan bien haya afectado a mi percepción. Ya no tengo idea de lo que es una noche. Antes, permanecía tanto tiempo despierta a oscuras que una noche duraba una eternidad. Ahora, cierro los ojos y un momento más tarde vuelvo a abrirlos y ya es de día.

Además, desde que estoy aquí no he tenido sueños. Que yo recuerde. Duermo profundamente, descansadamente, sin soñar nada.

Me concentro de nuevo en el lienzo que tengo en la mesa. Resulta liberador estar trabajando de nuevo. Me siento más joven. Estoy con la cabeza inclinada, encorvada sobre la mesa, y de pronto tengo la incómoda sensación de que me están mirando. Me detengo, dejo el pincel y recorro la habitación con la mirada.

Miro detrás de mí, hacia la puerta abierta. Se enciende una luz en el pasillo, como si hubiera alguien. Espero a ver si pasa por delante. No ocurre nada. Espero. Entra el gato y se frota contra mi pierna. Me agacho y le rasco detrás de las orejas.

Es un gatito pequeño y de lo más mono. Le noto las costillas. Está casi cadavérico, de tan flaco. Pero le gusta que le rasque así las orejas. Cuando vuelve a salir, me quedo contemplando mi pintura, y al levantar otra vez la vista descubro a Jack de pie en la puerta.

—Es estupendo ver que estás trabajando en una obra nueva —me dice al tiempo que entra sin llamar—. Tengo una cosa para ti. Un aparato que anula los sonidos, igual que unos auriculares, que se pone encima de los oídos sin más. Bloquea todos los ruidos de fondo que has estado oyendo.

¿He estado oyendo ruidos de fondo? No recuerdo haberle dicho nada a Jack de que esté oyendo ruidos. Ni a ninguna otra persona.

—¿Sonidos como cuáles?

—Todos lo que hay en las casas viejas. Cañerías, tablas del suelo… En las noches frías, las tablas del suelo hacen ruido. Voy a enseñarte cómo funciona. Te ayudará a concentrarte y no distraerte.

Jack me coloca los auriculares sobre los oídos y los enciende.

Silencio. No solo tranquilidad. Un silencio completo y total.

Nunca había experimentado algo así, salvo estando bajo el agua. Jack empieza a hablar, veo que mueve la boca, pero no oigo nada.

Estoy dentro del mar. O dentro de un sueño. Todo está en silencio, en paz, como si estuviera suspendida en el espacio. Sin embargo, la supresión de todos los sonidos también resulta inquietante; saber que ahí fuera sigue habiendo comunicación que va dirigida a mí pero que no soy capaz de entenderla. Saber que alguien va andando por el pasillo, pero no oírlo. Nada de voces, nada de pisadas. Nada de puertas que se abren o se cierran. Nada de viento que agite las ramas de los árboles, ese sonido que tanto me gusta oír en el parque.

No sé muy bien si me gusta o me disgusta.

Jack me quita los auriculares.

—Increíble, ¿a que sí? Aquí todo el mundo tiene un aparato como este. Les encanta.

—Creo que preferiría poder oír música. Antes, escuchaba música todo el tiempo.

—Este aparato está diseñado más bien para eliminar distracciones. Ruth lo utiliza cuando está trabajando.

—¿Trabajando?

—Traduce distintos textos. Principalmente del francés. Pasa horas enteras haciéndolo sin parar.

—¿Podrías ver la manera de ponerle algo de música? Por favor.

—Puedo intentarlo, Penny.

Jack va hasta la cama y empieza a quitar las sábanas.

Mientras observo cómo retira las fundas de ambas almohadas, vuelve a ocurrir lo mismo que mientras me estaban lavando la cabeza: aflora un recuerdo de mi infancia. Así, de repente. Me sorprende que me haya venido a la memoria.

—Cada vez que mi padre cambiaba las sábanas de mi cama, cosa que probablemente no hacía muy a menudo, pero cuando las cambiaba, jugábamos a un juego —digo—. No sé cómo empezó. Él cogía todas las sábanas sucias que había quitado de la cama y las dejaba en el suelo formando un montoncito, y yo me metía debajo de ellas. Luego, le decía que había llegado un paquete para él. Él se agachaba y empezaba a palpar con las manos diciendo: «Pues no sé qué será», y yo hacía grandes esfuerzos para contener la risa. Finalmente, apartaba las sábanas y decía: «Ah, eres tú». A mí me

producía una alegría enorme ver su rostro sonriente, sus ojos clavados en mí. Lo repetíamos una y otra vez, y el sentimiento nunca cambiaba. Era muy simple.

Jack pasa por delante con las sábanas que acaba de quitar y, sin decir nada, me echa una por encima de la cabeza, como jugando.

—¿Qué será este paquete tan raro? —dice riendo—. Oye, Penny, ¿qué es lo que tenemos aquí?

Yo también estoy riendo, pero me interrumpo de pronto. Saco la cabeza. Me pregunto por qué estará cambiando las sábanas. Solo he dormido en ellas dos veces.

—¿Vas a lavar las sábanas? —le pregunto.

—¿Qué?

—Las sábanas. ¿Consideras que ya es necesario cambiarlas?

—Nos gusta que estén limpias —responde Jack—. Ruth odia las sábanas sucias.

Da un paso atrás, sin dejar de mirarme, y acto seguido, con los brazos llenos de sábanas, da media vuelta y sale de la habitación.

Cenamos los cuatro en silencio. Paladeamos la comida, pero la devoramos con ferocidad. Otra vez una mesa llena.

Ha debido de entrarme apetito después de haber pasado toda la tarde pintando. Estaba muerta de hambre cuando salieron los platos. Muerta de hambre y todavía pensando en lo último que me había comentado Jack.

¿Por qué habría de contarme que Ruth odia las sábanas sucias? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Carne y arroz con una salsa densa y de sabor dulce. Tomamos pan caliente y una cantidad extra de mantequilla. A lo largo de toda la cena, no puedo dejar de mirar furtivamente a Ruth.

«Ruth odia las sábanas sucias.»

Ruth, la experta en idiomas. La traductora. Jack ha dicho que traduce durante varias horas seguidas. Cada vez que la he visto yo, estaba parlanchina, extrovertida, risueña. En cambio, esta noche, está concentrada en su plato, como el resto de nosotros.

Procuro que no resulte obvio, pero no dejo de observarla. Cómo está sentada. La manera en que se ha peinado el pelo corto. Su cutis libre de arrugas. El modo en que sujeta el tenedor y la forma en que curva los labios al sonreír. Es muy guapa, casi juvenil. Aparenta muchos menos años que yo. Me gustaría saber qué edad tiene.

Una vez que nos han retirado los platos y que Jack ha vuelto a meterse en la cocina, es Ruth la que alarga una mano y me toca la pierna por debajo de la mesa.

—¿Te apetece ir a alguna parte a charlar? —me pregunta, como si supiera que estaba pensando en ella.

—Muy bien —respondo.

Ruth echa a andar hacia los sillones de la zona de descanso del pasillo. Espera hasta que yo me siento para sentarse ella también.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto.

Ruth se echa a reír como si fuera una pregunta absurda.

—Resulta difícil saberlo. El primero de nosotros fue Pete. Después, Hilbert. Luego, tú. Y ahora, nosotros.

—¿Nosotros?

—Aquí, nosotros. Estamos todos. Ya estamos en casa. Por fin. Y para siempre.

—¿Para siempre?

Ruth se tapa la boca con la mano como queriendo suprimir la risa, y se apresura a ponerse de pie. Se aleja caminando. Se vuelve un momento y, todavía riendo, me hace una seña para que vaya con ella. Me levanto y la sigo yendo unos pasos por detrás, observando cómo mece las caderas. Cuando la alcanzo, me sorprende cogiéndome del brazo.

Es como cuando iba a bailar con mi amiga. Así era como nos desplazábamos de una sala de baile a otra. Moviéndonos así, juntas, yo siguiéndola a ella, me doy cuenta de la facilidad con que camina. No está tan anquilosada como yo.

—¿A ti este sitio te resulta ruidoso? —le pregunto—. ¿Oyes cosas?

—Tenemos el espacio y el tiempo que necesitamos para trabajar —responde—. Somos afortunados.

Va intentando sincronizar los pasos de ambas mientras caminamos, hasta que igualamos la zancada y terminamos en el salón de belleza en el que me han lavado la cabeza. La puerta está abierta, pero no hay nadie dentro. Ruth hace un alto.

—El primer día, Shelley nos lava la cabeza.

—Ya —contesto—. ¿A ti te cortó las uñas?

Ruth sonríe de oreja a oreja, guiña un ojo y pasa al interior. Me indica con una seña que me siente en el sillón.

—¿Es correcto que estemos aquí? —pregunto.

—*Pourquoi pas ?* —Coge un frasco de esmalte de uñas—. Para la fiesta —dice.

Cuando se sitúa frente a mí, ya está riendo de verdad.

—¿Alguna vez has estado casada, Ruth?

Ruth tiene que pensarlo un poco.

—Todavía no, pero espero estarlo algún día.

—¿Y no te quedan hijos ni parientes?

—Los hijos vienen después del matrimonio.

—Me parece que a ninguno de nosotros le quedan parientes. No hay nadie que controle si estamos bien o que pregunte por nosotros. ¿Alguno recibe visitas?

—Estamos juntos. Aquí tenemos todo lo que necesitamos. ¿No recuerdas que nos pintábamos las uñas o que nos maquillábamos cuando éramos jóvenes? —me dice al tiempo que levanta una mano para mostrarme sus uñas. Las lleva todas pintadas de rojo, como las de Shelley. Al mirarlas más de cerca, veo que una de ellas se la han cortado demasiado, como ha ocurrido con la mía.

De repente, ya no oigo nada más. No oigo lo que está diciendo. No oigo su voz.

Ruth está hablando, mueve la boca, pero yo no percibo ningún sonido. Me llevo una mano al oído.

Ruth abre la boca riendo, al principio la abre poco, luego más, pero no oigo su risa. ¿Qué me está pasando? Veo cómo se abre y se cierra la boca de Ruth y me siento cada vez más invadida por el pánico. El corazón me late más deprisa, con más fuerza.

Y de pronto, con la misma brusquedad que antes, vuelvo a oírla.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —me pregunta—. Estás pálida.

—No es nada —le digo—. Es que… me gusta tu color de uñas. El rojo vivo te sienta bien.

Me levanto muy despacio del sillón y me quedo de pie al lado de Ruth. Estamos la una junto a la otra. Mirándonos en el espejo.

—Esto es muy agradable, ¿a que sí? —me dice.

—¿El qué?

Mi corte de pelo nuevo se parece mucho al de ella. No me había dado cuenta hasta que veo los dos peinados juntos como ahora, en el espejo. Observo mi propia cara de cerca, atentamente, como hacía muchos años que no me miraba. No me gustaba el rostro viejo que me devolvía el espejo, así que, en un momento dado, dejé de mirarlo.

Pero ahora lo estoy viendo. Mi piel tiene mejor aspecto.

Es sutil. Puede que se deba a que estoy durmiendo muy bien. Y comiendo. Estamos aquí de pie, mirándonos cada una a sí misma y la una a la otra, hasta que Ruth habla:

—¿Tú crees que le gustamos?

Tenemos los pies tan cerca que se tocan de costado. Ruth vuelve a agarrarme del brazo.

—¿A quién? —pregunto.

Ella pone los ojos en blanco.

—A Hilbert —contesta.

—¿A ti te gusta? —pregunto.

—Es atractivo. Y está claro que es inteligente. Alto, viste bien. Pero resulta un poco soso.

—Es inteligente de otra manera —digo—. Y eso me gusta.

—Hay cosas peores que ser soso.

—En eso llevas razón —acepto.

—Como una persona que necesita continuamente que le devuelvan la confianza, una persona encerrada en sí misma —dice ella.

—¡Sí! —exclamo—. Exacto. Es muy difícil vivir mucho tiempo con alguien así.

—En efecto —coincide—. Resulta agotador.

—Porque con el tiempo la cosa no mejora, sino que empeora. Cuando uno se parece tanto a su compañero, existe el riesgo de sentir más cooperación que verdadero aprecio. Es necesario que haya un cariño que no acabe nunca, que vaya renovándose. Cuando lo superficial se gastó, ya no sentí más admiración, ¿sabes?

—Sí, lo sabemos —dice Ruth.

—Dejé de sentirme asombrada de él. No había complejidad, sino únicamente ego.

—¿Hilbert es complejo, Penique?

Antes de que pueda contestar, oímos algo, quizás una puerta que se abre.

—Chist —le digo—. ¿Qué ha sido eso?

—Ah, no deberíamos estar aquí —dice Ruth.

Lo oímos de nuevo.

—Creía que habías dicho que no importaba que estuviéramos aquí.

—No, no podemos. Nos traerá problemas. Se pondrá furiosa. Vámonos —dice agarrándome de la mano.

Tira de mí hacia el pasillo en sombras. Se lleva un dedo a los labios y luego, haciendo un gesto malicioso, vuelve a guiñarme el ojo y echa a andar por el pasillo. Yo me quedo mirando cómo se va.

El estómago me ha dado un vuelco cuando Ruth ha dicho lo de «se pondrá furiosa». Le ha cambiado la expresión de los ojos. El gesto era de miedo. Espero hasta no oír nada, ni pasos ni puertas. Doy media vuelta y huyo en silencio en la dirección contraria.

Voy de puntillas por el pasillo hasta que cruzo el comedor, y en ese momento se encienden las luces. Oigo a alguien en la cocina. Quizá sea el ruido que hemos oído Ruth y yo. Ella ha debido de regresar a su habitación. Sé que debería continuar, volver a mi dormitorio, pero oigo el ruido otra vez. En una casa vieja como esta hay muchos ruidos. Justo lo que dijo Jack.

Atravieso el comedor desierto muy despacio, con una mano en la pared para apoyarme. Cuando está vacío y oscuro, ya no resulta tan acogedor. Noto una corriente de aire, como si hubiera una ventana abierta. Llego hasta la puerta de la cocina y la empujo con la mano. Siento curiosidad por saber de dónde proviene ese ruido. La puerta se abre, solo una rendija. Apenas hay el espacio justo para que me asome al interior.

Abro la puerta un poco más y entro. La luz no se enciende de forma automática. La estancia está oscura, pero logro distinguir una larga encimera y unas baldas en las que hay cazuelas, sartenes y platos. No tenía ni idea de que la cocina fuese tan grande. Parece no acabar nunca. ¿Por qué no se enciende la luz? Agito una mano con la esperanza de activar el sensor. Pero no ocurre nada.

Oigo el ruido otra vez, levanto la vista y veo movimiento al fondo de la cocina. Veo una persona. Es Jack.

Está de espaldas a la puerta, de modo que no me ve. Con decisión, doy dos pasos hacia él. Se gira de repente y me mira. Lleva la camisa blanca desabotonada, sudada, y sostiene algo en la mano. Es una copa de vino. Está murmurando algo para sí mismo, en voz baja.

—¿Jack?

Me acerco un poco más e intento verlo mejor. Está murmurando algo para sí mismo, en voz baja.

—Lo único que hago es trabajar, trabajar, trabajar. Todos los días. Esa mujer está obsesionada. ¿Y para qué? Ni siquiera salgo de aquí. Pero no tengo más alternativas.

Se le ve horrorizado, avergonzado, presa del pánico.

—Empecé a trabajar aquí pensando que iba a ser un empleo temporal. Pero no lo es. ¡No puedo marcharme!

Me ve. Me mira directamente.

—Soy un cobarde —dice—. Todos somos cobardes. A todos nos da miedo lo mismo.

—¿Qué es lo que nos da miedo a todos? —pregunto.

Se pasa una mano por la cara. Está llorando. Yo no debería estar viendo esto. No debería estar aquí.

Jack apura el resto de la copa. Y luego suelta una carcajada. Es más bien una risa disimulada, pero suena extraña, como dolorida. Un animal herido. Tiene los ojos oscurecidos. La expresión de su rostro resulta impenetrable. Intento hablar, pero no puedo. No puedo articular ni un solo sonido.

¿Qué es lo que nos da miedo a todos? De nuevo intento decirlo, pero esta vez no consigo pronunciarlo. Doy un pisotón con la esperanza de que reverbere, pero no sucede nada.

Doy media vuelta y salgo lo más rápidamente que puedo.

Salgo de la cocina, atravieso el comedor y regreso por el pasillo. Este no es el lugar cómodo y acogedor que yo creía que era. En eso me equivoqué, me engañé. Con cada paso que doy, con cada latido, siento que el corazón me palpita más rápido, más fuerte. Sigo caminando, intento tranquilizarme. No quiero que vean mi desasosiego. Quiero ocultarlo. Miro las paredes que me rodean, el techo y el suelo. No parecen los mismos que cuando estuve aquí con Ruth. Las paredes han cambiado. Y yo también.

Doy unos golpecitos en la pared con los nudillos y, gracias a Dios, producen el ruidito familiar del hueso contra la madera. Vuelvo a oír mis pasos conforme camino. Regreso a mi habitación, entro y cierro la puerta. Me quedo de pie en la oscuridad, con la espalda apoyada en la puerta, contemplando mi cama, grande y cómoda. Me está llamando.

Siento que mis pulsaciones van calmándose, que mi respiración se ralentiza.

Me tumbo en la cama, me meto bajo las mantas y cierro los ojos.

Tengo la mente acelerada. Estoy demasiado nerviosa para dormirme. Han ocurrido muchas cosas. Y todas… ¿esta noche? Primero la cena, luego la conversación con Ruth. Después, lo de haber visto a Jack en ese estado de desesperación. El hecho de que él me viera a mí. La expresión de su cara. ¿Estará Hilbert dormido en su habitación?

Ruth dijo no sé qué de que Shelley se pondría furiosa si nos encontrase en el salón de belleza. Jack ha dicho que está obsesionada. ¿Con qué?

¿Dónde está Shelley? ¿Adónde va por la noche?

Noto un dolor sordo en las sienes. Estoy sudando. Un momento antes tengo calor, y al siguiente tengo frío. Me siento. Me levanto. Paseo por mi habitación. ¿Qué estaba haciendo Jack allí?

Debería haberme quedado más tiempo, haber intentado ayudarlo. Estaba muy alterado. Pero no pude hablar. No pude emitir un solo sonido.

Me quito la chaqueta de punto. Vuelvo a ponérmela. No acabo de quedarme tranquila.

¿Adónde va Shelley por la noche?

Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de punto. Palpo algo… Un papel.

Lo saco y lo miro. Es una de las notas escritas a mano de mi apartamento.

Transferencias horizontales de genes.
Perseguir la vida a toda costa.

El peor acceso de fiebre que he tenido en mi vida lo sufrí a la edad de doce años. Pasé una semana en la cama. El médico les dijo a mis padres que estaba gravemente enferma, que la situación era delicada. Tenía una temperatura de 38,9. No lograba retener nada en el estómago.

Pues esta fiebre es peor.

Me siento como si me hubiera atropellado un tren, me hubiera arrastrado varios kilómetros y me hubiera dejado tirada en una cuneta.

No consigo enfocar la vista. No puedo dejar de temblar de frío y, a su vez, estoy sudando a mares. Hay gente alrededor de la cama que entra y sale de mi habitación. ¿Están haciendo el equipaje? ¿Jack? ¿Es Jack?

¿Shelley?

Hay dos personas hablando a los pies de la cama. Oigo el violín de Pete.

Alguien me está acompañando al cuarto de baño. Me sostiene la frente. Estoy vomitando.

Es de noche, luego de día, luego de noche, luego de día otra vez.

Tengo mucha sed.

Grito pidiendo que me den de beber y, sin embargo, ahora, justo cuando lo necesito, no hay nadie presente. Vuelvo a estar sola. Ayudadme. Está oscuro. Estoy temblando, pero necesito agua. Me obligo a bajarme de la cama y, con las piernas temblorosas, voy muy despacio hasta el baño para beber agua.

Está tan oscuro que tengo que buscar a tientas el interruptor de la luz con la mano, subiéndola y bajándola por la pared. No debería estar tardando tanto. ¿Dónde estará? Lo encuentro y lo acciono. Se enciende la luz, y doy un grito.

Pero no me sale ningún sonido. Tan solo siento que estoy gritando. Lo siento dentro del cuerpo.

¿Qué está haciendo él aquí? Delante de mí. Sentado en mi sillón. Con un lienzo sobre las rodillas. Está trabajando en él con concentración, pintando. Odia que lo interrumpan cuando está trabajando. No me puedo creer que esté aquí. Se le ve muy viejo. Lo vi el día en que murió y no estaba tan envejecido. Levanta la vista del lienzo y la clava en mí.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué diablos quieres? ¿No ves que estoy

trabajando? ¡Déjame en paz! Necesito tiempo. Hay más cosas que hacer.

Retrocedo a trompicones, mareada, apago la luz. Vuelvo a dejarme caer en la cama, temblando, y me meto bajo las mantas.

Tercera parte

—Buenos días.

Abro los ojos y veo una mancha borrosa de colores sin forma. Intento enfocar la vista.

Jack está de pie junto a mi cama. Noto la cabeza embotada y no sé muy bien dónde estoy. Y de pronto me acuerdo: fiebre, Jack, la cocina. Lo vi en un estado muy alterado. No podía hablar. Él estaba llorando. Yo vi sus lágrimas.

¿Habrá formado parte de mi sueño? Estaba muy mareada. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Días? ¿Una semana? No tengo ni idea.

Pero lo que sí recuerdo, vívidamente, es haberlo visto *a él*. Lo vi anoche. Estaba aquí. Sentado en mi sillón, pintando.

Miro a Jack, que tiene cara de estar fresco y descansado, no la que tenía en la oscuridad de la cocina.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz rota y áspera.

—Has estado enferma —me dice—. Mala del estómago.

—¿Desde cuándo?

—Desde la cena de anoche. Algo te sentó mal. Yo he pasado aquí la noche entera, atendiéndote. ¿Cómo te sientes ahora?

—¿Has estado aquí conmigo? ¿Anoche? —digo.

Él asiente con la cabeza.

Me incorporo en la cama. Me siento vieja, pero… bien. Vuelvo a sentirme yo misma. Me siento igual que ayer, antes de que sucediera todo. La cama sigue siendo blanda, caliente. Jack está cuidando de mí.

—Ha sido horrible —digo—. Tengo la sensación de haber estado mala una semana.

—Una intoxicación alimentaria es algo brutal. Has tenido fiebre muy alta.

Bebo un sorbo de agua del vaso que tengo junto a la cama. Está fría y me suaviza la aspereza de la garganta.

—¿Se ha puesto malo alguien más? —pregunto llevándome una mano a la cabeza.

—Sí, todos —contesta Jack.

—¿Y Shelley y tú?

—¿Cómo te encuentras ahora? —me pregunta—. ¿Tienes algo de apetito?

Estudio la posibilidad de comer un plato de huevos y tostadas y, cosa sorprendente, el estómago me hace ruidos.

—Sí —respondo—. La verdad es que tengo hambre.

—Eso es buena señal.

Jack me entrega un objeto liso que encaja en mi mano con facilidad.

—Te he traído una cosa —susurra inclinándose hacia mí—. Pero no se lo digas a los otros.

Miro el objeto que me ha depositado en la mano.

—¿Qué es esto?

—Música —contesta—. Para tus auriculares. Es un iPod. No se me ha olvidado.

—No sé cómo se usa esto —digo.

—Mira, yo te enseño, es intuitivo —me dice él.

Dedica unos momentos a mostrarme cómo se usa el dispositivo. En efecto, tiene pinta de que voy a saber utilizarlo.

Da media vuelta para marcharse, pero lo llamo cuando llega a la puerta.

—¿Por qué has hecho esto por mí?

—Porque me caes bien. Me gusta la manera en que me hablas de las cosas. Lo abierta que eres.

Está a punto de irse.

—Jack, ¿qué es lo que ha pasado? Cuando te vi, estabas llorando. ¿Te encuentras bien?

—Todo está bien, Penny. Es un nuevo día. El desayuno está listo para cuando tú quieras.

Una vez que se ha marchado, dejo transcurrir uno o dos minutos sin moverme. Me quedo acostada en la cama, intentando aquietar mis pensamientos. Palpo la sábana encimera y la bajera. Están secas, no empapadas de sudor. La noche que he pasado enferma, ¿habrá sido la de ayer? En este momento, esta mañana, tengo la impresión de que ha sucedido mucho antes. Aún tengo la cabeza embotada, pero el estómago vuelve a hacerme ruidos para decirme que es hora de desayunar. Ya tengo mucha hambre. Saco los pies de la cama y me levanto.

Antes de ponerme las zapatillas, me doy cuenta de que tengo las uñas de los pies muy largas. Mi rodilla mala no está tan dolorida como de costumbre. Me la froto con la mano y muevo la pierna arriba y abajo. Ni siquiera la noto agarrotada.

Los efectos del malestar de anoche han desaparecido por completo. Qué bien se está cuando se está bien. Eso nunca lo decía en mi apartamento. Nunca lo pensaba. Y anoche estuve muy enferma. Esta mañana me siento mucho mejor. Mejor que nunca. Entra el sol en mi habitación y acentúa lo vacías que están las paredes. Ojalá estuvieran decoradas. Las de mi apartamento estaban llenísimas de cosas, fotografías, carteles, cuadros.

También echo de menos mis álbumes de fotos. Debía de tener seis o siete, todos llenos. Antes los sacaba cada cierto tiempo y los hojeaba. Me encantaba ver los antiguos rostros.

¿Qué habrá ocurrido con todos esos álbumes? Aquí no están.

Me cuesta trabajo recordar lo sucedido el día o los días anteriores a la mudanza. Mike se encargó de embalarlo todo. ¿Quitaría todas las cosas que había en las paredes? Sí que recuerdo que dije que quería los álbumes de fotos. Pero ¿por qué embaló en cambio mis cuadros? ¿Qué ha sido de todos los objetos que no echo de menos pero que utilizaba a diario, cubertería, cristalería, vajilla? Mi cama. Mi mesa de la cocina. Mi sillón. He pasado muchísimas horas en ese sillón.

Reparo en que todavía tengo en la mano el pequeño dispositivo que me ha traído Jack. Cojo los auriculares de la mesilla de noche y me los pongo. Pulso el botón de reproducir e, inmediatamente, los oídos se me llenan de música. Duke Ellington.

Miro por la ventana, hacia los árboles. Miro las paredes vacías. Miro el techo, que es de color blanco, como las paredes. Es como si estuviera empezando de nuevo. Empezando de cero para lo que me

quede de vida, dure lo que dure.

Me quito las zapatillas y empiezo a deslizarme descalza por la habitación, moviéndome de una manera que hace que me sorprenda del hecho de que aún puedo, de una manera en que hacía mucho tiempo que no me movía.

Me cuesta creerlo. Estoy bailando.

Es Shelley, y no Jack, quien sirve hoy el desayuno. Representa una novedad. Tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que no la veía. No me pregunta qué tal estoy ni me ofrece ninguna palabra de consuelo por la noche que he pasado enferma. Esta mañana, hay en ella una cierta intensidad en su actitud, cierta sequedad.

Estoy muerta de hambre. Empiezo con una tostada. Ya tiene mantequilla, pero yo le pongo más, la extiendo por todos los bordes hasta que el pan queda brillante. También tenemos fruta, yogur y huevos duros. Cojo dos huevos de la fuente.

Comemos. Todos nos alimentamos cuidadosamente; es una necesidad humana muy fundamental.

Levanto la vista de mi plato y miro a Hilbert. Yo diría que es mayor que yo. Pero no me interesa saber cuántos años tiene. Existen otras maneras de calcular el tiempo y la experiencia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto—. En Seis Cedros.

—No lo sé —me responde. Esta mañana, sus ojos están distintos. No tan brillantes y penetrantes como ayer.

Espolvorea su huevo con un poco de sal y pimienta.

—¿Estuviste indispuesto anoche? Yo estuve muy enferma —digo.

—¿Estuviste indispuesta? ¿Anoche? Lo siento mucho. Espero que vayas acostumbrándote.

—¿Que vaya acostumbrándome?

—Sí, a que los días se mezclen unos con otros —me dice, y da un mordisco al huevo—. Es lo que ocurre aquí.

Ruth y Pete están ocupados comiendo. Pete, como de costumbre, está derrumbado en la silla y totalmente concentrado en el plato. Sin embargo, me doy cuenta de que Ruth no nos quita ojo.

—Aquí me siento bien —susurro—. Pero todavía soy nueva. Todavía me estoy acostumbrando.

—Esto. Todos los días —dice él—. Lo que hacemos aquí no cambia. Trabajamos.

Algo se agita en mi interior cuando dice eso.

—Todos tenemos nuestro trabajo, pero los días son iguales. El espacio y el tiempo son engañosos. Piensa en las fracciones equivalentes. Las fracciones que tienen numeradores y denominadores distintos pero el mismo valor. Tres sextos y cuatro octavos equivalen ambos a un medio. Son todos lo mismo.

Se introduce en la boca la otra mitad del huevo.

—A lo mejor hay algo que podamos hacer para cambiar eso —digo —. Para que las cosas no se mezclen unas con otras.

—Lo dudo. Me parece que aquí siempre ha sido así —afirma—. Me parece que así quiere ella que sea.

Muerdo la tostada. Mastico, trago.

—¿Posarías para mí? —le pregunto.

Tarda unos momentos en entender lo que le he preguntado. Se limpia la boca con la servilleta y parece animarse un poco.

—No estoy seguro de que ella apruebe eso —contesta.

—Yo tampoco estoy segura —replico.

—En fin —dice, y mientras piensa hace un leve chasquido con la lengua—. Sí.

Por la forma en que lo dice, casi da la impresión de que me está formulando una pregunta. Pero me da igual. Ha dicho que sí.

La última persona que posó para mí fue una mujer de nuestro edificio. Debió de ser hace una década. No conocía el arte, el retrato ni el surrealismo. Era madre soltera y trabajaba de camarera en una cafetería que había dos calles más allá. Tenía un rostro realmente extraordinario: de una redondez perfecta, lleno de arrugas y con una expresión de serenidad. Quise que lo viera tal como yo lo veía. La belleza, la rudeza, la elegancia, la experiencia. Estaba todo allí. Pero, al igual que ocurrió con el resto de mis obras, nunca llegué a considerar que su retrato ya estuviera terminado, de modo que jamás se lo mostré.

Una oleada de emoción en el vientre, un cosquilleo.

Asiento con la cabeza y reanudo mi desayuno sirviéndome un tercer huevo.

—Es hora de tener una reunión —dice Shelley abruptamente al tiempo que retira nuestros platos vacíos.

No decimos nada, nos levantamos y echamos a andar hacia la sala común. Estoy intentando cruzar la mirada con Hilbert, pero él no mira en mi dirección, como si considerase que no debe. Su gesto es inexpresivo y difícil de interpretar, con la vista al frente.

Caminamos en fila india por el pasillo. Lo único que se oye son nuestras pisadas y a Shelley, que va tarareando detrás de nosotros.

Todos ocupamos nuestros asientos. Aquí dentro hace más calor que en el comedor o en el pasillo. Siento en el brazo el calor del sol que entra por la ventana. Nadie habla. Ni Hilbert ni Ruth. Por supuesto, Pete tampoco. Ni siquiera Shelley. Se limita a permanecer sentada, sonriendo, mirándonos a todos.

¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

El silencio es tan intenso que me llevo una mano al oído para ver si llevo puestos los auriculares que anulan todo sonido, pero no.

Sigue sin hablar nadie. Incluida yo. Podría decir algo. Podría ser la que hablara, la que rompiera el hielo, pero no.

Hoy hace más viento. Veo que se mueven las ramas de los árboles. Es bonito. Los árboles no tienen hojas, tan solo ramas desnudas. Deben de ser árboles muy viejos. Llevan aquí mucho más tiempo que esta casa.

—¿Jack? —dice Shelley rompiendo el silencio.

Aparto la vista de la ventana y la fijo en ella. No sabía que Jack estuviera en el pasillo. ¿Por qué no ha estado en el desayuno? ¿Por qué está esperando ahí fuera?

—Jack, por favor, ya puedes pasar.

Yo soy la única que se gira hacia la puerta. Jack entra, pero no dice nada.

—Acércate —dice Shelley.

Él obedece y se acerca, pasa por mi lado y va hacia Shelley. Nuestras miradas se cruzan un instante. Shelley se yergue en toda su estatura. Mide varios centímetros más que Jack. La diferencia de altura parece mayor de lo que yo creía que era. Shelley coge una silla y la lleva hasta el centro del semicírculo.

—Toma asiento.

Jack, vestido con la ropa blanca de hospital, titubea, pero luego se sienta, nervioso, moviendo una pierna. Miro a Hilbert y a Pete, y

después a Ruth. Todos están mirando fijamente a Jack. Parecen estar decepcionados. Es como si todos hubieran adoptado la actitud de Shelley.

—Nunca tienes ocasión de participar en nuestras conversaciones —dice Shelley—. Lamento que te hayas quedado al margen.

Él mira el suelo y emite un carraspeo.

—¿Por qué no compartes algo con nosotros?

Está nervioso. No es capaz de permanecer quieto.

—¿Como qué? —pregunta estableciendo contacto visual con ella—. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Oh, no sé. Como lo que hacías antes de trabajar aquí.

¿Qué habrá hecho para molestarla tanto? ¿Por qué Shelley lo confronta de esta manera, delante de nosotros? ¿Es posible que lo haya visto como lo vi yo? Alterado, asustado, hundido, bebiendo vino. ¿Estará intentando enfatizar algo?

—Estaba en el paro —dice Jack.

—¿Vivías con alguien?

—No.

No me gusta cómo le habla Shelley. Está siendo agresiva. Me siento incómoda por Jack. Por todos nosotros.

—¿Cómo era la casa?

—¿La casa en la que vivía?

—Sí.

—Pequeña.

—¿Acogedora?

Ruth está a punto de decir algo cuando de pronto Shelley levanta una mano.

—Ruth, deja que por el momento hable Jack.

—No —prosigue él—. Era muy cutre.

Shelley se levanta y va hacia la ventana. Se queda ahí, al sol, contemplando el bosque.

—¿Te gusta estar aquí? ¿Con nosotros?

—Sí.

—¿Qué es lo que te gusta de este sitio?

—Que puedo trabajar y vivir y formar parte del grupo.

—Aquí puedes trabajar. Ganarte la vida de verdad. Eso es un privilegio. Todo el mundo necesita tener un objetivo. Con el trabajo nos sentimos realizados.

—Soy afortunado por tener este empleo —dice Jack.

Shelley se vuelve con una sonrisa radiante en la cara. Le brillan los ojos. Nunca la he visto sonreír de esa manera.

—Me alegra mucho que opines así. Y nosotros nos sentimos

afortunados por tenerte.

Jack se pone de pie. Sin mirar a Shelley, ni a ninguno de nosotros, se apresura a salir. Yo estoy perpleja.

Una vez que se ha marchado, Ruth se levanta de su asiento.

—Jack sigue siendo uno de nosotros, ¿verdad? —pregunta a Shelley.

—Claro que es uno de nosotros —responde ella—. Todos necesitamos un poco de estímulo de tanto en tanto. Eso es todo. Para que recordemos cuáles son las prioridades y qué es lo más importante.

¿Qué ha sido eso? ¿Qué es lo que ha pasado?

¿Shelley estaba enfadada con Jack?

¿Intentaba ponerlo en una situación violenta? ¿Hacer hincapié en que la jefa es ella, que siempre está al mando, que él necesita este empleo, que no es imprescindible, que sin nosotros, sin esta casa, no tiene nada?

No conozco a Shelley. En absoluto. Vivo con ella. Me baña y me lava la cabeza. Cuida de nosotros. Pero lleva tiempo conocer a una persona, comprender sus motivaciones y sus creencias.

Continúo reproduciendo mentalmente lo que le ha dicho a Jack. Estoy en mi dormitorio, sentada en el sillón, con la cama a mi derecha, cundo de repente caigo en la cuenta: esta no es mi habitación. Es la de otra persona.

Después de la reunión, he venido directamente aquí. He venido caminando sola, he entrado en el cuarto de baño, me he sentado, y solo ahora estoy comprendiendo mi error.

Esta habitación debe de ser la de Ruth.

Qué equivocación más tonta. Pero qué tonta soy.

Quisiera saber qué pensaría Ruth si me viera aquí así, sentada en su sillón. No le gustaría. Se alteraría mucho. Este cuarto es casi idéntico al mío. La diferencia más obvia es que en la mesa escritorio ella tiene un diccionario de francés mientras que yo tengo el estuche de pinceles.

Ya sé que no debería, pero no puedo resistir la tentación. Seré rápida. Me siento en su cama. Es blanda y anatómica, como la mía. No sé distinguir la diferencia. Me reclino hacia atrás, me giro de costado y olfateo el edredón.

Me levanto y voy hasta la cómoda. En vez de una fotografía enmarcada y una escultura, ella tiene un frasco de cristal. Lo cojo, abro el tapón y lo huelo. Reconozco el olor de inmediato. Es un perfume que antes me encantaba. Yo tenía el mismo. Lo compré solo en una ocasión y me lo ponía muy de vez en cuando. Me duró años y

años.

Recuerdo que a él nunca le gustó. Por esa razón dejé de usarlo. Estoy segura de que era este.

Él nunca me dijo específicamente que lo tirase a la basura, pero yo sabía que no debía usarlo en el apartamento cuando él estuviera en casa. No merecía la pena de los comentarios que me granjeaba con ello. Lo usaba solo cuando iba a salir sin él. Se ponía muy teatrero al respecto. Me parece estar viendo la expresión de sus ojos, los hombros hundidos, el modo en que suspiraba, su gesto de exasperación, como si el hecho de que yo usara perfume fuese para él una ofensa.

Lo huelo de nuevo. El aroma no ha cambiado en todos estos años. Resulta asombroso.

Al aspirar este perfume profundamente, me viene un recuerdo a la memoria. Recuerdo haber estado hablando con él de este lugar, Seis Cedros. Sí que estuvimos hablando al respecto. Estuvimos comentando lo hermosa que parecía la casa. Lo agradable que sería vivir tan cerca de un bosque grande. Hablamos de que yo siempre había querido vivir cerca de un bosque. Se me había olvidado por completo, hasta este momento. Yo quería vivir aquí.

Huelo el perfume otra vez.

Aguzo el oído para cerciorarme de que no se acerca nadie por el corredor. Me echo un poco de perfume en el dedo, detrás de la oreja, en la muñeca. Me froto ambas muñecas. No puedo contenerme. Vuelvo a poner el tapón, dejo el perfume en su sitio y salgo a buscar a Hilbert.

—¿Sabías que en matemáticas *n* hace referencia a un número indeterminado? —dice Hilbert.

—No —respondo.

—Una cosa tan pequeña, una simple letra, y, en cambio, es necesaria.

—Tu forma de ver las cosas es muy diferente de la mía —digo.

—Eso es justo lo mismo que opino yo de ti —replica.

—Hay cosas que tú entiendes y yo no.

—Y viceversa —dice Hilbert—. Cada vez que conversamos, me quedo pensando en las cosas que me has dicho.

Siento un calor que se me extiende por el pecho.

—¿Cuántos días hace que nos conocemos?

—No lo sé bien. ¿Importa la suma?

—Estaba pensando que tal vez podríamos probar algo —le digo.

—¿Cuándo? —pregunta.

—Hoy. Ahora.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿Qué es lo que quieres probar?

—Quiero que sea un secreto. Entre tú y yo.

—De acuerdo, Penny —acepta Hilbert.

—Ven conmigo —le digo al tiempo que agarro su mano, larga y fuerte.

Caminamos por el pasillo arrastrando las zapatillas, cogidos de la mano, en dirección a mi dormitorio. Solos los dos. Aquí dentro podemos estar a solas. Hay silencio. Le pido que se siente en el sillón mientras preparo las pinturas. Él juguetea nervioso con el puño de su chaqueta.

—Puedes relajarte —le digo.

—Nunca he hecho esto —contesta.

—Eso es bueno.

Mientras lo preparo todo, observo a Hilbert, veo cómo está sentado, el ligero temblor de sus manos, cómo recorre la habitación con la mirada. A su edad continúa siendo una persona curiosa y reflexiva.

—¿Has estado casado, Hilbert, antes de venir aquí?

—He estado casado. Ahora soy viudo.

—Lo siento —digo.

—Estuvimos juntos mucho tiempo —dice.

Ya se ha calmado y yo empiezo a pintar.

—¿Cómo era ella?

—Inteligente —contesta—. Intensamente lógica. Eso fue lo primero que me cautivó de ella. ¿Tú has estado casada?

—No, pero he tenido un compañero durante muchos años. Vivíamos juntos. Era artista.

—¿Has estudiado para hacer eso? —pregunta Hilbert.

—¿Pintar?

—Sí.

—Formalmente, no, he aprendido sola. Leyendo libros, probando cosas, yendo a galerías de arte. No me gusta decir que he sido autodidacta, porque hay muchas cosas que me han influido.

—Seguro que eso ha sido para mejor. Yo estudié mucho tiempo, muchos años, durante casi toda la primera parte de mi vida de adulto, enseñanza formalizada, académica. Nunca pensé que iba a disfrutar siendo profesor, pero disfruté.

—¿Enseñabas matemáticas en la universidad?

—Sí, y además tenía trabajo propio suficiente para mantenerme ocupado. Había presión para publicar. A medida que fui haciéndome mayor sentí cada vez menos esa presión, pero continué trabajando. Con el paso de los años, he llenado montones de páginas de papel azul cuadriculado.

—Es como si hubieras regresado a lo que te hizo empezar al

principio de todo.

—La que me hizo empezar fue mi madre. Me enseñó aritmética básica en la mesa de la cocina.

Me imagino a Hilbert de joven; de hecho, lo veo así, encorvado sobre un pupitre y con un lápiz en la mano.

—Qué bonito. ¿Y eso fue lo que te enganchó?

—Supongo —contesta—. A partir de ahí, ya no paré. Siempre había algo más que aprender.

—Sí, a mí me ocurre lo mismo, pero por razones distintas. Siempre he pensado que pintar era una especie de patio de recreo, una pasión. Y no solo la mía. Tenía que ver con las fronteras, las fronteras físicas. Siempre he tenido la impresión de que el arte que me gustaba me había encontrado a mí, y no al revés.

—Sí, sí, entiendo lo que quieres decir —contesta Hilbert.

Está manteniendo la postura extraordinariamente bien, sentado en el sillón, con los hombros rectos.

—Lo único que lamento de no haber mostrado nunca mis obras es que me he perdido la oportunidad de vivir ese proceso en el que otra persona reacciona a su modo particular. Lo importante no es entender una obra, sino reaccionar a ella. Reaccionar de cualquier manera.

—¿Así que nunca has mostrado tus obras? ¿Nunca has organizado una exposición?

—No —respondo—. Nunca.

Hilbert descruza las piernas y me mira directamente. Me doy cuenta de que está sopesando si está bien que cambie de postura. Yo afirmo con la cabeza.

—No es necesario que permanezcas todo el tiempo en una misma postura —le digo—. Adopta la que te resulte cómoda.

Exhala, deja caer los hombros ligeramente, y modifica la forma de sentarse.

—¿Conoces la hipótesis de Riemann?

—No —digo—. ¿Qué es?

—Tendríamos que empezar por los números primos y remontarnos a Euclides, que fue el primero en demostrar que existen infinitos números primos. ¡Infinitos! La hipótesis de Riemann nunca ha sido demostrada, pero… —Se interrumpe y deja la frase sin terminar—. Es curioso, estoy haciendo un esfuerzo por ordenar mis ideas.

Dedica unos momentos a pensar.

—Antes me sabía todo esto de memoria y sabía cómo describirlo. Me temo que ahora no me está saliendo nada bien. Perdona.

Baja la vista y se sonroja.

—No pasa nada. Yo creía que entendía perfectamente para qué

servía pintar, pero a medida que fui cumpliendo años empecé a pensar que el arte consiste en diferentes maneras de ver las cosas. Nunca me sentí inspirada por un todo. Siempre fue un fragmento, una pizca, un instante, una impresión medio olvidada, una faceta de una persona. Nunca formada del todo, porque esa podría ser solamente mi visión de una cosa, no la visión de otro.

—¿Como yo, en este momento?

—Sí. Como tú. En este momento.

Hilbert sonríe, se pasa los dedos por su cabello canoso.

—Todo cambia —dice.

—Yo, en estos últimos días, tengo la sensación de haber cambiado —digo—. Sé que he cambiado. Drásticamente. Como más, duermo mejor. También me ha cambiado el hecho de conocerte a ti.

—Aquí cuidan de nosotros. Para que podamos vivir.

Paso unos instantes pintando en silencio.

—Cuando llegué, me sentí muy cómoda —digo—. Pero hay una cosa que me preocupa.

—¿De este lugar?

—Sí. ¿Shelley le ha hablado más veces a Jack de ese modo?

—¿Shelley?

—Sí. Lo humilló delante de nosotros. Fue algo raro.

—Lo… siento —responde Hilbert con gesto de desconcierto—. No recuerdo si ha hecho algo así otras veces.

—No pasa nada. No importa.

—Está claro que ya no tengo la cabeza tan bien como antes. Mi memoria va y viene.

—Ya —digo—. La mía también. Hay cosas que se van olvidando.

—Supongo que cuando se vive como vivimos nosotros, el momento actual pasa a ser el más importante. Uno vive el momento de ahora, hasta el siguiente.

—¿Eso te da miedo? —le pregunto.

—¿El qué?

—Vivir momento a momento. No poder recordar.

—Sí —contesta—. Me da miedo.

—A mí también.

Hago una pausa mientras Hilbert tose en la mano y luego carraspea para eliminar una molestia de la garganta.

—Pero puede que eso no sea tan malo —dice—. Lo de tener miedo.

—De verdad que aprecio mucho esto —le digo—. El tenerte aquí.

—Me alegra que me hayas pedido que pose para ti. Me pone nervioso, pero me emociona que me lo hayas pedido.

—Nunca he hablado con nadie más de mi memoria.

—Por lo menos, que tú recuerdes —replica sonriendo.

Hasta ahora no había tenido ocasión de examinarlo tan de cerca, con tanto detalle. Su rostro, sus manos. Sus ojos. El hoyuelo de la barbilla.

—Deberíamos seguir ayudándonos el uno al otro cuando podamos —le digo.

—Cuidar el uno del otro —dice él.

—Cuanto más hablamos juntos… —digo yo.

—Más entendemos —dice él terminando mi frase.

En el pasillo se cierra una puerta. Hago una pausa esperando oír pasos, pero no oigo ninguno. Solo hay silencio.

—El hecho de que hablemos juntos, aunque no vayamos a ninguna parte, constituye nuestra pequeña revolución —digo.

—Nuestra insurrección particular —dice él, y los dos nos echamos a reír.

Pasado un rato, dejo de trabajar y suelto el pincel.

—Estaba pensando que a lo mejor…

—¿Qué?

—No, es una tontería.

Me mira con gesto alentador.

—A lo mejor —repito—, podrías quitarte la camisa.

No tenía pensado pedirle esto. No se me ha ocurrido la idea hasta este preciso momento. Hilbert no dice nada. Su expresión es ambigua. No debería habérselo sugerido.

—No —responde tras una larga pausa—. No creo que te apetezca ver a un viejo sin camisa.

—Sí que me apetece. Un cuerpo se vuelve más fascinante con la edad. Más sincero.

Para mi sorpresa, hace un gesto afirmativo.

Me pongo de pie y me acerco a él hasta quedar aproximadamente a medio metro de distancia. Empiezo a quitarle la corbata, pero antes de poder sacársela me lío unos instantes con el nudo. Le quito la chaqueta. Empiezo por arriba y voy desabrochando lentamente los botones de la camisa. Mis manos van calmándose de nuevo. Noto un calor que me sube a las mejillas cuando llego al último botón. Veo el mismo rubor en el rostro de Hilbert.

—Me palpita el corazón —dice.

Me coge la mano y la apoya sobre su pecho desnudo. Tiene una piel suave y libre de vello. Me doy cuenta de que está sudando, solo un poco.

—Gracias —me dice.

—Gracias a ti —respondo yo.

Yo también siento calor, siento que me palpita el corazón de igual modo que el de Hilbert.

—¿Te importa ponerte de pie? —le pido.

Se levanta, y por un instante nos miramos el uno al otro. Nos empapamos el uno del otro. Él tiene la piel arrugada y flácida. El torso imperfecto de un viejo. Se aprecian los años vividos en esa piel flácida: momentos de orgullo y de vergüenza, de emoción y de miedo, de alegría, culpabilidad, deseo, felicidad, pérdida, amor. Lo veo todo. Todo eso y más. Lo mismo que en mí.

No decimos nada más, y yo continúo con mi trabajo.

No sabría decir cuánto tiempo pasa Hilbert así de pie, con los hombros rectos, las manos a los costados, la camisa quitada. Tiene la mirada fija en el suelo o en la ventana. En determinados momentos parece estar absorto en sus pensamientos, en otros esboza una sonrisa sin motivo aparente. Es impresionante que logre permanecer tanto tiempo de pie. Debe de haber transcurrido una hora. Puede que más.

En un momento dado, me dice:

—$7 \div 2/3 = 7 \times 3/2$. Si se divide por una fracción, es posible invertir dicha fracción y multiplicar.

Le pregunto si está cansado, si tiene frío, si quiere hacer un descanso. Todas las veces me responde que no. Me dice que continúe trabajando.

Le obedezco. Continúo pintando y me sumerjo en el retrato. He ido añadiendo detalles a la barbilla y a los labios, hasta que de pronto noto un cambio en la habitación. No me había percatado hasta el momento, pero ahora ya resulta inconfundible: la sensación de que aquí hay otra persona. Otra presencia.

—Deberíamos hacer un descanso —digo.

Me echo la chaqueta de punto sobre los hombros y ayudo a Hilbert a ponerse la camisa.

—¿Qué es eso? —pregunto al reparar en un detalle, un bultito que tiene en la nuca.

Alzo una mano para tocarlo con el dedo. ¿Qué será? ¿Un lunar? ¿Un grano? Parece una protuberancia extraña, como un grupito de champiñones minúsculos. Se estremece cuando se lo toco.

Shelley entra en la habitación sin llamar. Nos mira, nos ve de pie juntos, Hilbert con la camisa a medio abrochar, yo con una mano en su nuca. Me entra el deseo irrefrenable de esconder mi pincel, la pintura. De tapar el retrato. Esto iba a ser un secreto entre él y yo. Frente a ella. Frente a los otros.

—¿Qué está haciendo aquí dentro? —le pregunta a Hilbert—. Le he estado buscando. Es la hora de su siesta.

—¿Ya? ¿Qué hora es?

Ignora mi pregunta.

—Venga, Hilbert. Vámonos.

—Pero es que tiene unas marcas —digo— en la nuca. Unos bultos.

Esto hace que Shelley frene en seco.

—¿Unas marcas? —dice.

—Sí, con pinta de dolerle.

Hilbert se lleva una mano a la nuca y se toca el sitio en cuestión.

—Ya basta, Penny. No molestes a Hilbert.

—No lo estoy molestando.

—Sí lo molestas. Tienes una imaginación demasiado activa, lo cual es bueno para tu trabajo, pero no quiero que eso se apodere de ti.

Hilbert se inclina hacia mí y me habla en voz baja para que no lo oiga Shelley:

—Quiero que pintes esas marcas en mi retrato, si eso es lo que ves —susurra—. Pinta aquello que veas.

—Vamos —dice Shelley, y lo hace salir de la habitación.

Solo cuando ya se han marchado caigo en la cuenta de que oigo a Pete tocando su violín.

Ahora estoy a solas. Sola. Solitaria. Sin compañía. Una ermitaña. Sola en mi habitación, como si hubiera regresado a mi apartamento. Sin Hilbert. Sin nadie con quien hablar. Sin nadie a quien tocar. Sin nadie a quien pintar.

Entro en el cuarto de baño, abro el agua caliente y me echo un poco por la cara, el cuello y las muñecas.

¿Qué era lo que he visto en la piel de Hilbert? ¿Estaba allí mientras pintaba? En ese caso, no me di cuenta. A lo mejor me lo estoy imaginando. A lo mejor fue solo una sombra. No siempre podemos fiarnos de nuestros sentidos.

Me giro lentamente en redondo, contemplando las paredes de mi habitación, y luego me miro los brazos y las manos. Experimento una fuerte reacción instintiva de meterme en la cama, taparme con la manta, cerrar la puerta con llave. Jugueteo con el picaporte.

Mi puerta no tiene cerradura. No puedo cerrarla con llave.

Vuelvo a entrar en el cuarto de baño y examino la puerta y el marco. Aquí tampoco hay cerradura. Inspecciono la zona que rodea el lavabo y el espejo. Abro la cortina de la ducha. Regreso a la habitación y voy hasta la ventana. La luz diurna ya está menguando.

Desde que llegué aquí, no he salido al exterior. Ni una sola vez. Quiero respirar el aire fresco, sentirlo en la cara.

Ha pasado demasiado tiempo. Aquí dentro todos respiramos el mismo aire. Antes, salía a la calle, iba al parque, me sentaba en el banco que había cerca del sendero. El aire fresco es esencial para los seres humanos, para los animales, las plantas y los árboles.

Voy hasta la mesa escritorio y la mesilla de noche, enciendo la lámpara, la apago de nuevo. Encender. Apagar. Encender. Apagar. Ese chasquido me tranquiliza. El retrato inacabado de Hilbert me devuelve la mirada.

Me siento en la cama. En el silencio. Oigo un leve zumbido, casi como el de un insecto, una abeja. Ladeo la cabeza en el intento de captarlo mejor. Resulta casi imposible de distinguir del silencio.

Me levanto otra vez y vuelvo a la mesa escritorio. El zumbido aumenta conforme me voy acercando, hasta que me quedo de pie junto a la mesa. Por encima de mí hay una bombilla de la luz. Igual que en mi apartamento. Cuando me caí. Me di un golpe en la cabeza. Había alguien en el apartamento conmigo. Me desperté con sangre en la cabeza, sangre en el suelo.

Giro la silla y, con cierta dificultad, consigo subir primero una rodilla y después la otra. Desde la silla, paso a la mesa. Noto el esfuerzo que hacen mis viejas articulaciones. Esta vez no me he caído. Mi habitación se ve diferente desde aquí arriba, más pequeña. Me afianzo y, acto seguido, apoyándome en la pared, me pongo de puntillas para acercarme lo más posible a la bombilla. Está claro que es de ahí de donde proviene ese zumbido. Ya estoy muy cerca. Cierro los ojos… y escucho.

«Las pequeñas y queridas abejas… lo cierto es que son lo suficientemente inteligentes como para emplear las matemáticas.»

¿Quién dijo eso? ¿Quién me lo ha dicho? ¿Cuándo lo he oído?

Abro los ojos.

Estoy subida a la mesa escritorio. Recorro la habitación con la mirada. Estoy sola. Todavía oigo el zumbido, pero ya no resulta indescifrable. Es conocido. Voces. Personas hablando todas a la vez. Voces que se superponen, ninguna se percibe con nitidez. Estoy haciendo un esfuerzo desesperado por entender lo que dicen.

Cierro los ojos.

Veo caras. Las caras de los otros. De nosotros. Somos nosotros. Pete, Ruth, Hilbert. Los veo muy de cerca, cada rostro. Labios y dientes, mordiendo, masticando, tragando, comiendo. Pete, Ruth, Hilbert. Pete con su violín. Ruth conjugando verbos franceses. Hilbert encorvado sobre su papel cuadriculado, lápiz en mano.

Pete, Ruth, Hilbert. Espantosamente viejos. Grotescos. Es repulsivo ser tan viejo. Despreciable. Todos nosotros caminando en círculo todos juntos, para protegernos.

Al otro lado de la ventana está totalmente oscuro. ¿Cuánto tiempo llevaré de pie en lo alto de mi mesa? Tengo los pies doloridos.

Levanto una mano y, extendiendo el brazo del todo, toco la bombilla con la punta del dedo índice.

Lanzo un chillido, retiro la mano inmediatamente, a punto estoy de caerme de la mesa.

La bombilla me ha quemado el dedo. Me bajo de la mesa. Tengo los pies firmemente apoyados en el suelo. Me sujeto el dedo quemado con la otra mano. Lo aprieto con fuerza. Camino de un lado para otro. Jack debe haberme oído chillar. Entra corriendo en mi habitación.

—¿Qué ha pasado, Penny? ¿Te encuentras bien?

Lo miro. Desea ayudarme. Pero no me atrevo a decirle la verdad de lo que ha sucedido. Podría enfadarse conmigo. Podría contarle a Shelley que me he subido a la mesa.

—Me he hecho daño en un dedo —contesto.

—Oh, no. Déjame ver. ¿Qué ha pasado?

—Me… lo he pillado con la puerta.

Jack me mira el dedo y ve que está rojo. Seguidamente, me mira a los ojos.

—¿Todavía te duele?

—Está bien. Estoy bien.

—¿Te lo has pillado con la puerta de tu habitación?

—Sí —miento.

Jack me mira como si supiera que no es verdad. Es la primera vez que le digo una mentira.

—Mi puerta no tiene cerradura.

—¿Cómo?

—¿Por qué no puedo cerrar mi puerta con llave?

—¿No te acuerdas? Ya lo hemos explicado. Ven —me dice—, siéntate.

Me ayuda a sentarme en la silla de la mesa escritorio.

—No me había percatado hasta hoy mismo, antes de pillarme el dedo.

—Las cerraduras se quitaron cuando se hizo la reforma —dice Jack.

Las bombillas no deberían emitir esos zumbidos. Ni estar tan calientes. Las puertas deberían tener cerradura.

—Las personas necesitan intimidad —digo.

—Las personas de aquí necesitan ayuda. A ella no le gusta la idea de que haya cerraduras en este lugar.

—¿Por qué?

Jack mira un momento a su espalda, hacia el pasillo, y después se gira de nuevo hacia mí.

—Por muchas razones, Penny —responde irritado—. Las cerraduras pueden ser peligrosas en un sitio como este.

—¿Un sitio como este?

—En el que los residentes tienen ciertas… dificultades. En el que la memoria representa un problema.

—Mi memoria está perfecta —replico.

Jack se frota la frente con las manos, y luego los ojos.

—Aquí hay mucha confusión. Tener cerraduras sería una mala idea.

—¡Ni siquiera mi cuarto de baño tiene cerradura!

—Nadie va a molestarte mientras estés dentro.

—¿Y eso cómo lo sé?

Jack se acerca un poco más.

—¿Se te olvida que sufriste una caída cuando te subiste a tu escritorio?

—¿A mi escritorio? Me caí de una silla. En mi apartamento. En mi cocina.

Noto que, de manera instintiva, me llevo una mano a la frente, al lugar donde está la costra. No palpo nada. Me paso la mano por toda la frente. No hay costra. Ni cicatriz. Nada. Tan solo piel seca y arrugada. Eso no puede ser. Ayer todavía estaba la cicatriz. Solo llevo aquí unos pocos días.

—Jack, ¿hay alguna cosa que yo no sepa?

—¿A qué te refieres?

—A este lugar. A ella. A esta casa.

Jack sonríe y me apoya una mano en el hombro.

—Estás adaptándote muy bien.

—Estoy hablando de una sensación que tengo. Es cada vez más intensa. —Algo raro ocurre en esta casa. En mi habitación.

—No sé qué quieres decir.

—¿Me estás vigilando?

Jack pone los ojos en blanco.

—Venga, Penny. Tenemos que saber lo que sucede por aquí. Para cerciorarnos de que ninguno corréis peligro.

De nuevo oigo ese suave zumbido, proveniente de arriba. Intento mirar la bombilla sin que Jack me vea. No quiero que sepa lo que estoy mirando.

—Entonces, ¿en mi habitación no hay nada que yo desconozca? No me siento yo misma. Siento que hay algo… aquí conmigo, y no me gusta.

En mí. Dentro de mí. No lo digo, pero tengo la sensación de que está expandiéndose, creciendo, conectándonos, uniéndonos para siempre.

—¿Por qué aquí vivimos solo cuatro personas? —pregunto—. ¿Por qué hay solo cuatro residentes?

0,1666666666.

—Porque somos una residencia pequeña. Es bueno tener curiosidad, Penny. Pero no queremos que la curiosidad se transforme en paranoia.

—¡Yo no estoy paranoica!

—¿No pensabas también en tu antigua casa que te vigilaban?

Hago memoria de esos días en mi apartamento. La persona de pie en la calle que me miraba fijamente. Las voces en la vivienda de al lado. El hombre que vino a arreglar las boquillas de salida. Mike viniendo a ver si me encontraba bien, haciendo el equipaje, trayéndome aquí.

—Había una persona en la calle —digo.

Jack se agacha y se inclina hacia mí.

—¿Y dices que te estaba vigilando? ¿Alguna vez dijo algo, intentó

abordarte o hacerte daño?

—En ningún momento habló conmigo, no. Pero estoy convencida de que esa persona sabía que yo estaba sola. Y de que me estaba vigilando. Pudo ser ella.

Observándome, seleccionándome, convirtiéndome en su presa porque soy vieja y vivo sola. A lo mejor este sitio no lo escogí yo. A lo mejor me escogieron. Me seleccionaron. Ahora que ya estoy aquí, ella tiene todos los días planificados para nosotros. Comidas y siestas. Ella decide cuándo nos levantamos y cuándo nos acostamos. No hay nadie que venga a ver si me encuentro bien, a visitarme, a preguntarme qué tal me va aquí. Ella sabía eso.

—Ya sé que antes de venir aquí lo estuviste pasando mal —dice Jack—. Pero debo recordarte que la mente puede jugarnos malas pasadas. Esta vieja casa está aquí para que todos estéis seguros y cómodos. Nada más.

—Puede que no me acuerde de todo —replico—, pero mi mente está perfecta.

Noto que le está entrando ansiedad por la manera en que se agarra las manos, restregándose los dedos. Lanza un suspiro de frustración.

—Penny, una lección que he aprendido trabajando aquí es la de que no siempre somos conscientes de los cambios mientras estos tienen lugar. La mayoría ocurren de manera gradual, no de la noche a la mañana. No tienes nada de que preocuparte.

Da media vuelta para marcharse y se encamina hacia la puerta.

—Cuando era más joven —digo, y lo hago detenerse—, durante una temporada pensé que pintaría más.

Está justo en la puerta, de espaldas a mí, pero escuchando.

—Estaba sinceramente convencida de que en algún momento superaría mis inseguridades y la gente vería mis cuadros. Creía que para eso pintaba, para que al final la gente pudiera ver mi obra, conmoverse o enfadarse, reaccionar a ella. Creía que ese era el objetivo.

Jack no se vuelve. No se mueve.

—He estado oyendo cosas —digo.

Ahora sí que se gira hacia mí.

—Por eso te he dado esos auriculares.

—Pero ¿por qué estoy oyendo ruidos que no he oído nunca?

—Porque antes estabas sola.

—¿Y ahora?

—Ahora, vivimos aquí juntos. Los auriculares te vendrán bien. Para eso son exactamente. Podrás concentrarte y pintar todo el tiempo que quieras.

—¿Esos auriculares me ayudarán con esta sensación que tengo?

—Te ayudarán con los sonidos que estás oyendo. Esta casa es vieja. Tiene paredes finas como el papel. También tardaste mucho tiempo en acostumbrarte a los crujidos del suelo, Penny.

¿Mucho tiempo? Pero si acabo de llegar.

—Si necesitas algo más, llámame —dice Jack.

Debería hacer caso a Jack. Jack está siendo bueno conmigo. Le caigo bien. Puedo fiarme de él.

Me pruebo los auriculares, esta vez sin música. Cuando me los coloco encima de las orejas, no oigo ningún sonido. Una vez más, experimento la sensación de estar bajo el agua, sumergida.

Me levanto y camino por mi habitación, pero no oigo ni siquiera mis propias pisadas. Voy hasta la mesa escritorio. Cojo el pincel seco. Finjo que estoy pintando e imito los movimientos, como si estuviera trabajando en el retrato de Hilbert, haciendo sutiles avances.

Me miro en el espejo. Me giro hacia un lado, examino mi perfil, mi postura. Me estiro igual de recta que Ruth.

—*Bonjour* —digo con mi mal acento francés.

Me parece que, de hecho, he adelgazado unos kilos. Me cuesta creerlo, teniendo en cuenta lo mucho que estoy comiendo. Físicamente, me siento en perfectas condiciones, casi robusta. Pero lo que más me llama la atención últimamente son mis ojos. Están neblinosos, hundidos, han perdido el color. No es algo drástico, sino sutil. Pero me recuerdan a los ojos de Pete.

Nadie más se percataría siquiera. Pero yo sí.

Otro día. Otra comida. Más comer. Ruth está hablando por los codos, como de costumbre. Habla sin parar de dos o tres cosas a la vez. Habla más que todos nosotros juntos. Se ha vuelto predecible la manera en que habla y la forma en que echa la cabeza hacia atrás cuando ríe.

No mucho después de despertarme, Hilbert vino de nuevo y volvió a posar para mí. Esta vez fue idea suya. Se sentó junto a la ventana con cara de cansado, pero atractivo a la luz matinal.

Me he fijado en que en estas dos últimas comidas Hilbert ha hablado menos. Sin llegar a la ausencia total de verbalidad de Pete, pero hasta su mirada está más distante. Es triste. Sin embargo, come con el mismo vigor, como hacemos todos. Estoy preocupada por él.

Ruth está riéndose de su propio chiste. A carcajadas. Con gran estruendo.

El día entero pasa en un abrir y cerrar de ojos. Dormimos a la misma hora. Tenemos las reuniones, echamos una siesta. Disponemos de tiempo libre para trabajar o para lo que nos apetezca. Mañana, tarde, noche. Solo me parece extraño cuando pienso en ello más tarde, no mientras nos encontramos en el acto en sí. En ese momento estamos simplemente viviendo, consumiendo, ocupándonos, manteniéndonos, yendo hacia delante, de una cosa a la siguiente. Hoy he pintado muchísimo. Concentrada, ensimismada en el cuadro. Estoy intentando captar la mirada de Hilbert, pero él está absorto en otra cosa.

Cortar, morder, masticar, tragar.

—¿Qué tal está esto, Hilbert? —le pregunto.

Afirma con la cabeza y emite un ruidito de delicada satisfacción. Pero no deja de comer. No continúa la conversación como yo esperaba. Como yo quería.

Todos estamos cautivados por la comida. Comemos de manera voraz. No devoramos por el disfrute sino por el sustento, hay que comer todo lo posible. ¿De verdad necesitamos comer tanto? Miro mi plato y veo que yo también me he comido ya la mitad. Pincho un trozo de zanahoria con el tenedor. Todavía tengo hambre, en cambio no me la meto en la boca. Finjo que lo hago. Miro a Jack para confirmar que no está mirando y escondo la zanahoria en mi servilleta a la vez que imito el gesto de masticar y tragar. Nadie me está prestando atención. Luego lo repito con otro trozo de zanahoria.

Levanto la vista y veo que Ruth, sin dejar de parlotear, está

mirándome directamente.

Debe de haberse dado cuenta de lo que estoy haciendo con las zanahorias, pero no dice nada. Sencillamente, vuelve a concentrarse en su plato. Pero, antes de tomar otro bocado, se echa a reír. Al principio es una risa suave, reprimida. Pero luego continúa y se transforma en una carcajada.

—Para ya, por favor. Así no podemos comer —le dice Hilbert. Deja los cubiertos y se niega a comer hasta que Ruth deje de reírse.

Lo encuentro más viejo. Frágil. Como si hubiera envejecido de un día para otro.

—Tienes cara de cansado. Considero que deberías descansar —le digo yo, pero no creo que me haya oído.

Ruth continúa riéndose.

—No tiene gracia —le digo a Ruth.

Jack interviene para calmar a Hilbert. Aparece Shelley, saliendo de la cocina, y se dirige hacia Ruth.

—Ruth, ya está bien —le dice.

Ruth se tapa la boca con la mano, pero al momento empieza a reír de nuevo. Esta vez con más fuerza.

Shelley se gira hacia mí.

—Penny, ¿has terminado?

—Sí.

Jack empieza a llevarse algunos platos.

—No nos lo hemos comido todo —dice Ruth—. Dos trozos de zanahoria.

Siento que me recorre un escalofrío.

Ruth me saca la lengua.

—Ruth, deja en paz a Penny —le dice Shelley—. Jack, ¿quieres llevar a Ruth a su habitación?

Me quedo mirando el lugar de la mesa en el que estaba mi plato. Jack ayuda a Ruth a levantarse de la silla. Noto que Ruth me está mirando. Su brazo roza el mío cuando se aparta de la mesa.

—¿Qué le estás haciendo a Hilbert? ¿Qué le has hecho? —pregunto a Shelley.

Pero ella ya ha regresado a la cocina y no me oye.

—Venga, Ruth —dice Jack desde la puerta—. Vámonos.

No vuelvo a levantar la mirada hasta que Shelley me pone delante una taza de té.

—Creo que preferiría irme ya a mi habitación —le digo—. Si no hay inconveniente.

—¿Y el té y el postre? Nunca te los saltas.

—No, en este momento ya no necesito nada más.

—No querrás saltarte el postre. Te encanta la tarta de cerezas.

—Prefiero llevármela a mi habitación, estoy cansada.

—Bueno, normalmente no comemos en las habitaciones, pero no es una regla estricta. Ya te lo llevo.

Shelley, dos pasos por detrás de mí, llevando el té en una mano y el postre en la otra, me acompaña hasta mi habitación. Entro yo primero y me siento en el sillón de lectura, que cruje al acusar mi peso cuando me hundo en él. Shelley deja el té y el postre encima de la cómoda.

—Te lo dejo aquí para cuando te apetezca. Pero es mejor que no lo dejes demasiado tiempo.

Se dispone ya a marcharse cuando se detiene un momento a recorrer el dormitorio con la mirada. El retrato lo he escondido entre mi mesa escritorio y la pared. Me siento muy cohibida con él. Me da vergüenza no tenerlo más avanzado. Debería haber hecho más. Espero que Shelley no se dé cuenta.

Da un paso hacia mí.

Junto las manos en el regazo, flexiono los dedos para no enseñar las uñas. Shelley se agacha y, con delicadeza, me coge la mano izquierda.

—Oh, fíjate en esto —dice al tiempo que pasa el dedo pulgar por cada una de mis uñas. Luego examina mi otra mano—. Se te están descuidando. Vamos a tener que arreglártelas.

Shelley continúa frotándome la mano un momento más de lo que parecería normal.

—¿Importa?

—¿Perdón?

—¿Importa algo que mis uñas se queden descuidadas, o largas, o que me las muerda? ¿Por qué estás obsesionada con mis uñas?

—Me obsesiona cuidar de ti, Penny, y las uñas no dejan de crecer nunca.

Shelley me suelta la mano y esta cae en mi regazo. Oigo sus pisadas por el pasillo, hasta que mi habitación queda en silencio. Me levanto, me quedo de pie junto a la ventana. Pego el oído al frío cristal. No se oye nada ahí fuera. Nada.

Me abrocho los botones de la chaqueta y, en zapatillas, salgo de la habitación. Echo a andar por el pasillo, dejo atrás la zona de descanso y continúo hacia la sala común. Asomo la cabeza y veo las sillas colocadas formando un semicírculo. Aquí no hay nadie. Entro y voy hasta la estantería de libros y juegos. Elijo dos cajas de rompecabezas entre una colección de juegos de mesa.

Con los rompecabezas bajo el brazo, me encamino hacia la habitación de Hilbert. Necesito verlo, saber cómo está. Llamo a la

puerta y, al ver que no me responde, entro. Está preparándose para acostarse, y no lo oigo hasta que estoy dentro, silbando en voz baja para sí mismo. Se vuelve, sorprendido de verme, y se le iluminan los ojos.

—Perdón —digo—. No tengo sueño… Se me ha ocurrido que quizá…

—Hola —saluda él jovialmente.

Quiero preguntarle si Shelley está tan preocupada por sus uñas como por las mías. Quiero preguntarle si se siente presionado para seguir adelante, para seguir trabajando. Quiero ver si las marcas, los hongos, sigue teniéndolos.

Hay mucho que decir, que preguntar; pero, más que nada, quiero simplemente verlo.

—Gracias otra vez por posar para mí —digo.

Hilbert no me contesta. Pero inclina la cabeza hacia un lado como si estuviera intentando acordarse.

—¿Qué tal una distracción rápida antes de irte a la cama? —le pregunto—. Sé que te gustan mucho los rompecabezas.

Le dejo escoger. En la caja que escoge pone «PANDO PUZZLE» y reproduce una escena de la naturaleza, un bosque de gran tamaño. Saca todas las piezas y las vierte en la mesa escritorio. Hasta que recojo la caja vacía no me percato de lo mucho que se parece la foto a este lugar, a este mismo paisaje que hay fuera de la casa. Es alucinante. Voy hasta la ventana y, todavía con la caja en la mano, la levanto en alto.

—Mira —digo—. Es casi igual.

Hilbert ya está concentrado en el rompecabezas, está eligiendo piezas, intentando casarlas.

—Qué raro —comento.

Hilbert me mira.

—Todos esos árboles de ahí fuera son idénticos a estos —dice—. Llevo mucho tiempo mirándolos. Son muchísimos, pero terminan mezclándose unos con otros.

Me los quedo mirando. Procuro no parpadear. Hilbert tiene razón.

—¿Hemos hecho esto antes? —me pregunta—. ¿Tú y yo?

—Creo que no —contesto.

—Deberíamos turnarnos —dice—. Con las piezas.

Me apoyo en la mesa escritorio y ambos vamos juntando piezas, de una en una, según las vamos encontrando. De tanto en tanto nos miramos el uno al otro.

Siento que el estómago me hace ruidos. ¿Cuándo he cenado? ¿Cuándo hemos comido por última vez?

—Estoy convencido —dice Hilbert— de que el Pando es el organismo más grande del mundo. Y, desde luego, uno de los más antiguos.

Hilbert casa una pieza con otra. Seguidamente, yo hago lo mismo.

—Eso —dice.

—¿Qué? —pregunto.

—Eso. Los árboles. El Pando. Hay muchos árboles, pero, en realidad, son uno… todos juntos.

—¿Qué quieres decir?

Junto otras dos piezas más del cartón.

—Es una colonia. Una colonia que comenzó con un solo árbol.

—¿No es un bosque?

Hilbert encuentra dos piezas que le gustan e intenta unirlas.

—Todos y cada uno comparten los mismos marcadores genéticos.

Es un sistema de una única raíz.

—¿Y qué significa eso?

Está intentando casarlas a la fuerza. Está claro que no encajan.

—No pasa nada —le digo—. Toma.

Le quito una de las piezas y le ofrezco una alternativa. La coloca en su sitio y me mira.

—Están todos conectados por el sistema de raíces —dice—. Creo que ella tiene un plan para nosotros.

—¿Shelley?

Alargo una mano y le toco la pierna. Él apoya su mano en la mía y le da un suave apretón.

Hilbert no tenía ganas de terminar el rompecabezas. Ni yo tampoco. No se encontraba bien. Quería irse a la cama, de modo que nos despedimos y le dejé dormir. He vuelto a mi habitación, pero no me apetece meterme en la cama. ¿Han pasado solo dos noches desde que vi a Jack en la cocina, desde que me puse tan enferma? Contemplo la foto enmarcada de mi cómoda, que no mira hacia mí sino hacia la ventana. No quería tener la sensación de que él me estaba mirando.

De repente, se me llena la boca de un sabor metálico. Bajo la vista y veo que me estoy mordiendo la uña del dedo pulgar. Me lo saco de la boca.

Tengo las uñas muy largas. En las dos manos. Las puntas se curvan por encima de los dedos. ¿Cómo pueden crecerme tan rápido? Justo me las recortaron para… la fiesta. ¿Cuándo es la fiesta?

¿Cuánto tardan en crecer las uñas? Recuerdo que tuve que cortarle las uñas durante las últimas semanas, cuando se encontraba demasiado débil para hacerlo él mismo. Dijo que creía que las uñas y el pelo seguramente le continuarían creciendo un tiempo después de haber muerto. Pero yo le contesté que eso no era verdad. En la muerte, la piel se retrae, con lo cual parece que las uñas y el pelo están creciendo, cuando no es así. Miro el trozo de tarta y la taza de té que descansan en mi mesa desde la cena. Me llevo una mano al oído y palpo los auriculares que anulan todos los sonidos. ¿Cuándo me los he puesto? No los llevaba puestos en la habitación de Hilbert. No hay ningún ruido en absoluto. Ni música. Tan solo un silencio atronador.

Inspecciono la comida que descansa en mi cómoda, la olfateo, la miro de cerca. Cojo el tenedor y corto un trozo de la tarta. La textura ha cambiado. La aplasto con el tenedor. Ha adquirido la consistencia del queso fundido. El tenedor se me cae al suelo.

Intento que no me tiemble la mano, toco la tarta con el dedo, la empujo. Luego levanto el dedo todo lo que puedo, y veo que un delgado hilo de tarta se queda unido al tenedor. Parece mozzarella fundida, como el queso que gratinaba yo con la lasaña.

Me da miedo mirar dentro de la taza de té. Miro a la vez que giro la taza. El líquido de color marrón es mucho más oscuro de lo que debería. Casi parece más un budín. Horrorizada, suelto la taza en la cómoda, se vuelca y se derrama.

No lo limpio. No quiero tocarlo. Empiezo a rascarme el brazo. Da gusto, teniendo las uñas tan largas. Me rasco más fuerte, sin parar,

hasta que empieza a picarme y escocerme. Sigo rascando y me acerco otro poco más al espejo hasta que lo tengo aproximadamente a medio metro de distancia.

El rostro que me devuelve la mirada es el mío. Tengo la piel menos pálida, pero estoy más vieja. Me levanto la manga de la blusa para mirarme la parte posterior del brazo. Veo una marca muy pequeña, similar a la que le vi a Hilbert en la nuca ese día en mi habitación. ¿Ha sido hoy? Una imperfección. Es tan pequeña que tengo que acercarme aún más. No se oye nada en absoluto. Puede que sea simplemente un granito.

Me levanto otro poco más la manga y descubro otra marca, en este caso más grande, que sobresale de mi piel en tres dimensiones, como los hongos, como los líquenes. Horrorizada, me levanto más la blusa y descubro que casi todo mi torso está cubierto de esos hongos abultados.

Me miro las manos. Me tiemblan. Tengo las uñas el triple de largas que hace un momento. Cuando vuelvo a mirarme en el espejo, veo que también tengo la cara y el cuello cubiertos por los hongos.

La cabeza me da vueltas. Lanzo un chillido.

—¡Socorro! ¡Jack! —grito con todas mis fuerzas.

No me oigo a mí misma por culpa de los auriculares. Me los quito con manos temblorosas, y en ese momento la habitación se inunda del sonido de un violín. En el espejo veo un pequeño fragmento de piel suelta cerca de mi oreja. Me aparto unos centímetros del espejo, cojo la piel suelta con los dedos y tiro muy despacio de ella. Empieza a desprenderse, y continúo tirando hasta que la desprendo del todo. Lo que hay debajo de esa piel no es mi rostro. Ya no es mi cara. Es la de Ruth.

Estoy mirando la cara de Ruth. Más joven, más guapa.

Existen formas de vida de dos organismos distintos que florecen como uno solo a causa de una unión simbiótica. Sé que es real. Sé que eso ocurre. Sé lo que quiere Shelley.

Que todos nosotros sigamos adelante, que continuemos trabajando, que seamos compatibles, que nos adaptemos y vivamos como uno solo.

Siento que se me hunde el estómago. Estoy tan aterrada y horrorizada que no puedo evitar caerme de espaldas y derrumbarme en mi cama.

Me despierto tosiendo, me giro hacia un costado, con la sábana arrugada a mi lado. Estoy jadeando para poder respirar. En una oscuridad total, me palpo cada brazo, el estómago, la cara. Ya no tengo hongos, únicamente el granito pequeño y solitario en la parte de

atrás del brazo.

Rara vez sufro pesadillas. Parecía muy real.

¿Me ha ayudado Jack a meterme en la cama? ¿O eso fue la noche anterior?

Cierro los ojos. Me concentro, pero, por más que me esfuerzo, no recuerdo haberme acostado.

¿Qué me está pasando?

Me incorporo, sudorosa, desaliñada. Me cuesta trabajo ver. La habitación está muy oscura. ¿Qué hora será? La opresión que siento en el pecho es cada vez más intensa, como si me lo estuviera estrujando una mano invisible. También la siento en el estómago, y después en los pulmones. Ralentizo la respiración contando hasta diez. Cuento hasta veinte. Luego, hasta treinta. Noto que el corazón me va latiendo más despacio y que recupera la normalidad. En ese momento es cuando la veo. Es Ruth, de pie en el rincón de mi dormitorio, mirándome desde las sombras con el ceño fruncido. Tiene una mano en la frente, igual que yo. Lleva puesta mi chaqueta de punto.

—Chist —me dice.

Grito como si me hubiera caído encima agua hirviendo.

—Tenemos que dormir… Tenemos que comer —dice Ruth—. Siempre, siempre, siempre. Para poder trabajar.

Comienzo a hiperventilar. Y Ruth también. Continúa de pie, pero de pronto encorva el cuerpo y adopta una postura fetal, la misma que adopto yo cuando estoy tumbada en la cama.

Enderezo la espalda. Ruth, imitándome con total exactitud, también se endereza.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es lo que quieres? Esta es mi habitación, no la tuya. No es la misma.

—Es la misma. Tenemos que comer todo lo que nos dan —susurra —. Tenemos que estar calentitos y descansados. Para poder continuar. Es lo que nos conviene.

No puedo evitar chillar otra vez. Ruth chilla conmigo. Transcurridos unos instantes, entra Jack corriendo en la habitación.

—No pasa nada —dice—. Cálmate. Ruth está un poco confusa.

Va directamente hacia ella. Al igual que yo, ahora Ruth ha dejado de chillar, pero está jadeando. Jack me quita el jersey y la rodea a ella con el brazo. Toca su frente con la de ella, con suavidad, le susurra algo. De inmediato ella se tranquiliza y baja la mirada hacia el suelo.

—Lo siento, Penny —dice Jack girándose hacia mí—. Has debido de llevarte un buen susto. Ya puedes volver a dormirte.

Le habla a Ruth, la regaña, al tiempo que sale con ella de mi habitación.

Esto no va bien. No es bueno. No me encuentro a salvo aquí. Este lugar es malo.

Lo único que preocupa a Shelley es tener más tiempo. Cueste lo que cueste. Lo único que le da miedo es que se le agote el tiempo. Nos está manteniendo a todos…

De repente, algo se quiebra en mi interior.

Aquí no estoy a salvo. Ninguno de nosotros está a salvo. ¿Alguna vez lo he estado? Creía que sí. Creía que este lugar era el paraíso. Así lo he sentido. Durante un tiempo.

¿Cómo voy a poder calmarme después de la intrusión de Ruth? Cuento hasta cien. Cuento hacia atrás de cien a cero y vuelvo a empezar. Camino por mi habitación. Pongo la silla delante de la puerta a modo de barricada.

Aquí solo hay vida, demasiada vida.

Vuelvo a meterme en la cama, me tapo la cabeza con la almohada: me quedo quieta bajo la manta. Oigo pasos procedentes del pasillo. Puertas que se abren, que se cierran. Oigo agua corriendo. Oigo gente hablando. Oigo risas, llantos. Las dos cosas. ¿Por qué está la gente despierta ahora?

No consigo conciliar el sueño.

¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo antes de que despertase Ruth? Sigo sin recordar haberme ido a la cama. Me giro de costado. No puedo quedarme aquí tumbada, sin más.

Necesito moverme.

Me calzo las zapatillas y voy de puntillas hacia la puerta. Aparto la silla a un lado haciendo el menor ruido posible y abro la puerta.

Tardo mucho tiempo entre un paso y otro. Se me antojan minutos. Camino un tanto insegura, y no quiero que me oiga nadie. Sigo pensando que estoy oyendo a Shelley a mi espalda, o a Ruth. Pero cada vez que me vuelvo veo solo un pasillo oscuro y desierto. Cuando se activa el sensor de la luz, me quedo paralizada momentáneamente, después sigo andando, paso a paso, hacia la habitación de Hilbert.

Su puerta está entreabierta. Me agarro al marco y me asomo. Veo su forma dormida. Una forma humana que sube y baja, sube y baja. Inhalar, exhalar, inhalar, exhalar. Está durmiendo apaciblemente. El hecho de contemplarlo hace que me sienta mejor, más segura, más a salvo. Me emociona. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Me acerco un poco más. Lleva puestos sus auriculares. Se halla sumido en un sueño profundo. Es mejor no molestarlo. Debería dejarlo dormir. Quiero que descanse.

Paso junto a la habitación de Pete. Su puerta está abierta de par en par. Me sorprende que no esté en la cama. Está de pie, en pijama, con

los hombros hundidos, de espaldas a la puerta. Lo observo durante unos instantes y veo que tiene en la mano su violín. Empieza a tocar la misma serie de notas que toca siempre. Escucho. No varía nunca. Llega a determinado punto, no acierta con la nota que quiere y regresa al principio, sin alegría. Una y otra vez. Las tres mismas notas. Una y otra vez.

Voy hasta la entrada principal de Seis Cedros, al vestíbulo. A medida que me voy acercando, mi corazón empieza a acelerarse. Quizá debería buscar a Shelley, hablarle de mis sospechas, pedirle que me ayudase a salir. Pero ni siquiera sé dónde duerme.

Dentro de un momento la tendré justo a mi lado, caminando conmigo por el pasillo, ayudándome a sentarme para cenar, y después desaparecerá. Dejaré de verla durante largos trechos de tiempo. Esta casa es suya. Ella es la que manda aquí. Puede hacer lo que se le antoje.

Intento abrir la puerta principal, por la que entramos Mike y yo juntos el primer día, pero está cerrada con llave. La puerta principal es la única que tiene cerradura. El teclado está a un lado, contiene números y letras. Nunca me habían retenido en contra de mi voluntad. Jamás en toda mi vida. Siempre he podido salir cuando he querido. A respirar el aire fresco y sentir el viento. Estoy a punto de apretar unos cuantos botones al azar, para ver si soy capaz de adivinar el código, para salir al exterior, cuando oigo el violín de Pete haciendo eco por el pasillo.

Justo al lado de la puerta, montado en la pared, hay un cuadro. Antes me encantaba esta lámina. ¿Ha estado aquí todo el tiempo? Es *Búho pequeño,* de Alberto Durero. Siglo XVI. Acuarela sobre papel. El original está en un museo de Viena, pero siempre me han cautivado los ojos redondos y oscuros de este búho.

Nunca he querido eludir la oscuridad en mis obras, mi propia oscuridad. Pero revelar mis sombras es algo que no basta en sí mismo. Lo que quiero, lo que siempre he querido, es que otra persona sienta alivio en su oscuridad cuando vea una obra mía.

Búho pequeño ya no me afecta como me afectaba. No me deja ninguna marca, ninguna impresión duradera. No podemos aferrarnos a los sentimientos eternamente. Los ecos del violín de Pete hacen que deje de prestar atención a la lámina.

Contemplo la escalera que sube. Creo que nunca he estado ahí arriba. Debe de ser adonde va Shelley por las noches.

En la pared de la escalera hay otro cuadro enmarcado. Para verlo bien, tengo que subir el primer peldaño. Al igual que *Búho pequeño,* se trata de otra lámina que conozco desde hace mucho tiempo. Un

famoso retrato doble del Renacimiento italiano. Óleo sobre madera. Pintado por Piero della Francesca. El duque y la duquesa de Montefeltro, ambos de perfil, mirándose el uno al otro. Ella murió al dar a luz, tuvo una vida muy corta.

Él me habló de este retrato una noche no mucho después de que nos conociéramos. Me lo explicó todo: el contexto, el simbolismo, el estilo, detalles del autor. Sabía mucho de arte.

Fue más o menos por aquella época cuando se fue a Europa y estuvo ausente más de un mes. Me pidió que le regase las plantas, cosa que hice. Él adoraba aquellas plantas. Su estudio estaba lleno de plantas. Se las regué todas excepto una. Que se murió. Le mentí y le dije que no sabía lo que le había ocurrido. Pensé que se enfadaría mucho, pero no. En cuestión de un día ya se le había olvidado.

No sé por qué hice eso, por qué dejé morir a aquella planta. El hecho de que a él no le importase que se hubiera muerto hizo que me sintiera todavía peor. Después de aquello, dediqué más tiempo a cuidar de sus plantas, me esforcé por atender a las que quedaron. Todas sobrevivieron, continuaron creciendo, pero con el tiempo empecé a desear no haber regado ninguna. Empecé a pensar que la que había tenido suerte fue la que se murió.

Me agacho y descubro una mancha en la pared que hay a la izquierda de la escalera, cerca del principio, y con ayuda de una horquilla del pelo hago un único rasguño, una raya, en la blanda madera.

Una marca para mí. Si me olvido, habrá una prueba. Sabré que he estado aquí.

Abro los ojos, parpadeando, y me despierto sola. La habitación está vacía.

Miro la sábana y la manta que me cubren, el contorno de mis piernas y mis pies. Muevo los dedos. El sol penetra por la ventana y llena la habitación. Las sombras de los árboles bailan sobre la cama, por encima de mí. Tengo que hacer un esfuerzo para volverme de costado y sacar las piernas de la cama.

Meto los pies en las zapatillas. El dedo gordo del pie izquierdo sobresale por el diminuto agujero que hay en la punta de la zapatilla, como si esta hubiera encogido durante la noche. Eso no puede ser. Tiro de las zapatillas en el intento de estirarlas, pero, ponga el pie como lo ponga, noto la zapatilla más apretada.

Siento una punzada de culpabilidad, me estresa no haber avanzado más con el retrato de Hilbert. Shelley quiere que sigamos siendo productivos, que trabajemos todos los días, que produzcamos. Ello nos mantiene jóvenes y nos da un motivo para vivir. Necesito volver con el retrato hoy mismo. No debería desperdiciar la mañana durmiendo, como he hecho.

Debería vestirme. Debería comer. Debería pintar.

Ahí está, el retrato de Hilbert, descansando sobre mi mesa escritorio, inacabado. ¿Cómo ha llegado a la mesa escritorio? Me acerco a él poniéndome la chaqueta de punto por encima del camisón. ¿Cuándo estuve trabajando en él por última vez? Está… distinto. Hilbert parece distinto.

Se me eriza el vello de los brazos. Alguien está mirándome fijamente desde atrás. Me vuelvo, pero no hay nadie. Estoy sola.

Abro el cajón de mi cómoda. Encuentro la servilleta que me traje anoche de la cena y la desdoblo. En su interior están los dos trozos de zanahoria. En uno de ellos está empezando a formarse una mancha pequeña y oscura de moho. Cierro la servilleta, la arrojo a la papelera y me siento en la cama.

—Buenos días, Penny —dice Jack entrando en la habitación.

Miro a Jack haciendo un esfuerzo por decidir qué decir. ¿Qué debería decirle? ¿Debería decirle que estoy empezando a comprender lo que está ocurriendo aquí realmente? ¿Que estoy empezando a darme cuenta de la manía que tiene Shelley de vivir y producir? De hacerlo todo juntos. Igual que un bosque. Todos lo mismo. Unidos. Eso está ocurriendo aquí. Dentro. Con nosotros. Dentro de nosotros.

Jack se sienta a mi lado en la cama.

—He vivido en el mismo apartamento durante más de cincuenta años —le digo—. A lo largo de ese tiempo vinieron amigos a cenas y fiestas, pero mayormente estábamos solos él y yo. Yo no quería tener hijos. Él, sí. Discutíamos mucho por ese tema. En cierta ocasión tuvimos una bronca monumental. Me resulta cada vez más difícil acordarme de eso.

—Yo sé lo que es. Por eso un sitio como este es lo ideal para ambos. No siempre es tan malo olvidar el pasado.

—¿A ti no te asusta no poder recordar partes de tu vida?

—Me asustaría más tener que acordarme de todo, todo el tiempo —replica él—. Shelley creyó en mí lo bastante para darme una oportunidad cuando yo ya había gastado otras muchas oportunidades. Para mí fue un nuevo comienzo. Igual que para ti cuando llegaste aquí. Los dos debemos formar parte de esto.

—¿Esto?

—Esta casa —dice—. Seis Cedros.

1-2-3-4-5-6.

—¿Qué sabes del bosque que hay ahí fuera?

—Que es muy tranquilo —responde.

—Vaya, ahora hablas igual que Shelley. Quiero saber más de él. ¿Cómo es de grande? ¿Rodea toda la casa? ¿No se termina nunca? Tengo la sensación de que desde todas las ventanas se ven árboles. No consigo salir al exterior. ¿Tú sí?

—¿Por qué me estás preguntando todo esto, Penny?

—¡Dímelo! ¿Qué hay fuera de esta casa?

—Cálmate, por favor. No sé qué te ocurre hoy. Estás agitada.

Cierro los ojos e inspiro unas cuantas veces. Vuelvo a abrirlos y miro fijamente a Jack. Siento un dolor agudo en la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere Shelley? ¿Qué está intentando hacer con nosotros?

—Me caes bien, Penny. En serio. Tienes chispa. Las cosas son distintas desde que estás tú. Distintas para mí. Pero no puedo arriesgarme a perder lo que tengo aquí. Shelley lleva razón. No tengo nada más.

Mira a su espalda antes de continuar hablando.

—Aquí estás protegida de todos los peligros que entraña ser una anciana, ¿vale? Estás cuidada, y nunca volverás a estar sola. Te lo prometo.

Jack se pone de pie, me toca en el hombro, me da una palmadita y se va.

Jack se ha ido, pero estoy reproduciendo mentalmente lo que me ha dicho: que nunca volveré a estar sola, que estoy protegida del hecho de ser una anciana. Eso es lo que ha dicho. ¿Ha dicho también que olvidar es bueno?

Pero ¿a qué coste? ¿A qué coste estoy protegida de mi vejez?

Quiero acordarme de lo mucho que nos divertíamos en nuestro apartamento. Jamás reflexioné sobre cómo iba a ser él en su mediana edad, en la tercera edad, en la ancianidad. Jamás reflexioné sobre el hecho de que sus deseos irían menguando con el paso del tiempo a la vez que sus rasgos característicos y sus manierismos se intensificarían. Cuando las pasiones decrecen, la personalidad aparece.

Me levanto y me voy a buscar a Jack. No puede andar muy lejos. Acaba de salir de mi habitación. Se equivoca al decir que no tiene nada más.

Llego a la sala común y encuentro a Ruth sentada a solas, viendo la televisión.

En la televisión están echando una película antigua. Me quedo viéndola un momento. Sé cuál es. La conozco bien. Recuerdo que la vi por primera vez en el cine. Esa noche, la sala estaba llena. Comí palomitas con mantequilla. Todavía las huelo. Noto lo grasientos que se me pusieron los dedos, recuerdo que me los fui chupando uno por uno para limpiarlos de mantequilla. Y que me tomé un refresco grande. Se trata de *Thelma y Louise*. Ruth la está viendo con mucha atención. Hasta mueve la boca siguiendo los diálogos. También a ella debe de gustarle mucho, como a mí. He visto esa película muchísimas veces. Ruth se la sabe de memoria.

Las dos mueren al final de la película. Eso me encantó. Me gusta mucho cómo termina la película. Era la única manera de darle un final satisfactorio. Las dos escaparon.

Ruth no se pierde ni una frase. Resulta hipnótico contemplarla viendo la película. La miro primero a ella y después a la película, me doy cuenta de que no está recitando frase por frase en nuestro idioma, sino en francés. Está traduciendo sobre la marcha. En tiempo real.

—*Tu es très jolie* —le susurro.

Mi mirada se desvía hacia un cuadro que hay en la pared. Uno grande. En esa pared antes no había nada Y vengo aquí todos los días. ¿Cómo es que no me había fijado nunca? Siempre ha sido una pared vacía. Me acerco a ella. Noto una sensación de hormigueo bajo la piel.

Me llevo una mano a la boca. No puede ser. ¡Es uno de sus cuadros! Me acuerdo de cuando lo terminó. Llevaba mucho tiempo trabajando en él. Estaba muy comprometido. Estuvo muy malhumorado hasta que lo terminó. Nunca se vendió, y, aunque era su favorito, dijo que no le sorprendía que no se hubiera vendido. Le pareció bien el hecho de que nadie más viera lo que había hecho, porque era su obra más personal.

Y ahora está aquí, delante de mí, colgado en la pared. Me asalta un mareo, una náusea. Me veo obligada a apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio. Tengo la sensación de que podría caerme.

Tengo algo en la pierna. Un gato está rozándose contra mi tobillo. Al principio, titubea, pero, poco a poco, va volviéndose más agresivo. Me araña la pierna. La sacudo para quitármelo de encima.

—Para —le digo—. ¡Ahora no!

Pero él no se para. Me mordisquea las zapatillas y el pie.

—¡Ay!

De repente, algo ahuyenta al gato. Huye corriendo por el pasillo. Me agacho y me froto la parte del pie donde me ha mordido. Sin aliento, me siento a descansar en la butaca que tengo más cerca. Cierro los ojos.

Jack me está sacudiendo ligeramente del brazo.

—Penny —me dice.

Me he quedado dormida en la sala común. Ruth ya no está. Y el gato tampoco. La televisión sigue encendida, pero ya solo emite estática. Tengo la boca muy seca. Necesito agua.

—Penny… Por favor… Despierta —me dice Jack.

Vuelve a sacudirme el brazo. Se le ve preocupado.

—He estado pensando un poco más en lo que dijiste, y tengo que decirte una cosa. Tengo que darme prisa.

Abro los ojos todo lo que puedo y me concentro en su cara. Estoy soñando. Pero siento su mano en mi brazo. No, antes estaba soñando, pero esto es real. Jack. Está justo delante de mí, tocándome, angustiado.

—¡Penny! —repite—. Este lugar es la obra de su vida. Cree firmemente en ella. Lo ha transformado en una comunidad. Tiene todo el control y no puede correr el riesgo de que se produzcan perturbaciones. Quiere comprender mejor cómo hacer para vivir más años. Lo único que le da miedo es envejecer y…

Los dos oímos un ruido. Jack se lleva un dedo a los labios.

—Es ella —dice—. Tengo que irme. No puedes decirle ni una palabra de que hemos estado hablando así.

Solo por la expresión de sus ojos, ya sé qué más quiere decirme: «Tienes razón, siempre has estado en lo cierto respecto de lo que ella te está haciendo. Te está manteniendo con vida. A todos vosotros».

Sin decir otra palabra más, de repente da media vuelta y sale de la sala.

Exhausta, confusa, cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo de la butaca.

Unos pasos en el corredor. No se alejan, sino que vienen hacia la sala. Me he quedado dormida en la butaca. Deseo que se trate de Jack. Que venga a contarme más cosas, a explicarme. Pero no es él.

Unos zapatos de tacón. Es ella.

—Echando una siesta en tu butaca favorita —dice Shelley entrando en la sala—. Sé lo mucho que te gusta el paisaje desde aquí dentro.

¿Tengo una butaca favorita? Tengo que aclararme la garganta antes de hablar.

—¿Y esa de ahí? —pregunto señalando una silla pequeña que hay contra la pared.

—¿Esa silla?

—Sí.

—Si te sientas ahí, no hay nada que ver. A ti te encanta la butaca de la ventana. Puedes ver los árboles.

—¿Ya me he sentado ahí alguna vez?

Siempre he tenido sueños muy vívidos. Incluso cuando era pequeña. He soñado con colores. Tengo muchos sueños pequeños, cortos. Sueños inquietos. Sueños sin argumento. Ahora que soy vieja, sueño con los grandes árboles que hay detrás de la residencia, los que no tienen hojas, que se elevan al unísono, se mecen suavemente, se apiñan unos con otros para darse calor.

—Quiero salir al exterior.

A Shelley le cambia la expresión. No de forma drástica, pero me doy cuenta.

—Tenemos todos estos maravillosos ventanales para que entre toda la luz posible. No quiero molestarte, pero me parece que estás sufriendo un pequeño lapsus de memoria.

No, me digo yo. No estoy sufriendo ningún lapsus de memoria. Simplemente estoy cayendo en la cuenta de que hace días que no salgo al exterior, desde que me mudé aquí. Antes, siempre salía a dar paseos, incluso cuando hacía mucho frío. Me encantaba sentir el aire en la cara. Me daba igual que se me mojasen los pies con la lluvia. Me acuerdo de todo eso.

—El bosque, Penny. Los precipicios. Estar ahí fuera es traicionero, y hay nieve —dice—. Y mira lo que le ocurrió a Gorky la semana pasada.

—¿Gorky?

—El gato. El nombre se lo pusiste tú. Se murió, ¿no te acuerdas?

Salió al exterior y murió congelado. Fue horrible. Te sentirás mejor cuando hayas descansado un poco, Penny.

—¿Cómo? ¡El gato no se ha muerto!

Me miro el pie, el sitio donde me mordió. Me mordió y, sin embargo, no hay herida. La piel está lisa. Ahora noto que tengo lágrimas en las mejillas. Llevaban horas, días, acumulándose detrás de mis ojos.

Shelley me toca en el hombro.

—Échate una siesta —me dice, y sale de la sala.

Una vez que se ha ido, me vuelvo y veo que Hilbert está sentado a mi lado. ¿Ha estado ahí todo el tiempo? No ha dicho nada. Aún estoy llorando, pero experimento una oleada de alivio al verlo.

Está de nuevo enfrascado en el rompecabezas, el que empezamos a hacer en su habitación, el de la foto de los árboles. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Está ensimismado en él. Casi lo ha terminado.

—No podemos salir de aquí —dice levantando la vista.

Veo su rostro, sus ojos. No tiene buena cara. Está frágil y débil.

—¿Por qué, Hilbert? ¿Por qué no?

—Porque es peligroso. Aquí es donde debemos estar. —Tiene la voz tensa.

—¿Tú recibes visitas alguna vez? —le pregunto.

Se mira las manos, como si se preguntase a quién pertenecen.

—En casa tenemos visitas. Todo el tiempo —contesta levantando la vista—. Tenemos cenas, escuchamos música, y todos bebemos vino hasta muy tarde. A veces, intentamos hablar juntos en francés.

—¿Qué? ¡No, Hilbert! —exclamo—. Esa he sido yo. No tú.

—Necesitamos más tiempo —dice—. Todos lo necesitamos. Todo el mundo lo necesita.

Cierra los ojos y se reclina en su asiento. Con los ojos todavía cerrados, habla suavemente, más bien para sí mismo.

—Pando —murmura—. Pando, del rompecabezas.

—¿Cómo, Hilbert? ¿Qué es eso?

—Pando —repite inexpresivo, cerrando los ojos—. Yo extiendo. En latín, *pando* significa ‘yo extiendo’.

Me levanto despacio y le quito a Hilbert la zapatilla del pie derecho. Me cuesta trabajo, porque me tiembla la mano. Me quedo horrorizada al ver que los dedos de su pie, al igual que los míos, lucen unas uñas largas y descuidadas, como si llevaran varias semanas sin arreglarse. Vuelvo a ponerle la zapatilla y me incorporo.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A buscar una cosa —respondo—. Tú quédate aquí.

Salgo al pasillo y doblo a la derecha palpando la pared conforme

avanzo.

Al pasar por el comedor, alcanzo a ver un instante a Jack, recogiendo. Me he topado con un momento típico de su jornada de trabajo. Lo observo durante un minuto desde las sombras. Espero hasta que no hay nadie y me dirijo hacia la mesa auxiliar en la que estaba él. Hay un papel, doblado por la mitad. Lo cojo. Contiene una foto de… mí.

En esa foto aparezco mucho más joven. Estoy sonriendo. Se me hace raro verla. No la recuerdo.

Abro el papel y empiezo a leer en voz alta:

—«A los noventa y dos años de edad, Penny falleció apaciblemente en la residencia Seis Cedros rodeada de todo el personal que la atendía. Deja atrás su increíble colección de obras de arte y a todos los amigos que tenía en la residencia. Con el paso de los años, el personal y los residentes de Seis Cedros llegaron a querer a Penny como si fuese de la familia. Se organizó un velatorio en la residencia, seguido de una celebración de lo que había sido su vida. Penny será recordada con gran afecto».

Siento que mis piernas amenazan con doblarse bajo mi peso.

Dejo el papel en la mesa y me tapo la boca con ambas manos. ¿Qué es esto? Otra vez noto un dolor agudo en la cabeza, un dolor intenso que me late detrás de los ojos. Me entran ganas de vomitar. Me inclino hacia delante, pero no sale nada, únicamente un hilillo de saliva y bilis.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué nos están haciendo?

Shelley enviará esa nota necrológica y la gente se la creerá. Se la enviará a Mike. Él se creerá que ya no estoy, pero no será verdad. Estaré aquí con Shelley.

¿Qué es lo que me ha hecho?

Necesito volver a mi habitación, estar sola, pensar. Necesito esconderme. De ella.

Me está llevando más tiempo del que debería. Voy andando por el pasillo que conduce a mi habitación, pero esta vez no es así. Conduce a otro pasillo, de modo que doblo hacia la derecha y continúo por él. El pasillo sigue girando, así que, llegado un punto, hago un alto.

Doy media vuelta.

Esta casa es un laberinto. Estos pasillos no son lo que parecen. Son más largos. O más cortos, según el día. Por la noche son más estrechos, por la mañana son más anchos. Estos pasillos van cambiando dependiendo de quién camine por ellos y en qué momento de su vida se encuentre.

Cuando regreso al último, tomo la otra dirección. Es más largo que antes, ha cambiado desde ayer. Es el mismo pasillo. Lo reconozco, pero es más largo.

De nuevo doy media vuelta y tomo otra dirección, esta vez hacia la izquierda, y finalmente llego a mi habitación.

Entro, paso al cuarto de baño. Cierro la puerta. No consigo quitarme esa nota necrológica de la cabeza. No debería haberla visto. Ahora ya no veo otra cosa.

«Con el paso de los años, el personal y los residentes de Seis Cedros llegaron a querer a Penny como si fuese de la familia».

Con el paso de los años…

Años…

¿Cuánto tiempo llevo aquí? Solo han pasado cuatro días. No lo entiendo.

Estoy sudando, me mojo la cara con agua fría. Me la seco con la toalla, intentando que no me tiemblen las manos. Paso al inodoro. Me levanto la bata para no arrastrarla por el suelo. Me siento y hago pis.

Una vez que he terminado, mientras me incorporo, me ruborizo. En el inodoro hay algo que capta mi atención. Me inclino para ver qué es antes de que el agua de la cisterna se lo lleve… Es un movimiento sutil en el agua, unas partículas diminutas. ¿Están vivas?

Estupefacta, retrocedo y bajo la tapa de golpe.

Lanzo un chillido. No oigo ningún sonido salir de mi boca, pero estoy chillando.

¿Dónde estoy?

¿Qué estoy haciendo aquí?

¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Acciono la cisterna por segunda vez y espero a que vuelva a llenarse. Repito la operación una vez más, y otra, y otra.

Cuando salgo de mi habitación, me tropiezo con ella. Con Shelley. Lleva el pelo y el maquillaje inmaculados. Está guapísima. Se ha puesto el vestido rojo y los guantes de látex.

—Hola, Penny, cielo —me dice—. Justo iba a limpiar tu habitación.

Sostiene en la mano un largo plumero y va moviéndose lentamente por mi dormitorio quitando el polvo a diversas superficies y objetos. También hay un cubo junto a la cama. Voy hasta él y le doy un golpecito con el pie. El agua que contiene, oscura y grasienta, forma ondas.

—Siéntate. Enseguida termino.

—Mi habitación está limpia —replico a la vez que me siento en la cama.

—Pero no va a seguir limpia siempre. Nunca sucede eso cuando vivimos dentro.

—He visto…

Dudo un instante, no sé muy bien si debo decirle lo de la nota.

Ella le quita el polvo a la foto enmarcada de mi cómoda.

—¿Qué has visto?

—Un escrito. Una nota necrológica de mi muerte. La he visto.

—Lo siento mucho, Penny. Jack no debería haberla dejado por ahí. Ha debido de resultarte extraño verla.

Siento que me hierve la sangre. ¡Cómo se atreven!

—¿Por qué la habéis escrito ya? —digo—. ¡Se la vais a enviar a la gente para que crean que me he muerto! Para que no pregunten por mí. ¡Para que podáis retenerme aquí todo el tiempo que se os antoje!

—¿Quién esperas que pregunte por ti? ¿Ha llamado Mike para saber qué tal estás? ¿Ha venido a verte? No se la vamos a enviar a nadie, Penny. Lo siento, pero no hay nadie a quien enviar una nota necrológica.

Esto me hace frenar en seco.

—La verdad es que esa nota la escribió tu compañero antes de morir —me dice Shelley—. Fue su manera de ayudar y de intentar asegurarse de que todo se hiciera con un alto nivel de eficiencia. Procuró dejarlo todo resuelto. Me dijo que eso era lo que querrías tú. No estaba previsto que vieras esa nota. Jack ha cometido el error de

dejarla a la vista.

—¿Dónde está Jack?

Shelley hace un alto y deja el plumero.

—Penny, por favor. No me estás escuchando.

—¿Qué estás intentando hacernos? —le pregunto—. No puedes obligarnos a vivir así. ¡No puedes!

—Penny, ¿sabes lo que significa la palabra «catabólico»?

—No —contesto.

—Significa metabolismo destructivo. Cuando se crea un ecosistema delicado, como el que tenemos aquí en Seis Cedros, cada vida sustenta la vida de otro. Todos nos beneficiamos de ello. Nos damos vida unos a otros. Así es como vivimos aquí.

Da un paso hacia mí.

—De modo que cada vida depende de la otra. Nos necesitamos los unos a los otros, Penny. Todos tenemos que encajar.

Me miro las manos. Es imposible que se me hayan llenado de tantas arrugas y venas, están casi inútiles. Es lo que quiere todo el mundo: sentirse más joven y tener más tiempo.

—Cuando se toca una cuerda de un violín, es posible que también vibre otra en simpatía aunque no se haya tocado —dice Shelley—. Con los seres humanos sucede lo mismo. Cuanto más puedas liberarte del pasado, más podrás relajarte, mejor te sentirás aquí. No tienes que preocuparte de volver. Siempre estarás aquí, con nosotros.

En mi mesilla de noche hay un vaso lleno de agua y se me pasa por la cabeza beber un sorbo para apagar la intensa sed que tengo. Pero, en vez de eso, como estoy demasiado agotada, me tumbo de costado.

—Penny, viviste muchísimos años con él.

—¿Perdón?

Shelley gira la foto enmarcada de la cómoda para orientarla hacia mí. Él. El hombre con el que he pasado tanto tiempo. El hombre que solo era capaz de ver el mundo en una dirección, desde una única perspectiva. El hombre que necesitaba urgentemente encajar.

—Este fue el sitio al que elegiste venir y él se aseguró de que cuidasen de ti tanto tiempo como fuera posible. Deberías estar agradecida por todo el tiempo extra que estás recibiendo, Penny. Un tiempo que él no recibió.

Cierro los ojos y me pongo la almohada sobre el pecho. Aprieto los ojos. No quiero seguir viendo a Shelley. Continúo notando que se mueve por la habitación, luego sigue un breve silencio, luego vuelve a hablar.

—La gente se rinde con mucha facilidad. No hay motivo para que no podamos seguir esforzándonos por hacer más.

Al marcharse, apaga la luz con un chasquido. Silencio.

—No —digo dirigiéndome a la habitación vacía—. Te equivocas. Lo que ocurre es que no aceptamos el hecho de dejarnos ir.

Negrura profunda. Todo está tan oscuro que no alcanzo a ver la pared ni la cómoda desde la cama. Está tan oscuro que me cuesta verme las manos cuando las pongo delante de la cara. Debo de estar en mitad de la noche y, sin embargo, estoy plenamente despierta.

Cojo el vaso de agua de la mesilla, pero está vacío. Noto que tengo escamas de pintura seca en la mano. ¿Cuándo he estado pintando? Saco las piernas de la cama y meto los pies en las zapatillas. Han debido de estirarse, porque ya no las noto tan apretadas.

En el pasillo, me muevo casi en contra de mi voluntad, como si alguien tirase de mí. Termino en la entrada principal, en la escalera. Estoy tan cansada de la caminata, tan agotada físicamente, que apoyo un instante la cabeza en la pared antes de agacharme para mirar el cuadro enmarcado. Cerca de la parte inferior, lo veo: el pequeño rasguño que le hice anoche con la horquilla del pelo.

Solo que ahora hay muchos rasguños, por lo menos cuarenta, cincuenta, demasiados para contarlos. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. No consigo calmarlo. También tengo la respiración agitada, con inspiraciones cortas y rápidas. El resto de mi persona, los brazos, las piernas, los ojos, está paralizado. No puedo moverme.

Miro escaleras abajo. ¿He estado ahí alguna vez? ¿Debería bajar? No quiero. No quiero ver lo que hay ahí abajo. Pero si quiero comprender esta casa y lo que nos está ocurriendo, debo bajar. Debo verlo por mí misma.

Voy agarrada a la barandilla con todas mis fuerzas, apoyando los dos pies en cada peldaño al bajar. Oigo un golpe sordo que hace que me detenga en el último escalón. Vuelvo a oírlo. Suena más bien como un gemido. A pesar del miedo, voy en pos de ese sonido. Entro en la primera habitación que veo, una puerta que surge a mi izquierda. Cuesta trabajo ver algo con esta oscuridad. Casi no hay luz, y la poca que hay no sé de dónde proviene.

Cuando he dado dos pasos, se me traba la zapatilla y estoy a punto de caerme por culpa de una bolsa que hay tirada en el suelo. Bajo la vista y veo que hay varias bolsas de un tamaño parecido. Parecen fundas de almohada. Ahora distingo que hay muchas bolsas amontonadas por toda la habitación. ¿Qué habitación es esta? ¿Un armario? ¿Una despensa? No sabría decir qué es lo que hay por encima de mí ni si estoy cerca o lejos de mi dormitorio.

Recojo la bolsa que me ha hecho tropezar. La abro por arriba. No

veo lo que hay dentro. Así que, dudando un poco, meto la mano hasta que palpo el contenido. Cuando vuelvo a sacarla despacio, sale un puñado de fibras suaves.

Me las acerco a la cara. Me parece que son… pelo.

En cuanto me percato de lo que es, lo suelto y me limpio la mano en la pierna. Mientras me muerdo el labio con tanta fuerza que me hago sangre, abro la segunda bolsa y vuelco el contenido en el suelo. Está llena de algo que debe de ser trozos de uñas cortadas. Empiezo a toser. Me derrumbo y caigo contra la pared.

Son muchas bolsas, demasiadas para contarlas. ¿Cuánto tiempo llevarán aquí? ¿Cuánto tiempo llevo yo aquí? Ese pelo y esos trozos de uñas corresponden a varios años.

Aparto a un lado las bolsas que me estorban, salgo de ese lugar y me dirijo hacia el punto del que proviene el gemido. Al fondo de esa habitación hay una cama solitaria. No hay nada más. Voy hacia ella. Veo una forma horizontal que no se mueve. Cuando ya he recorrido la mitad de la distancia, lo que hay en la cama emite el sonido que he estado oyendo: una exhalación profunda, un gemido.

Hago un alto y me pregunto si debería continuar. Me vuelvo y miro la escalera. Cuando llego a la cama, veo que se trata de una persona. Es Hilbert. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi? ¿Cuándo fue la última vez que hablé con él? El corazón me va a cien por hora, se me acelera al verlo.

A su alrededor hay varias lámparas encendidas, unos humidificadores, creo, y un ventilador.

No parece encontrarse muy bien.

—¿Hilbert? ¿Estás bien?

Él emite un gemido.

—Hace frío —dice. Su voz suena frágil.

Cuesta trabajo ver con nitidez en esta oscuridad. Arropo a Hilbert con las mantas en un intento de abrigarlo. Por lo que se ve, el hongo se le ha extendido otro poco más por el cuerpo. Le cubre la cara y las manos. Sus pobres manos y dedos están torcidos, deformados.

—Oh, no, no, ¿qué ha pasado? Soy yo, Penny. Te he estado buscando por todas partes. Esto no puede ser. ¿Qué te ha ocurrido? —Necesito un poco de luz, necesito verlo mejor, con más claridad—. ¿Qué te ha hecho Shelley? —le pregunto.

Está intentando decirme algo, pero se interrumpe continuamente en cuanto intenta hablar. Me siento en el borde de la cama. Él apoya su mano en la mía. Su contacto es reconfortante, pero también extraño. No es la mano que yo conozco.

—Tengo miedo… Voy a ayudarte… Te lo prometo.

—Aún queda trabajo por hacer —dice él—. Shelley quiere que sigamos trabajando. Deberíamos estar trabajando. Pero estoy cansado.

—No —replico—. No tienes que trabajar. Ya no.

—Una mentira nunca da miedo verdaderamente —dice—, porque es una mentira.

—¿Y cuál es la mentira esta vez?

—Esta mentira trata de la vida, de que necesitamos más vida, necesitamos ser más productivos, producir más, de que tiene que ser más larga, de que la muerte es el enemigo. Pero no es cierto. La infinitud es un misterio sobrecogedor, o eso creía yo antes. Ahora sé que no lo es. La infinitud se estanca. No se expande. No puede. Simplemente, es inconmensurable. No es un misterio, simplemente no se acaba nunca.

Le aparto un mechón de pelo de la frente.

—¿Y qué podemos hacer?

—Estamos aquí, ya no tenemos más alternativas —dice.

Le acaricio el dorso de la mano con mi mano libre. A continuación, me inclino y le doy un beso. Cuando me incorporo, oigo un movimiento detrás de nosotros, tal vez unas pisadas.

—Shelley quiere lo que quiere todo el mundo —me dice—. ¿Qué dice siempre todo el mundo que quiere? ¿Qué es lo que todo el mundo cree querer? Más. Pero no resulta difícil ver que más tiempo terminaría siendo…

—Lo peor —digo yo finalizando la idea—. El infierno.

—El infierno —repite.

En ese momento me doy cuenta de lo que tengo que hacer. Ahora mismo. Por fin lo sé. Lo tengo claro.

—Voy a ayudarte —le digo—. Voy a ayudar a todos.

Le doy un abrazo. Con todas mis fuerzas.

—Ojalá te hubiera conocido antes —me dice él—. Durante más tiempo.

—Ya nos conocemos ahora.

—Estás conmigo aquí, ahora.

—Sí, y con eso basta.

—Nos hemos ayudado el uno al otro —dice él.

—Sí, pero esto tengo que hacerlo yo sola —replico.

—Yo también —responde.

Mantengo el abrazo y noto que su mano me acaricia la espalda.

—La conjetura de Goldbach, por fin me acuerdo de ella —dice al tiempo que yo me levanto para marcharme—. Y quiero cerciorarme de explicártela. Es importante. Por cada número par $n > 2$, existen dos números primos p_1 y p_2, de modo que podemos escribir: $p_1 + p_2$

= n. Números y letras, ¿comprendes? Los necesitamos a ambos, Penny.

Me acerco y le doy un beso suave en la frente. Percibo en los labios la delgadez de su piel. Apoyo mi frente en la suya.

—Ya no es necesario que recuerdes eso —le digo—. Ya has hecho todo el trabajo que tenías que hacer.

—Siempre me ha gustado la forma de tu mejilla —me dice.

Con tanta delicadeza como puedo, rozo mi mejilla contra la de él. Noto su barba incipiente y espero un instante. Luego me aparto, doy media vuelta y me voy.

He perdido la cuenta de cuánto tiempo llevo aquí, caminando por estos pasillos engañosos, dentro de esta casa opresiva, de los días, las horas, los minutos, los segundos. Estoy acostada en la cama, pero no consigo dormirme. Mi mente va a toda velocidad. Hay alguien conmigo en la habitación. Siento la presencia de otra persona.

Quiero que Hilbert descanse.

Aquí solo hay cuatro residentes. La residencia está llena y, en cambio, somos solo cuatro. En una casa de este tamaño, tiene que haber más habitaciones. Solo hay dos personas que trabajan aquí. Todos los días veo a las mismas personas. Voy de mi habitación a comer, a sentarme, a comer, vuelvo a mi habitación, a dormir, a despertarme, a comer. Una y otra vez. Lo hacemos todos. Todos hacemos las mismas cosas. Nos dicen las mismas cosas. Comemos las mismas cosas.

—¿Hay alguien? —pregunto dirigiéndome a la habitación a oscuras.

Me levanto, enciendo la luz. Espero, escuchando. Voy hasta mi mesa escritorio, regreso a la cama, me acuesto. Vuelvo a levantarme, camino por la habitación. Entro en el cuarto de baño. Bebo un poco de agua ahuecando las manos.

No consigo dormirme, así que me pongo los auriculares que anulan los ruidos. Cuando los enciendo, desaparece todo sonido. Siento presión en la vejiga, de haber bebido agua. Me levanto otra vez, me pongo la chaqueta de punto y, todavía con los auriculares puestos, me siento en el inodoro.

Me pongo de pie, acciono la cisterna, la cual no oigo, y regreso a la cama. Me dejo la chaqueta puesta para no pasar frío.

La habitación está a oscuras. Hasta que estoy casi dormida no me percato del detalle diferente que había en el cuarto de baño: la cortina de la ducha estaba cerrada. Yo siempre la dejo abierta para ver dentro. En cambio, esta noche, estaba cerrada. No tengo ganas de volver y cerciorarme.

Necesito descansar, dormir.

Una percha plateada, larga y delgada, junto a mi cama. Es lo primero que veo a la luz de primeras horas de la mañana. Es la percha de un gotero intravenoso, de la que cuelga una bolsa transparente llena de líquido. Esto no es un hospital. Es una casa. Una residencia. Se supone que es un hogar. Mi hogar. Tengo una sensación de hormigueo, como si un millón de insectos me correteasen por el cuerpo, cuando sigo la trayectoria del gotero intravenoso, que sale de la bolsa y llega hasta mí. Me levanto la manga y veo el sitio por el que la vía se introduce bajo mi brazo. El líquido está entrando en mi cuerpo.

Siento el pecho oprimido. Ya es demasiado tarde. Shelley me está metiendo algo. En ningún momento me lo ha dicho. Debe de haber hecho lo mismo con Hilbert. Y con Ruth. Y con Pete. Con todos. Lo mismo.

Tanteo buscando el punto en el que la vía penetra en mi brazo. Está cubierto con un esparadrapo transparente, el cual despego. Cierro los ojos y, tan rápido como puedo, me saco la vía.

Ahora estoy de pie en el pasillo.

Ahora estoy andando.

Ahora estoy buscándola a ella. A Shelley.

Ahora estoy al pie de la escalera. Oigo unas voces provenientes de otra habitación del piso de arriba. No tengo que bajar, sino subir. Voy dando pasos con cuidado, procurando no hacer ruido, conforme subo la escalera.

Hay una puerta que no he visto nunca y que da a una habitación en la que no he estado. De ella sale una luz brillante, blanca, antiséptica. Los oigo hablar.

—Ya no podemos pararlo.

—Eso ya lo sé. —Una voz de hombre. ¿Aquí hay alguien más? ¿Es Jack?

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Me siento genial.

—Tienes muy buena cara —dice.

—Ha llevado más tiempo del que yo calculaba —dice ella.

Me acerco un poco en el intento de ver algo más por la puerta abierta, pero no puedo.

—Imagino que, como Penny es la última, tenía la esperanza de que con ella resultara más fácil.

—Yo también.

—Pero no estamos aquí porque las cosas sean fáciles.

Por fin consigo ver más, solo sombras, pero ya distingo de qué se trata. Son las sombras de más vías intravenosas, que se mueven por el suelo como serpientes, todas juntas. Las cuento: una, dos, tres, cuatro vías.

Doy media vuelta y regreso hacia la escalera.

Camino. Camino lo más rápido que puedo. Me siento a hacer un descanso. Avanzo otro poco más por el pasillo.

Termino en la sala común, iluminada por la luz de primeras horas de la mañana, de un color casi azulado, aún no pega de lleno el sol. Este ha sido siempre mi momento preferido del día, porque no dura. Antes iba al parque solo para experimentar ese momento mágico. Es muy fácil perdérselo. Todo el mundo le resta importancia todos los días al despertarse. Es solo un momento. Es mágico. Es precioso.

Miro por la ventana. Jamás he apoyado una mano en estas ventanas, nunca las he tocado.

Paso entre las barreras del sofá, las mesas auxiliares y las plantas. Me encuentro justo enfrente de los enormes ventanales. Ahora que estoy tan cerca de ellos, las dimensiones me parecen aún más grandes de lo que pensaba. Son más altos y más anchos. Nunca he estado tan cerca de estos ventanales. Me siento más pequeña. Da la sensación de que ahí fuera hace mucho frío. Hay muchos árboles, tantos que siempre veremos tan solo una parte diminuta del bosque. Una fracción.

De repente me llama la atención un destello luminoso cerca del pie del ventanal. Me agacho. En él hay un punto que es ligeramente más brillante. Lo toco. No tiene el tacto esperado. Es más blando. Empujo el dedo con más fuerza. Y… cede. Se mueve ligeramente. Su resistencia es elástica.

Cojo una pieza del rompecabezas Pando que está en la mesa, aquí cerca. En latín, *pando* quiere decir «yo extiendo». Me lo dijo Hilbert. Tengo que separarla y utilizarla para, empleando toda la fuerza que sea capaz de reunir, empujar la ventana. El cristal se dobla como una gruesa lona, y la pieza que sujeto en la mano termina atravesándolo. No se hace pedazos como debería, sino que en él se abre un minúsculo orificio.

Tengo la impresión de que la sala está dando vueltas. No lo entiendo. No siento el suelo firme bajo los pies.

Pongo el ojo directamente en el orificio y miro a través de él. En vez del bosque, veo otro pasillo, similar al que hay fuera de mi habitación. La diferencia es obvia, pero no soy capaz de descifrarla. Y entonces caigo en la cuenta. Es la moqueta. Yo conozco esta moqueta.

Es la moqueta que tenía en mi antiguo apartamento.

El orificio es demasiado pequeño para ver mucho más, pero sí que

distingo unas luces y otros equipos. Veo un violín. Un diccionario de francés. Montones de papel azul cuadriculado y un lápiz. Varios lienzos en blanco. Tengo el ojo y la mejilla apretados contra el orificio, y de pronto noto la sensación de que alguien me agarra desde atrás. Algo me ha atrapado, me tiene sujeta. Me recorre una oleada de pánico y después todo se vuelve negro.

Me despierto sobresaltada por un ligero contacto en el hombro.

Parpadeo, intento enfocar la vista. No hay nada que ver. Oigo una voz.

—Penny —me susurra Jack acercándose a mi cama.

Abro los ojos un poco más. Me mira con afecto. Está tenso, nervioso.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto—. Estoy asustada.

—Has tenido otra pesadilla. Estabas gritando.

Me concentro en mi respiración. Aspirar y espirar, aspirar y espirar.

—¿Por qué sigo aquí? No creo que deba estar.

—Penny…

—¿Me estáis manteniendo… con vida? ¿A todos nosotros?

—Oh, Penny.

Jack vuelve a tocarme en el hombro.

—Lo siento —me dice—. No soy buena persona.

—Sí que lo eres —replico—. Yo sí creo que lo eres.

—Desearía haber sido mejor. He cometido muchos errores.

—Has sido amable conmigo —le digo.

—Vine aquí porque no tenía nada y necesitaba trabajar. Ella me dijo: «¿Qué hay que sea más importante para la vida que vivir?». Yo creía que era inteligente y atenta.

Su rostro refleja una expresión demacrada, congestionada.

—¡Por favor, dímelo! ¡Ahora mismo! —le pido—. ¿Qué hay dentro de esta casa? ¿Qué hay fuera de ella? Las puertas están cerradas con llave.

—Naturalmente.

—Pero…

—Deberías poder salir. No es correcto que no puedas —dice él.

Se gira hacia la puerta, como si hubiera oído algo.

—Jack…

Se lleva un dedo a los labios.

—¿De qué te arrepientes más? —le pregunto.

—Aún no he vivido mi vida en su totalidad, de modo que no puedo saberlo. Depende del tiempo que me quede.

—Recuerdo a una mujer que, en cierta ocasión, en la calle, me dijo que cuando me muriera iba a ir al infierno. Me lo dijo a gritos: «¡Vas a

ir al infierno!». En aquel momento, que yo era una chica joven, me dio mucho miedo oír a alguien decir «cuando te mueras». Pensar en tu propia muerte, en morirte, en lo cerca que está para todo el mundo. Pero ahora sé que esa no es la parte espeluznante.

—¿No?

—No. Hilbert y yo hemos estado hablando. Lo trágico de la vida no es que llegue el final. Eso es el regalo. Sin un final, no hay nada. No hay significado. ¿Comprendes? Un momento no es un momento. Un momento es una eternidad. Un momento debería significar algo. Debería serlo todo.

Jack tiene los ojos llenos de lágrimas, pero no está triste. Durante un rato, no se mueve. Vuelve la cabeza, baja la vista hacia mi mesilla de noche, y yo sigo su mirada hasta un papel y un lápiz.

—Tienes razón —me dice.

Coge el papel y el lápiz, escribe algo y, seguidamente, vuelve a dejar ambas cosas en la mesilla.

—Para ti —me dice tocándome el brazo—. Sé lo mucho que te gusta el aire fresco.

Y sale sin mirar atrás.

Cojo el papel. En una de sus caras figura una antigua nota que escribí yo para mí misma.

Te encantaba charlar con Hilbert.

Doy la vuelta al papel y miro el mensaje que Jack acaba de escribir para mí.

6-7-8-8-7

—Y acabas de tener una pesadilla, Penny. ¿Te encuentras bien?

Es ella, Shelley, de pie junto a mi cama, inclinada sobre mí.

—Apártate de mí —le digo—. No me toques. —Abro los ojos todo lo que puedo para verla bien—. Sé lo que está pasando —le digo.

—Penny, por favor. Esto no ayuda.

—¡Abre mi ventana! No puedes. Porque todas las ventanas son falsas. No son de verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que no son de verdad. No pueden abrirse.

Shelley va hasta la ventana, la abre y saca un largo brazo fuera.

—Hace frío. ¿Puedo cerrar, por favor? ¿Penny?

—Quiero vérselo hacer a Jack.

—Jack no está aquí en este momento.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Qué es esa cosa que me habéis metido en el brazo?

—Esa cosa, como la llamas tú, es importante. La necesitas. Te estabas deshidratando. Llevas seis meses recibiéndola. No pierdo la esperanza de que te acostumbres a ella.

Siento que se me va todo el color de la cara.

—Jamás la he visto hasta esta mañana.

—¿Sabes por qué estás aquí? ¿Por qué no continúas viviendo en tu apartamento?

—Porque soy muy vieja. Y ahora me estás utilizando. A todos nosotros.

—Porque no estás bien, Penny, y necesitas nuestra ayuda. Además, algunas veces, como hoy, se te olvidan las cosas y te sientes confusa, asustada, alterada.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—La verdad es que estás atendida y bien cuidada. Aquí mejoras.

—¿Dónde está Hilbert? Dime adónde lo has llevado.

—Hilbert no se siente bien últimamente. Está descansando.

—Le has hecho daño. Lo estás manteniendo vivo…, igual que a todos nosotros.

Shelley interrumpe el contacto visual durante unos instantes. Está haciendo un esfuerzo para recobrarse.

—Está bien que te preocupes por tu amigo Hilbert. Pero tienes que dejar de preocuparte, Penny. Todavía me acuerdo de tu primer día. Congeniaste con Hilbert de inmediato.

—Pero si acabo de mudarme aquí. Soy nueva.

Shelley ladea la cabeza y sonríe.

—No puedes seguir diciendo eso eternamente, cuando ya llevas más de tres años viviendo aquí, Penny.

Oigo lo que dice. Pero no me lo creo. No puede ser verdad. Acabo de llegar a esta casa.

—¡Estás mintiendo! ¿Dónde está Jack? ¿Dónde está Hilbert?

—Jack tiene el día libre.

No digo nada.

—¿Te gustaría ver a Hilbert? Pero tienes que prometerme que no lo molestarás.

—Quiero verlo.

—De acuerdo, pues vamos. Te llevo con él. Venga.

Me ayuda con el gotero intravenoso.

Shelley abre la puerta de la habitación de Hilbert y espera a que yo entre primero.

Lo veo. Ahí está. Justo delante de mí. Está acostado en su cama, dormido. Muy arropado, con las mantas hasta la barbilla. Sin afeitar. Nunca lo he visto con esos bigotes tan largos y el pelo revuelto. Me acerco, alargo el brazo y cojo el libro que tiene en la mesilla, titulado *Geometría no conmutativa y teoría de números: donde la aritmética se encuentra con la geometría y con la física.* Ha escrito unas cuantas frases a lápiz en el margen de la página por la que está abierto.

Preguntar a Penny si le resulta reconfortante que existan pruebas matemáticas de la imposibilidad. Ejemplo: la trisección de un ángulo. Dividir un ángulo en tres partes iguales.

Siento un calor en el pecho al cerrar el libro y dejarlo junto a la cama.

—Ya lo ves —me dice Shelley—, está tranquilo y satisfecho.

Lo miro. Es increíble. Es maravilloso. No sé dónde nació ni cómo fue su infancia. Pero, estando aquí de pie, junto a su cama, siento un profundo afecto hacia él. Es un hombre delicado. Lo ha sido siempre, estoy segura de ello.

—Lo vi justo anoche. Se encontraba muy mal.

—No sé qué quieres decir, Penny. Lo estás viendo en este preciso momento, tal y como está.

Extiendo el brazo para tocarlo, pero Shelley me lo impide sujetándome la mano.

—No. Necesita descansar.

Retiro la mano.

—Y tanto, no me cabe duda. Estaba…

Dejo la frase sin terminar.

—Esperamos que ya se encuentre mejor para lo de esta noche.

—¿Lo de esta noche?

—¡La fiesta!

—No paras de hablar de una fiesta…

—No es culpa tuya. Cuesta mucho acordarse de todos los detalles. A ti te encantan nuestras fiestas. Cada vez que tenemos una, acabas agotada de tanto bailar.

Me atrae hacia ella y me abraza. Entierro la cara en su hombro

durante un rato que se me antoja muy largo. Me está abrazando como me abrazaba mi padre cuando me sentía herida en mis sentimientos.

—Pero si aquí soy nueva —digo.

—Oh, Penny. Esta noche es tu gran noche.

—¿Mi gran noche?

Shelley rompe el abrazo. Veo una vía intravenosa que sale por debajo de las mantas de Hilbert y va hasta una bolsa que cuelga junto a su cama.

—¡Esta noche es tu primera exposición! Es tu inauguración.

Yo nunca he organizado una exposición. Nunca he tenido una inauguración ni he mostrado mis obras en público. Ni una sola vez. Jamás.

—A lo mejor te enseño una parte —me dice Shelley—. Te dejo ver un trocito.

—¿De qué?

—Esperaba no tener que enseñártelo hasta esta noche.

—¿El qué? —repito.

—Tus cuadros. Te has vuelto muy prolífica. Es de lo más impresionante.

Sale al pasillo y me deja a solas con Hilbert. Me acerco un poco más a él. Me entran ganas de tocarlo, de destaparlo, para cerciorarme de que tiene intactos los brazos y las manos, pero justo cuando lo cojo de la mano vuelve a entrar Shelley trayendo una caja. Abre la tapa. Deposita la caja en el suelo.

—Venga, echa un vistazo. Estoy a punto de colocarlos.

Suelto la mano de Hilbert y la introduzco en la caja que sostiene Shelley. Saco varios lienzos. Cada uno es un cuadro.

—Son maravillosos —dice.

Resultan inconfundibles. Son obras mías.

—Hay más —asegura.

En esta caja debe de haber treinta o cuarenta cuadros. Se tardaría años en pintarlos todos. Ninguno es igual. Todos son retratos. De Pete, Ruth y Hilbert. Están inacabados. Shelley no se percata de ello. Pero yo sí. Un pequeño detalle aquí y allá. Están sin terminar.

Me siento como si me hubiera quedado sin sangre en el cuerpo. No puedo hablar. No tengo nada que decir. Me siento desinflada. Me siento vieja.

—Nos sentimos muy orgullosos de ti y de tus obras, Penny, y estamos deseando exhibirlas esta noche en la fiesta. Tienes cara de cansada. Se te nota en los ojos. Te acompaño a tu habitación para que te eches una siesta.

Hay muchísimos árboles en el exterior de esta casa, son tantos que resulta imposible conocerlos todos, pero todos están ahí. Todos cuentan. Me fijé en ellos el primer día, antes de ver el interior de la casa, antes de conocer a los demás residentes.

Estoy de pie junto a la cama de Hilbert. Está despierto. No estamos hablando. No lo necesitamos.

Le cojo la mano una vez más y después me voy.

La sala común está preparada para una fiesta, una inauguración. Yo no estoy, pero eso no importa. Lo veo perfectamente con los ojos cerrados. Todo lo que ocurre. Están todos. Hay globos, banderines y ponche. Han pasado la aspiradora a la moqueta y han limpiado los cristales de las ventanas. Pete está afinando el violín. Ruth está recitando en latín, no en francés.

Lo que he hecho es suficiente. Es hermoso solo porque existe un final. Hay muchas cosas que podemos soltar. *Tant de choses à laisser aller*.

Estoy en mi cama, pero voy a salir. Ellos aún no lo saben, pero también conseguirán salir, gracias a mí. Es un regalo. Es el regalo que les hago. Ya no es necesario que Pete toque más. Ruth puede dejar en la estantería su diccionario de francés. Hilbert puede dejar el lápiz; ya no necesita más papel azul cuadriculado.

No todos nos llevamos bien unos con otros. No somos personas inútiles, desvalidas, no somos una carga. No somos las personas mayores. No somos los viejos. Somos únicos. Singulares. Con independencia de cuánto hayamos producido o de lo que le suceda a nuestro cuerpo. Cada uno de nosotros tiene sus recuerdos y sus experiencias, aunque se hayan perdido y olvidado.

Ellos, nosotros, todos podemos, por fin, descansar.

Ya no estoy en mi cama. Ya me he escabullido furtivamente, pero aún puedo ver a Shelley andando por el pasillo con sus zapatos de tacón, andando hasta que llega a mi dormitorio. Entra sin llamar, sin decir nada. La forma de mi cuerpo, mi contorno, está ahí, acostado en la cama, bajo las mantas.

Levanta la vista hacia el techo y, en ese momento, siente que le flaquean las piernas. Tiene que sentarse. Lo está viendo por primera vez. Mi obra de verdad. Todo lo que he hecho. Un enorme mural pintado en el techo de mi habitación que llega hasta el cuarto de baño y continúa por el pasillo hasta la sala común. Hecho a una escala inmensa. Impensable. No sé decir cuánto tiempo me ha llevado.

Se extenderá hasta ellos. A todos ellos. A Ruth y a Pete. A Hilbert. Se extenderá a Jack. Y a Shelley.

Espero que ella sienta algo. Espero que le procure consuelo.

Mis uñas recién pintadas de rojo pulsan los botones del panel que hay en la entrada de Seis Cedros.

6-7-8-8-7 o bien O-R-T-U-S.

Números y letras.

La puerta emite un chasquido y se abre.

Estoy nerviosa. Tengo miedo. Hace mucho frío.

Miro una vez hacia atrás. Y, después, me lanzo. Salgo al exterior.

Estoy caminando descalza, vestida únicamente con el camisón, por un sendero de piedra que se interna en los árboles, en dirección al denso bosque. Está cubierto de nieve, pero no siento el aguijón del frío. El suelo está duro y empinado. Tengo los pies muy pálidos. Me he maquillado. Para la inauguración.

Oigo el timbre de una alarma. Veo el gato sentado junto a un árbol de pequeño tamaño. Voy hasta él, me agacho y le rasco detrás de las orejas. De repente, todo se queda completamente en silencio, como si llevara puestos los auriculares que anulan todos los sonidos.

Pero no llevo auriculares puestos.

El silencio lo invade todo, dentro y fuera de mí.

Continúo andando entre los árboles hasta que llego al final del bosque, donde el terreno se ha erosionado, hasta que me encuentro en el borde de un alto precipicio. Es muy alto. Me encanta la luz de esta hora de la mañana. Nunca dura mucho.

Me muevo con precaución hacia el borde. Siento mariposas en el estómago. Me asomo, pero no veo nada. Siento el aire, el viento. Por un instante, todo permanece en calma. Cierro los ojos. Noto que me despego del suelo y caigo a través del aire. Estoy cayendo a gran velocidad o, tal vez, por un instante, estoy flotando.

A los noventa y dos años de edad, Penny falleció apaciblemente en la residencia Seis Cedros rodeada por el personal que la atendía. Deja atrás su increíble colección de obras de arte y a todos los amigos que tenía en la residencia. Con el paso de los años, el personal y los residentes de Seis Cedros llegaron a querer a Penny como si fuese de la familia. Se organizó un velatorio en la residencia, seguido de una celebración de lo que había sido su vida. Penny será recordada con gran afecto.

Agradecimientos

Mi abuela se fue a vivir a una residencia cuando cumplió los cien años. Estuvo allí casi dos años, y nosotros pasamos mucho tiempo con ella, hasta que falleció. Quisiera expresar mi agradecimiento a todas las enfermeras, a los empleados y a los voluntarios de la residencia, y a todos los que trabajan y prestan servicio en los centros de mayores. Muchas gracias.

Título original: *We Spread*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con The Foreign Office y Transatlantic Literary Agency, Inc.

Edición digital: 2023

Copyright © Iain Reid, 2022
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-110-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.